3 1761 08695947 5

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cervantesyelauto00niet

CERVANTES

Y EL

AUTOR DEL FALSO QUIJOTE

POR

DON JOSÉ NIETO

Obra premiada
en los JUEGOS FLORALES celebrados en Zaragoza
el año 1904

MADRID
Velazquez, 42.
1905

Rezensionsexemplar

CERVANTES

Y EL

AUTOR DEL FALSO QUIJOTE

ES PROPIEDAD

IMPRENTA PARTICULAR DE
«La Ultima Moda», 1905.

A Julio Nombela,

su mejor amigo,

José Nieto

Valladolid 30 de Noviembre de 1904.

Entre los temas del programa de los Juegos Florales celebrados en Zaragoza el 21 de Octubre último, se hallaba el siguiente, propuesto por la Muy Noble, Muy Leal y Excelentísima Ciudad de Alcalá de Henares: «¿QUIÉN FUÉ EL AUTOR DEL FALSO QUIJOTE?» ofreciendo como premio una gran medalla de oro con el busto de Cervantes; y aunque el benévolo Jurado, no satisfecho con otorgarla por unanimidad al presente trabajo, acordó, también por unanimidad, imprimirle á su costa como honrosa excepción entre todos los premiados en el mismo certamen, se reproduce en el presente volumen para que pueda ser fácil y económicamente adquirido por los aficionados á esta clase de estudios, adicionándole á guisa de epílogo con una somera biografía del personaje que, en concepto del autor, escribió el tristemente famoso falso Quijote.

PARTE PRIMERA

Cervantes.

Notoria temeridad sería pretender decir nada nuevo ni original de Cervantes ni de sus obras.

A la ingratitud y sistemático desvío de sus contemporáneos, han pretendido las generaciones siguientes responder con cuantas satisfacciones están al alcance de la voluntad y del ingenio humanos, y á medida que los siglos nos separan del tiempo en que vivió oscurecido y miserable aquel genio extraordinario, la admiración y el amor á su persona y á sus escritos siguen y siguen en progresión creciente, invirtiéndose el orden y la acción natural del tiempo, que todo lo olvida y lo borra, en acicate que aviva el entusiasmo, convirtiendo la veneración estudiosa y reflexiva, en aclamación rayana en el delirio.

Todos los adelantos que las vigilias de la ciencia alcanzan, todos los progresos que las artes hacen, todas las disquisiciones que las letras lo-

gran, todos los himnos que las musas cantan, son cada día dedicados á Cervantes como ofrenda á un ídolo por todos adorado, como holocáusto sacrificado en honor del Dios de una religión universal y única.

Pero la humanidad que de tan eficaces medios dispone para hacer el mal y con tan lamentable frecuencia los emplea, es impotente y débil para reparar el daño que causa.

¿Qué es, si no humo vano el incienso que se quema en la pira erigida en honor de aquel desventurado, de imaginación creadora y regocijada, cuyo tránsito por el mundo fué un no interrumpido calvario, con tan pesada cruz y de tan grandes proporciones, que no hubieran bastado á resistir los hombros del más forzudo atleta, y llevó con mansedumbre cristiana su corazón esforzado y generoso?

¿Qué son sino desvanecimientos de la pobre humanidad, las glorias que ella misma ofrece?

¡Cuántos seres tenidos por sobrenaturales en remotas generaciones, á quien ellas levantaron monumentos que juzgarían vencedores del tiempo, hará siglos que no queda de ellos la más leve memoria!

Sólo el dolor y la muerte son las dos eternas realidades.

A medida que se ahonda en los sucesos de la vida de Cervantes y la inteligente solicitud de sus apasionados descubre cada día algún episodio ó algún detalle de su interesante existencia, se ve

cuán trabajosa, cuán precaria y cuán miserable fué ésta.

Por eso, cuando hace algunos años, en aquella noche de Abril en que las asociaciones doctas acostumbran á honrar su memoria, dedicándole sentidas composiciones todos los que á las letras se consagran, decía el Sr. Hartzenbusch, en una bonita poesía, que vió á Cervantes

«Con desusado alborozo
coronar
y acostarse el pobre mozo
sin cenar»,

lo primero es una bella ficción poética y lo segundo una triste realidad á la que sólo falta añadir que su cena debió servirle muchas veces de desayuno.

Difícil es determinar cual es más grande en Cervantes, si el hombre ó el escritor.

Muchos de aquellos cuyos nombres se han inscrito en el número de los héroes, alcanzaron este honor por un esfuerzo aislado, empujados por el vértigo del entusiasmo ó tal vez compelidos por la inminencia del peligro. Las virtudes cívicas son en Cervantes sus ordinarias galas, y de tal modo es esto cierto, que el hecho de sobreponerse á la postración de la fiebre y buscar el puesto de mayor peligro en un combate en medio de los mares, sin abandonarle ni aun después de recibir una y otra y otra herida y quedar inutilizadas sus manos para manejar el arma, es una acción de las más vulgares de su vida.

Por millares se cuentan los que movi los por la

esperanza de premios eternales, ceden sus riquezas, aceptan privaciones y afrontan peligros; pero sólo de nuestro humilde personaje sabemos, que después de comprometer impávido repetidas veces su vida por alcanzar la libertad de otros, renunciase á la suya propia por no separarse de aquellos á quienes, por culpas ajenas, no había podido redimir.

Acaso presintiese con su poderosa intuición las amarguras que le aguardaban en su patria.

Verdad es que los días felices de la tierra son contados y que el más poderoso y tranquilo de los reyes sarracenos, dominadores de España, aseguraba al morir, que los días venturosos de su largo y temido reinado, apenas, bien contados, llegarían á doce; pero los de nuestro escritor, que tantos sinsabores supo endulzar á todos los hombres y á todas las generaciones, apenas si bien repasada su vida puede contarse uno sólo. Aquel en que en compañía de jóvenes escritores, alegres y bulliciosos, celebró una gira campestre y representó improvisadas comedias, quebró lanzas y bogó por las aguas irizadas del Guadalquivir, hallando en ella su pluma ocasión de demostrar su galanura describiéndola.

Pero aquello fué un limitadísimo oasis en la siempre desierta soledad de su vida.

Los hombres no han querido reconocer su grandeza hasta muchos años después de muerto. En ella las necesidades llegaron á estrecharle tanto, que las cárceles en que le encerraron más de

una vez la torpeza ó la mala fé de la justicia humana, debió tomarlas como reparador alivio, llegando á tal extremo su desdicha, que el magnate á quien hizo la ofrenda de la joya literaria de más valía que se conoce en los actuales tiempos, apenas si toleró con desden irritante que se estampara su nombre en la primera hoja.

La decantada protección que otros más ilustrados y generosos le dispensaron y que, alucinados por las encomiásticas frases de gratitud del favorecido, hemos admitido de buena fe como eficáz ó espléndida, estaba reducida, por lo que se refiere al Cardenal Arzobispo de Toledo, á una mezquina y humillante limosna, según afirma Alonso de Salas Barbadillo, escritor contemporáneo de Cervantes y según claramente se infiere de la situación del favorecido, suficiente sólo á aplacar el hambre de un día y aún á expresión más mínima que ésto presumimos, con harto fundamento, que se reduciría la del egregio Conde de Lemos, que recibió en cambio la inmortalidad de su, sólo con esperanzas, protegido.

Y no te escandalices, lector benigno, de esta afirmación que no deja en muy buen lugar la del mismo Cervantes cuando dice en la dedicatoria de la segunda parte del *Don Quijote:* «Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al gran Conde de Lemos, que... me sustenta, me ampara y me hace más merced que la que yo acierto á desear» y aún pareciéndole ésto poco añade en el prólogo: «Me viva el Veinti-

cuatro mi señor, y Cristo con todos: viva el gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie: y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, Don Bernardo Sandoval y Rojas y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo». No te sorprendas, repito, porque, aparte de que Cervantes acostumbraba á responder así al más mínimo favor recibido ó esperado, lo que pretendía, lo que solicitaba y de antemano con tan expresivas frases agradecía á tan altos personajes, no era, por aquella vez, el pan de cada día, sino el apoyo moral y acaso material que pudiera necesitar para que las influencias del rival que se le había anticipado á publicar la segunda parte del *Quijote*, no lograra que se prohibiera la publicación de la suya. Y tan fundado era este temor, que hallándose pertrechada la obra de cuantas aprobaciones, licencias, tasas y privilegios se requerían por aquellos tiempos, llevaba por aditamento nada menos que la triple censura favorable de tres venerables teólogos profesos de tres distintas Ordenes monásticas, uno de ellos el Doctor Gutiérrez de Cetina, que aunque no fuera el dulce poeta, autor del popular madrigal que todo el mundo repite, contra la opinión de Sedano que en el *Parnaso español* sostuvo ser el mismo, era de todos modos una autoridad indiscutible, mayor para el caso que la de aquel melífluo

poeta, aunque el censor de quien tratamos, llamado Don Diego Gutiérrez de Cetina, también se solazaba con las musas, como lo prueba su soneto que comienza:

«El claro sol sus rayos escurece»

es decir; que además de llevar el libro sobre el lujo de precauciones que la ley exigía, el lujo de garantías sobre la pureza de su doctrina y su moral con que quisieron ampararle los temores del autor, por lo que hubo de sufrir una peregrinación de casi un año, de celda en celda y de covachuela en oficina y dispuesto ya para darse á la estampa, le entró á la Inquisición ciertos escrúpulos de que la obra pudiera tener algo de herética, y contra lo acostumbrado, quiso y logró nuevamente revisarla y halló, en efecto, algo pecaminoso y contra la sana teología, que se tachó y eliminó del texto, de lo cual á haberle pasado al Indice todo entero, había poco camino que andar [1].

Mas eficaces, por cierto, fueron á Cervantes para los apremios del estómago y para las aflicciones y desalientos del espíritu, los auxilios y los consuelos del actor modelo de habilidad y donaire, del noble y generoso comediante Pedro de Morales; porque la eficacia de las obras de caridad no se mide por la cuantía de ellas, sino por la forma y

(1) Lo que hizo eliminar la Inquisición de la segunda parte del Don Quijote fueron estas inofensivas, aunque graciosamente picarescas palabras de la Duquesa: *Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada*. ¿Sería el Santo Oficio amigo de Avellaneda? ¡Ay de Cervantes si hubiera repelido el ataque con el ataque!

la oportunidad con que se hacen. Los magnates ordenaban que se diese al escritor una limosna. El pobre histrión compartía su pan con el desvalido amigo, le animaba con sus gracias haciéndole olvidar la ingratitud de la patria y el desvío incalificable de los hombres recitándole sus loas y sus letras.

No era preciso tanto para que aquel pecho apasionado y noble diera rienda á su reconocimiento en aquellos versos del Capítulo II del *Viaje al Parnaso*

> *Este que de las Musas* es recreo,
> La *gracia* y *el donaire* y *la cordura,*
> *Que de la discreción lleva el trofeo,*
> Es Pedro de Morales, propia hechura
> Del gusto cortesano, y es asilo
> A donde se repara mi ventura.

Pero quien por muy leves motivos, había prodigado sus elogios á quienes tenían dudosos merecimientos para ello, no podía conformarse con lo dicho en loor de su único amigo, y en su despedida del Capítulo VIII de la misma obra deja desbordarse toda la generosidad de su alma y toda la ternura de su corazón dando

> El pecho, el alma, el corazón, la mano
> ... á Pedro de Morales y un abrazo.

¡Ah! Si una vez dejó escapar de su pluma estas amargas frases: «venturoso aquél á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo» ciertamente que no fué recordando el que había recibido del caritativo farandulero Pedro de Morales.

¡Y cuán pagado quedó éste de aquellos favores hechos á título gratuíto! ¡Nada menos que la inmortalidad recogió en recompensa de su conmiseración hacia Cervantes! Su agudeza, su gracia, su expresión, su mímica, olvidadas quedaron cuando el telón caía, sin dejar rastro de ellas. Sus loas, sus entremeses, sus jácaras, y hasta sus comedias, por buenos que acaso fueran, y sus sonetos á Lópe y los elogios recibidos de éste y de otros personajes, pasaron pronto á ser fugaz alimento del insaciable olvido; mas halló en su camino á Cervantes y la posteridad se afana por inquirir su origen y su talento y sus costumbres.

¡Ojalá que todos los que han legado su nombre á la posteridad por su contacto con el autor de *Don Quijote,* pudieran alegar motivo tan honroso!

Allá, cuando hace un siglo, el hijo de Pellicer, aprovechando probablemente los trabajos de su laborioso padre, publicó un *Tratado histórico sobre la comedia y el histrionismo en España,* ya fué tratado con dureza por el Sr. Fernández de Navarrete, por haber confundido á Pedro con otros de su apellido, sus contemporáneos y del mismo oficio; y en el último tercio del finado siglo le ha censurado, por la misma falta, no con mayor benignidad, un crítico muy erudito y escrupuloso, sin que admitiera, como descargo del bueno de Don Casiano, que simultáneamente florecieron: Juan de Morales Medrano, marido de Jusepa Vaca, aquella Penélope de bastidores, admirable por su belleza y su talento artístico; pero

mucho más por sus virtudes y su castidad, vencedora siempre de las importunidades en prosa y verso de los poetas y de las seductoras ofrendas de aquella aristocracia indolente y viciosa, despreciando con mesurada firmeza las injurias asonantadas de los unos y las valiosas joyas de la otra, siquiera no lograra arrancar á su marido del perpetuo sobresalto en que vivía; Alonso de Morales, llamado el divino por su maestría en las tablas y su comunicación con las musas; María de Morales, su hija, actriz de relevantes prendas y, amén de todo ésto y para que pudiera servir de atenuante al cargo, además del nuestro, existía otro Pedro de Morales, que aunque de profesión distinta, por ser jesuita, era al fin hombre de letras y muy versado en ellas, pues fué consultor y expositor de Derecho.

Pero tratándose de cosas más ó menos relacionadas con Cervantes; por mínimas que sean, todos los ingenios se ponen á prueba, todas las plumas recortan ó liman sus puntos y toda erudición revuelve los archivos de su memoria. Y á tal punto se llega de cavilosidad y sutileza, que de inducción en deducción, olvidándose del punto de partida y del objeto determinado de sus investigaciones, llegan unos á ver, como ya se ha repetido antes de ahora, un geógrafo superior á Malte-Brun en el autor de *Don Quijote,* y han medido estadal en mano, observando todas las reglas de la Geodesía, cuantos pasos dió sobre la tierra el apacible Rúcio siguiendo el trotecillo pasicorto de

Rocinante, mientras que otros, sosteniendo lo contrario, comenzaron á publicar sendos tomos con el solo objeto de justificar que en determinados sitios de la península no hay cuevas donde yazgan Montesinos en sopor eterno, ni subterráneos donde puedan caerse ex gobernadores.

Y no sabemos á donde hubieran ido á parar, si no saliéndoles otros al paso, volviendo por el honor de Cervantes que creían mancillado, no hubieran escrito nuevas obras de controversia sobre tan interesante asunto.

Mayor fortuna tuvieron los que, poniendo al servicio del Caballero de los Leones sus profundos conocimientos cronológicos y acechando su primera salida, cronómetro en mano, nos hicieron saber que la vida pública del malandante hidalgo, hasta entrar en su aldea para no volver á salir de ella, fué de ciento sesenta y cinco días con sus noches, sin discrepancia alguna.

Otros le han considerado como el filósofo más grande que hayan conocido los siglos, desde la antigüedad más remota, y animado por el propósito de probar en su obra la lucha eterna entre lo ideal y lo real.

Los políticos exaltados é inocentes de otros días, encontraban en las obras de Cervantes textos y citas acomodados á sus gustos é inclinaciones, y mientras unos le declaraban libre pensador, hallábanle otros inquisistorial.

De habilísimo jurisperito han calificado otros á Cervantes, apoyados en las admirables sentencias

que Sáncho dictó durante su efímero gobierno, y no han faltado gastrónomos que le han admirado como el más profundo conocedor del arte culinario, fundados, con razón, en que sólo la lectura del *menú* de las bodas de Camacho, despierta vivamente el apetito del estómago más desganado. En cambio, otros le han censurado acerbamente como mal astrónomo, por no saber, según ellos, calcular la duración de las estaciones.

Genealogistas peritísimos han dedicado concienzudos trabajos de investigación á descubrir su nobilísimo linaje, y con exactos árboles genealógicos, fruto de largas vigilias, han justificado que los aborígenes de Cervantes parten directamente de Don Pelayo.

Como administrador militar, le admiran algunos; y ésto lo encontramos verdaderamente fundado, dados los auxilios que prestó en Andalucía al proveedor de los ejércitos reales y otros servicios análogos, por cuyo alcance de dos mil seiscientos cuarenta y un reales, originado por la quiebra de la casa de banca donde había consignado cantidades para ser reintegradas al tesoro real y de ninguna manera por que él las hubiese detentado, sufrió cárceles y vejaciones sin cuento; rigor que pudiera ser muy saludable en posteriores tiempos.

Cada lector encuentra en las obras de Cervantes especiales condiciones para cultivar el arte ó la ciencia de su predilección; pero en lo que la mayoría está de acuerdo, es en considerarle

como médico eminente, hasta tal punto, que el doctor Birgman propina hoy como remedio único ó específico sin competencia para curar la enfermedad de moda, que se llama neurasténia, la lectura asídua de *Don Quijote*.

Mas en ésto no nos han llevado los extranjeros la primacía. El estudio serio y la depuración de los conocimientos psíquico-médico-terapéuticos, desparramados á manos llenas por Cervantes en su imperecedero libro y puestos allí adrede para aprovechamiento de la humanidad doliente, empresa ha sido acometida en primer término por sesudos españoles. Preciso es que recabemos esta gloria, ya que tan pocas nos van quedando.

No sólo los profanos han tratado esta materia de afición, dígamoslo así, sino los técnicos. Un reputado doctor que por su merecida celebridad alcanzó el cargo de director de un hospital de alienados, fundado con todos los adelantos de la ciencia en la ciudad más culta y populosa de España, trató el asunto con gran conciencia en una obra titulada: *Primores del Don Quijote en el sentido médico-psicológico*.

Pero yo, aunque sea evidente temeridad, sostengo lo contrario, y creo que si viviera el severo crítico, honor de la literatura patria y terror de muchos literatos, que hace veinticinco años ideaba la creación de un manicomio fantástico para encerrar á todos los que por seguir paso á paso á *Don Quijote*, hasta descender con él á la cueva de Montesinos y tripular la barca encantada, tenían algo

perturbadas sus facultades mentales, había de pedir á todo trance la realización de su idea, para contener la propagación de la invasora dolencia.

Luego, siendo ésto así, Cervantes no fué un médico alienista, sino todo lo contrario. Ya sea entrándoles la locura triste ó sombría, ocasionada por las contrariedades de la vida trashumante de *Don Quijote*, ó la de la carcajada histérica provocada por las agudezas de Sancho, las socarronerías del Ventero, ó la belleza y honestidad de Maritornes, lo cierto es que por ahí andan, sueltos por lo inofensivos, muchos apacibles orates apellidados por los literatos y conocidos por el pueblo con el nombre de cervantómanos; y como al buen pleitador no duelen pruebas, vamos á dar una concluyente, con la sucinta relación de la siguiente verídica historia.

En una ciudad de Castilla, de cuyo nombre me acordaré siempre, vivía hace muy pocos años un médico de los de levitón largo, sombrero de copa y bastón de caña con empuñadura de plata. Como era rico y gozaba de crédito en su calidad de médico y más como cirujano, se permitía, sin menoscabo de su hacienda, poner salmón á su mesa los más de los viernes de Cuaresma, el Jueves y Viernes santo y los tres días de Letanías mayores que preceden á la festividad de la Ascensión, aunque hay quien asegura que entonces era la anguila su plato preferente. Todo, por supuesto, amén de los clásicos garbanzos que no se suprimían jamás ni aún en los días de abstinencia, en

los cuales se cocinaban en potaje. Los domingos le ponían de principio perdiz, y de las otras cosas del país, en los días de entre semana. Vivía sin más familia que la compañera cuya unión la iglesia había bendecido y no tenía más servidumbre que una doncella que hacía servicios de criada ó, lo que para el caso es igual, una criada con honores de doncella, y un mozo que lo mismo desempeñaba la portería que enganchaba y dirigía la yegua normanda en la berlina. Era director de un establecimiento benéfico fundado hacía siglos por la munificencia del clero de aquella capital, en otros tiempos esencialmente teocrática, y como el cargo era inamovible, vivía envidiado en el tranquilo goce de su salud y su fortuna.

Pero el espíritu maligno, enemigo implacable de la tranquilidad de las almas, halló manera de poner en las manos de aquel dichoso mortal un ejemplar de *Don Quijote de la Mancha* impreso, según decían, á principios del año de gracia de 1605 años y que, por más señas, tenía pintada en la primera página una paloma mensajera. En el tal libro aparecían las márgenes y entrerrenglonaduras llenas de advertencias, añadiduras y aclaraciones manuscritas, al modo de los programas ilustrados que llevan para examinarse los estudiantes holgazanes.

Apenas le echaron el ojo los inteligentes, aseguraron que aquello era un tesoro; cálculos que en lugar de hiperbólicos, resultaron, aquella vez, mezquinos. Sin saber cómo, llovieron de todas

partes bibliófilos y bibliópolas á la olvidada ciudad, haciendo por la alhaja, sobre todo el último que llegaba, ofrecimientos tan tentadores, que no hubiera podido resistir otro que no fuera médico, rico y sin herederos

Una tarde llegaron inopinadamente unos extranjeros y de buenas á primeras ofrecieron por la joya literaria, en aquella ocasión con entera propiedad llamada inapreciable, lo que pesare en oro español, que por aquel entonces apenas conocian ya más que de oídas los naturales y acabaron por invitar al dueño á que pidiese cuanto fuere de su antojo para dárselo en el acto, sin que á todo esto hubiera salido el libro de sus manos, á pesar de las tentativas del médico para recuperarlo, hasta que al fin cansado le arrancó de las de uno de ellos. Contrariados por lo inútil de sus intentos, volvieron á tomar el carruaje, que no se había separado de la puerta, partiendo como alma que lleva el diablo. Cuando apenas habían desaparecido, un curioso que hojeaba el libro, advirtió, con general asombro, que le faltaban las notas. Ver el Doctor que no era el suyo y lanzarse á la calle corriendo y gritando, fué todo á un tiempo. Por fortuna suya, embocaba por ella una pareja de la guardia civil que volvía de prestar servicio y apercibida del suceso, volvió riendas en la dirección que llevaba el coche, con el que acababa de cruzarse. Gracias á ser de alquiler lograron los civiles alcanzarle; mas á cumplir el cochero las órdenes de los que iban dentro, sólo á viva fuerza se hu-

biera detenido. Regresaron á la ciudad donde los esperaba un séquito semejante al de la entrada de un nuevo obispo; se dió parte á las autoridades, acudió el juez, dictó auto de procesamiento, y mientras los extranjeros protestaban furiosos, la gente los siguió á la cárcel, entre el vocerío y los silbidos de los chicos.

Disuelta la manifestación, los presos preguntaron por el cónsul, que no había, y dirigieron un escrito al gobernador civil, quien juzgó prudente acudir á la cárcel, y de su conferencia con los detenidos salió á avistarse con el juez y con el dueño del libro robado, ó equivocado, según los presos, rogando al uno que sobreseyese y al otro que perdonase. El juez vacilaba, el médico insistía; pero al fin, para evitar complicaciones internacionales que el gobernador presentía, los de la cárcel salieron de ella renegando de España y de su atraso; pero recibiendo una indemnización que la autoridad civil les dió del capítulo de imprevistos, según unos, y según otros del fondo de calamidades.

Este acontecimiento acabó de exaltar la ya algo caliente fantasía del afortunado dueño del *Don Quijote,* y así le hubieran ofrecido, de allí adelante, los tesoros de Creso ó los traídos de las Indias occidentales, no se habría desprendido de él, como no fuese arrancándoselo á pedazos.

En las frecuentes noches de insomnio que por entonces empezó á pasar, sin duda en desquite de lo mucho que hasta entonces había dormido,

meditaba sobre el empleo de tan codiciado objeto y después de muchos y muy pensados proyectos, resolvió hacer por su cuenta una edición del libro.

La ocurrencia le pareció verdaderamente luminosa. Aunque aquello costara mucho, ¿qué mejor empleo podía dar á sus ahorros él, que en rigor no tenía á quién dejarlos? ¿A qué empresa podía destinarlos que fuera más honrosa? ¿No era un interés á todos superior el de la notoriedad y fama que adquiriría su nombre? De aquí nació otra idea: la de escribir él unos comentarios que sirvieran de explicación á los manuscritos que ya tenía el libro y que tan subido valor le daban, pues ocioso es decir que la nueva edición había de contenerlos con la mayor integridad. Y con tal entusiasmo emprendió la tarea, que pasaba día y noche meditando y escribiendo, y ni el mismo héroe, cuyos hechos quería depurar y cuyos pensomientos más recónditos descifrar y colocar en su puesto, debió pasar tantas y tan largas horas en la meditación y lectura de aquellas portentosas historias caballerescas, que constituían la casi totalidad de su nutrida biblioteca.

Allí era de ver cómo con su imaginación y con su pluma deshacía tantos y tantos entuertos cómo los follones comentaristas de todos los países y de todos los tiempos habían acumulado sobre el esforzado hidalgo manchego; y en infinito número, con más facilidad que borregos en la consabida aventura, al empuje de la lanza, rodaban por la

lúbrica arena de la crítica aquellos malandrines literarios, desde Mayans, á quien no valía la disculpa de haber escrito por encargo, y Booule, que consagró los catorce mejores años de su laboriosa vida al servicio de la obra de Cervantes, y su predominio de las humanidades en honrar la lengua castellana vertiendo á otras el mejor libro de ésta, hasta Asensio y Toledo, quien en premio de haber dedicado su larga vida á exclarecer la de Cervantes y sus libros, acaba de tomar asiento en una poltrona de la Academia. Todos, sin excepción, cuantos sobre tan socorrida materia han disertado, caían al impulso de la arrolladora pluma del novísimo escritor, sin que ninguno pudiera acariciar la esperanza de levantarse, porque no sólo salían vencidos de aquel torneo literario, sino rendidos sin cuartel, porque el nuevo paladín de las aventuras y desventuras de *Don Quijote,* luchaba abroquelado con el escudo de la interpretación auténtica, que según dicen que dicen los curiales, equivale á la ley misma y tiene tanta fuerza como ella y hasta la amplía y mejora y exclarece; por que desde el principio ha penetrado el lector que las adiciones y correcciones que embellecían el impreso eran obra del propio cosechero; es decir, de puño y letra del vencedor de Lepanto.

El fruto de aquellas vigilias fué tomando forma en montones de cuartillas, que por su número apreció bien pronto el futuro publicista que habían de formar volúmen ó volúmenes aparte.

Trató con impresores, pues en editor no pensó nunca y vistas sus exigencias, decidió montar imprenta, y no satisfaciéndole las primitivas y toscas usadas en España, voló al extranjero, recorrió Europa, adquirió lo más perfecto, elegante y caro del arte tipográfica que á la fecha se conocía en el mundo, lo instaló en local adecuado y lujoso, y no hallando cajista tan entendido y hábil como uno de la misma ciudad, algo tildado de informal y loco, decidió, á pesar de eso, confiarle tan delicada empresa; pero no el libro, que en un acceso de informalidad podía desaparecer entre las manos del encargado de multiplicarle, para lo que ideó desencuadernarlo, entregando al cajista hoja á hoja y presenciando constantemente el trabajo, para lo cual renunció la prebenda clínica que en el hospital del cabildo gozaba.

Llegó por fin el anhelado día de ver terminada aquella obra, más importante y difícil que la biblia del Cardenal Cisneros.

En un elegante tomo salió *Don Quijote* airoso y remozado, con las correcciones y ampliaciones auténticas, y *Sancho* arrellenado en el Rúcio, cuando lo tenía, y á pie con las alforjas al hombro, mientras le usufructuó Ginesillo. Las advertencias, comentarios, refutaciones, escolios... en una palabra, el luminoso y abundante trabajo del flamante expositor, salió en un abultado volúmen que contenía más letras que las vindicias de la Santa Biblia ó los comentarios de Llamas Molina á las Leyes de Toro.

A la cabeza del tomo de *Don Quijote* figuraba un certificado de un director y tres ó cuatro profesores normales, en el que declaraban, bajo la garantía de su palabra profesional, que todo lo manuscrito en el ejemplar que había servido de original á aquella edición, era de puño y letra de Miguel de Cervantes Saavedra. Una cosa así, como las declaraciones que dan los deshauciados á los autores del específico á que deben la vida. Pero en honor de la verdad, aquel informe estaba tan cumplidamente razonado, como podía esperarse del merecido concepto que gozaban los firmantes.

Preparados á millares elegantes y artísticos anuncios para sorprender al mundo con la estupenda noticia de la vuelta á él del íntegro caballero de la Mancha, llevado de la mano del que le engendró para responder por él á tantos desaguisados como después de muerto se le han hecho, llegó á la venturosa ciudad, que pudiera llamar su nueva patria, una de las primeras glorias de las letras españolas; un crítico eminente, cuya fama sigue en aumento en nuestros días y acaso sin rival en la controversia que la nueva edición de *Don Quijote* traía aparejada. Tomó entusiasmado su padrino por la más feliz coincidencia aquel inesperado viaje, y desolado y gozoso fué á presentar su monumental obra al literato. Mas ¡oh, desencanto! apenas hojeó el original, aseguró rotundamente que aquello no era letra de Cervantes. Sobrecogióse el buen Doctor de espanto. Exgrimió el testimonio de los técnicos calígrafos, y

después de deshacerse en diatribas, insultos y voces, huyó descompuesto y furioso del que había sido su esperanza.

Tuvo fiebre. Estuvo trastornado algunos días; cuando ya se le creía sosegado, púsose á escribir con febril empeño, saliendo á poco de su imprenta un folleto defendiendo su obra y atacando rudamente á quien tan sin piedad había desvanecido sus ilusiones. Bien se traslucía por aquel libelo, que sus facultades no estaban ya ordenadas. De él es posible que ni siquiera tuviese noticia el aludido; y si la tuvo, seguramente daría los agravios al olvido.

Contra lo que podía presumirse, pues cosas de menor importancia despiertan vivo interés, nadie se ocupó del asunto: ni aun la prensa diaria, que se agarra á un cabello. Acaso no se tocó el resorte que la mueve. Lo cierto es que nadie preguntó siquiera por un ejemplar. Es verdad que el único interesado había caído en un abatimiento alarmante, y mal podía ocuparse de ello, quien apenas contestaba con monosílabos desacordes, pasándose en cambio horas enteras en soliloquios en que confusamente se entendían los nombres de *Don Quijote,* de sus personajes y de sus comentadores.

El mal fué tomando desconsoladoras proporciones, y entristecía el alma ver á aquel privilegiado entendimiento y á aquel carácter polemista y vivo, oscurecerse y apagarse en una tranquila y apacible enagenación, hasta descender al se-

pulcro la deleznable materia que los encerraba.

Cuando los lejanos herederos, mal encubierta su ansiedad por hacerse cargo de los bienes que esperaban, invadieron las principales habitaciones de la casa, las hallaron atestadas de ejemplares de la monumental edición.

¿Pero acaso no faltaba ningún ejemplar? pudiera preguntar algún leyente.

Ninguno; porque el que el autor había ofrecido para unos Juegos Florales, quedó para el oferente por haber declarado el Jurado desierto el tema á que servía de premio.

El lector, que necesariamente ha de ser curioso para haber podido seguirnos hasta aquí, se habrá quedado con el legítimo deseo de saber quien de aquellas dos autoridades tenía razón: si los ilustrados profesores que en su meditado informe declaraban que las notas marginales manuscritas eran de Cervantes ó el docto académico que sin vacilación afirmó que de ningún modo era aquella letra del manco sano. Y como ese deseo es tan justo, vamos á ver si podemos satisfacerle haciendo al discreto lector juez en el pleito.

Los calígrafos, para dar su voto hubieron de cotejar el libro con manuscritos reconocidos como de Cervantes; y como aquí no podemos hacer lo mismo, pondremos otro género de prueba que no faltará quien estime de mayor eficacia y valía, porque al fin la de la forma de letra no es más que obra de mano y la que ofrecemos es fruto del entendimiento.

Sabido es que el albacea del infeliz enamorado Crisóstomo, fiel cumplidor de su última voluntad, esculpió en el mármol que cubrían sus miserables restos:

Yace aquí de un amador
El mísero cuerpo helado,
Que fué pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
De una esquiva hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tiranía de amor.

En la edición que, según su dueño, es la pristina expresión del genuino pensamiento del génio que escribió la inmortal obra, aparecen los ocho versos precedentes con el siguiente aditamento:

Si él enseñara dinero
Hallara dos mil mujeres
Que le hicieran mil placeres.

A la perspicacia del discreto lector corresponde resolver en este proceso, sin consentírsele sobreseer, puesto que esos tres renglones, exacta copia de los que aparecen al margen correspondiente del famoso texto, le dan materia donde fundar la sentencia.

No necesitamos nosotros lavarnos las manos habiéndonos inhibido oportunamente en asunto de tanta trascendencia.

Si se dijera que este caso aislado no da la prueba cumplida de la virtud contagiosa de la enfermedad de *Don Quijote* y no bastaran á confirmarla las cavilosidades, escrúpulos, reparos y

sutilezas, con que casi todos sus comentadores aun los más tranquilos, dan indicios de estar algo exaltados, el colmo del efecto producido en e mundo real por el loco fantástico, no sólo entre los doctos é indoctos, si no aun en las entidades científicas está en el hecho inverosímil de que la Academia de Ciencias, Inscripciones, Literatura y Bellas Artes, establecida en Troyes, tomando en serio la vida de aquel personaje con todas sus aventuras, acordó comisionar á un individuo d su seno para que, trasladándose á España, averiguase al por menor las circunstancias de la muerte del pastor Crisóstomo y el lugar de su sepulcro, con el fin, entre otras cosas, de hacer una nueva historia de su vida, reformada, si era preciso, con conocimiento de causa. Y aunque el lector se sonría maliciosamente, añadiremos que no queriendo la Academia de Troyes que el viaje se hiciera á humo de pajas, ordenó á su comisionado que confrontase el texto árabe, que indudablemente debía existir en la biblioteca del Escorial, con la traducción hecha por Cervantes, por si éste se hubiese permitido, con poco respeto á la verdad y á la memoria de Cide-Hamete-Benengeli, hacer algunas alteraciones.

Y no hemos de incluir en estas citas, si no han de resultar interminables, la de los tratadistas filósofo-médicos ó médico-filósofos, que aprovechando su predominio en la ciencia de Hipócrates y en la de Aristóteles, Platón y Dioscórides alternativamente, han estudiado á conciencia en sendas

páginas *La Afección Cerebral de Don Quijote* y han sostenido reñidas controversias sobre si el alma humana es substancia, si el espíritu puede sufrir algún género de lesiones ó si la vesania del infeliz Quijano era biliosa ó melancólica, tétrica ó atrabiliaria y de tal manera han llegado á revolver autores, doctrinas y teorías, que si las polémicas de mediados del siglo XIX hubieran tenido la fecha de principios del XVII, es probable que hubieran dado todos, para terminarlas, en los calabozos del Santo Oficio, aunque su domicilio propio estuviese en el Nuncio de Toledo.

Y no entraremos en aquello que tan desvelados los traía sobre si «Dulcinea es la encarnación objetiva del alma de Cervantes ó la personificación subjetiva de la ciencia y la sabiduría, ó según otros el *pronóstico del consorcio del furibundo poder del León Manchego y la blanca paloma Tobosina,* como se justifica cumplidamente con la madura observación del genuino significado del nombre de *Aldonza*».

Otra vez la fantasía de los comentadores, descendiendo de las alturas inaccesibles en que de ordinario se cernía, llevaba tan rastrero vuelo, que se deleitaba en resolver charadas, ciñéndose trabajosamente á descifrar un logogrifo en cada nombre de cuantos personajes figuran en la novela y aun de los que no figuran, en cuyo prolijo estudio no sólo se empleaban los Benjumea, los Jiménez, los Tubino y aún los Clemencines; sino, lo que parece inconcebible, hombres tan doctos y

sesudos como D. Cayetano Alberto de La Barrera y tan ilustres y sabios como D. Juan Eugenio Hartzenbusch, los cuales, quitando una A, añadiendo una O, suprimiendo una L y eliminando ó adicionando cuantas vocales ó consonantes hacían al caso, hallaban que descompuestos los nombres de Aldonza ó Lorenzo Corchuelo y reconstituyéndolos con aquellas modificaciones, resultaba algo así como Alonsa ó como Lopenzo Cachuelo, creían haber hallado la clave de los ocultos propósitos de Cervantes al escribir su libro, arrojando, según ellos, todos estos imperfectos anagramas rayos de esplendente luz sobre aquellos supuestos y recónditos propósitos; y si como Benjumea, lograba alguno la envidiable fortuna de descubrir que López de Alcobendas tiene el mismo número de letras que «es lo de Blanco de Paz», entonces su satisfacción subía de punto y consideraba su descubrimiento de mayor trascendencia que el del Nuevo Mundo y poniendo por escabel de sus pies á todos los comentadores pretéritos y futuros, les enseñaba con tono magistral y alargando el brazo el derrotero que habían de llevar y el camino que habían de tomar en adelante para seguir las huellas del buen Alonso Quijano en su locura; bien es verdad que él los aliviaba de este trabajo dándoselo hecho en nuevas y seguras investigaciones.

Porque entiendo que todos estos doctísimos y muy cuerdos señores dejan de serlo cuando hablan de libros de caballería, haciéndose más ó

menos participantes de la enajenación quijotesca, cuyo daño sólo puede naturalmente achacarse al que escribió el libro; de aquí que hago á Cervantes el más duro cargo que ha podido dirigirle comentador alguno, poniéndome con ésto á la cabeza de los que, después de haber agotado en su elogio todos los recursos de la hipérbole, terminan por dirigirle más ó menos amistosas censuras, sin duda para que se vea confirmado en él aquel apotegma suyo que dice: «pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algún mal que le turbe ó sobresalte» y digo que me pongo á la cabeza porque la imputación que le hago es nada menos que la de haber trastornado con su libro muchas.

Pero este es, sin duda, el destino de cuantos el nombre del gran escritor tomamos en boca.

Hoy que el entusiasmo por él está en el apogeo y que el primer cuerpo literario de España abre con júbilo sus puertas á quien exclusivamente de él se haya ocupado, hasta contestando al discurso de recepción quien con justicia goza renombre de uno de nuestros primeros escritores, después de envolver á Cervantes en una aureola de gloria formada con el oro y la pedrería de su elocuencia y de su extraordinaria erudición, termina diciendo que cuando *Don Quijote* vino al mundo, la memoria de los caballeros andantes se iba perdiendo y los libros de caballería casi se caían de las manos, sin advertir que ésto cercena en no pequeña parte la gloria del inmortal prosista y olvidando

que á los futuros herederos del trono se los educaba en el amor de las proezas andantescas y que el que después fué Felipe III, á pesar de su apocamiento, rompía lanzas y desempeñaba el primer papel en espectáculos á lo Amadís de Gaula, delante de su severo padre y hasta en los libros que expresamente se escribían para su educación, se defendían y propagaban las excelencias de la caballería andante, y tenía ésta y principalmente los libros en que se hacía el panegírico de sus imaginarios personajes muchos y muy reputados partidarios, á cuya cabeza figuraba la mayor y más popular autoridad en la materia, el insigne Frey Félix Lópe, que arrastraba con su opinión á las masas y que á pesar de su predominio sobre ellas gustó siempre de seguir y halagar las inclinaciones del vulgo, lo cual prueba que el pueblo amaba ésto mismo, y mal podía dejarlo caer por tedio de las manos. Decía el fecundísimo escritor, «que se reían muchos de los libros de caballería porque los miraban por la exterior superficie; pero penetrando los corazones de aquella corteza se hallaban todas las partes de la filosofía, á saber, natural, racional y moral. La más común acción de los caballeros andantes, añadía, es defender cualquier dama por obligación de caballería, necesitada de favor, en bosque, selva, montaña ó encantamento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado á defender la fama del que padece entre ignorantes, que son los tiranos, los gigan-

tes, los mónstruos de este libro de la envidia humana». De tal manera se explicaba este juez inapelable y hay quien se atreve á decir que aquellas aficiones no tenían por entonces partidarios. Con la cita de este solo nombre excuso hacer otras muchas, hasta de escritores místicos que en sus obras defendían aquello mismo que *Don Quijote* salió atrevidamente á desbaratar y destruyó protegido de su celada de cartón.

Mas no sólo en el campo de la literatura, sino en el terreno práctico existían los caballeros andantes bajo su peor fase, que no era la de reparar injusticias sino la de hacer alarde de valor estéril y de ferocidad, como lo prueba Juan Ginés de Sepúlveda, cronista de Carlos V en su obra titulada, *Diálogo llamado Demócrates*, publicado en Sevilla en 1540 en el cual se lee:

«No fueron locuras, inventadas por los autores de *Palmerin de Oliva* y de *Tirante el Blanco*, las hazañas del caballero sevillano Manuel de León, sino realidades, hijas de las costumbres y de la manera de pensar usada en el siglo XVI. Un escritor, su contemporáneo, decía hablando de León: Don Manuel en tiempo de nuestros padres, *ó por mejor decir en el nuestro*, pasó á Africa á buscar ocasiones de alabanza y fama; y puso carteles, *como es costumbre* por toda Mauritania, desafiando á cualquiera valiente hombre que quisiere combatir con él uno á uno. Y como á esta fama y contienda viniesen de cuasi toda Africa muchos valentísimos hombres al lugar determinado

para el combate, venció y mató siete de ellos; porque los demás viendo el manifiesto peligro y certidumbre de la muerte no osaron combatir; y tornó en España con grandísima alabanza, trayendo en triunfo las cabezas de los siete, *las cuales yo en Sevilla siendo muchacho vi*». Cuya obra también relata desafíos y muertes semejantes.

Distracción notable fué en el eminente crítico insinuar que la afición á los libros de caballería se había perdido, cuando por entonces las censuras y moniciones de los varones de más crédito en virtud y ciencia, para combatir tales lecturas se perdían en el vacío, si no lograban, como de ordinario acontece, estimular el deseo y la curiosidad de los lectores por conocer los libros anatematizados, para cuyo destierro no bastaban ni las disposiciones legales que se dictaban contra ellos. Solo Cervantes con su sátira, única y sin ejemplo en el mundo, logró el saludable efecto que se buscaba, desterrando aquella perniciosa lectura cuando las imprentas de Valladolid y Medina, de Madrid y de Lisboa, se hacían lenguas repitiendo las proezas de la innúmera descendencia de Amadís de Gaula, enmudeciendo para siempre apenas *Don Quijote* embrazó la adarga.

Pero en ésto el ilustre crítico no ha hecho más que respetar la tradición que trae su origen desde el primer esbozo biográfico de Cervantes, cuyo autor puso en duda el origen de la censura de la segunda parte de *Don Quijote*, atreviéndose á estampar su recelo de que no fué el Licenciado

Francisco Márquez de Torres, Capellán de pajes del Arzobispo de Toledo, que la firmaba, sino el mismo Cervantes quien la escribió, prestándose el respetable sacerdote á tan poco honrosa superchería.

Ríos, Pellicer y Fernández de Navarrete, reparan el golpe de Mayans justificando cómo en aquellos días había, en efecto, llegado el embajador de Francia, y cuán verdadero es cuanto se refiere de sus mútuas visitas con el venerable Arzobispo. En apoyo de tan doctas autoridades nos atrevemos nosotros á indicar que si Cervantes hubiera sido el autor de sus propios elogios, no hubiera cometido la torpeza insigne de poner á la firma de un digno sacerdote un documento en que falsamente se diría: «Certifico con verdad que en 25 de Febrero...» es decir, que sin necesidad, pues esa frase no era necesaria en el documento, hacía casi aparecer perjuro á quien le favorecía con su tolerancia: al letrado que hacía el insólito favor de firmar aquel escrito, renunciando además á su iniciativa por ser también escritor quien la firmaba, quedando por esta circunstanciatan desairado el favorecedor como el favorecido.

Mas, ya se ve, fué tan limitado el número de satisfacciones que Cervantes tuvo en su vida que había que quitarle ésta para que tal vez no le quedase ninguna.

Como después de la censura lo primero que se encuentra en cualquier libro es el título, en él ha-

llaron los Aristarcos ocasión de acreditar su fino gusto y la profundidad de sus conocimientos y para justificar Pellicer que el adjetivo ingenioso no encajaba en las cualidades del héroe manchego, acude á la autoridad de Pitágoras y á la de Voragine y hace salir á Apuleyo sobre su *Asno de Oro;* pero á su vez el Sr. Benjumea, acredita que precisamente el calificativo de ingenioso no sólo es el que mejor cuadra á *Don Quijote,* si no que en el fondo de esa palabra hay una serie de misterios recónditos que á él sólo es dado descifrar, para lo cual invoca la autoridad del Dante y enseñando á su contrincante que el título de *Asno de Oro* fué primero de *Historia Lombárdica* y el de la *Leyenda Aúrea, Metamorfoseos,* por cuyas razones, dice «no se maravillaba que el *Quijote* hubiese sido libro cerrado y rebelde, porque cabalmente el título con la añadidura de *Ingenioso* es la síntesis de la obra; y sin él, acaso pasarían muchas generaciones sin poder hallar la salida del laberinto», misión que para él, D. Alejandro Díaz de Benjumea, estaba encomenda y para lo cual, la Providencia, sin duda, le mandó al mundo.

¡Oh! bobalicón de *Don Quijote,* que tanto te solazabas con aquellos deliciosos y sencillos razonamientos dé: *La razón de la sinrazón que á mi razón se hace de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra fermosura»,* que hallabas en los libros para tí tan predilectos! ¡Si expresiones tan claras causaban tu admiración y tu deleite, cuán grandes y justas hubieran

sido tu fruición y tu contento, al leer las razones que brotan de la pluma de tus panegiristas entusiasmados por la excelencia y magnitud de tus proezas! «¡Pero ni los altos cielos, ni las estrellas, ni la divinidad que divinamente te fortificaban, te hicieron merecedor del merecimiento que merecía tu grandeza!»

Mas si por este camino de los reparos puestos á la relación de los memorables hechos de *Don Quijote* por sus entusiastas admiradores siguiéramos, llenaríamos más volúmenes que todos ellos juntos y ni tendríamos tiempo para escribirlos, ni, lo que es seguro, el lector perseverancia para leerlos, pues aún no hemos llegado á la palabra hidalgo, que es el segundo adjetivo que precede al nombre y á pesar de ir con toda la rapidez posible, dejándonos en el tintero cosas, á nuestro parecer, muy bellas, ya van escritas demasiadas líneas.

¡Y á qué terreno tan virgen habíamos llegado!

¡Qué poco trabajado hallamos éste de la hidalguía de *Don Quijote!*

¡Verdaderamente nos escandalizamos de esta negligencia!

Así, sin más ni más, ha dejado pasar tanta multitud de comentadores, sin reparo ni objeción alguna, la trascendental cualidad de la hidalguía. Parece mentira que derrochando tanta erudición y tanta ciencia en otras nimiedades, haya pasado desapercibida á su perspicacia la materia de más bulto que pueda tratarse en tan memorable historia.

Si todos los escritores procuran enaltecer á los protagonistas de sus historias, con poco escrúpulo, no pocas veces, del respeto que á la gravedad histórica se debe; ¿vamos á establecer una excepción injustificada con el cronista de *Don Quijote?*

¡Vaya una garantía la de su biógrafo! Para darle el lucrativo y honroso empleo de comisionado de apremios, no bastó la fianza de los bienes de su mujer y hubo además que recurrir á la munificencia de algún rico piadoso que adicionase la suya ¿y en este trascendental asunto le vamos á creer sin otra garantía que su palabra?

No hay si no que, porque él lo diga, tener á *Don Quijote* por hidalgo. ¿Dónde prueba su limpieza de sangre? ¿Ante quién ha exhibido sus pergaminos? ¿En qué archivo está registrada su ejecutoria? ¡No hay sino conformarse con el testimonio de un sacamantas!

Bien procura, á las primeras de cambio, hacerlo pasar como de matute por el fielato del Blasón y de la Heráldica.

Que era *Don Quijote,* nos dice, «hidalgo de los de lanza en astillero», ¿y qué dudas resolvemos con eso? ¿Tenía solar conocido? ¿Habitaba en pueblo de behetría? ¿Había satisfecho lanzas y medias anatas?

Mientras estos interesantes puntos no se exclarezcan, reconocer á *Don Quijote* buenamente su hidalguía, es como otorgarle una canongía de gracia, y nuestra intranquilidad en esta materia no encontrará el anhelado término mientras futu-

ros y más afortunados disquisidores no descubran si era hijo-dalgo de abolengo con privilegio, ó simplemente un triste hidalgo de bragueta.

Indiferente se hallaba *Don Quijote* á la variada unidad de las indefinibles bellezas que la encendida aurora iba cual espléndido y vistoso panorama descorriendo ante sus distraídos ojos, en aquella felíz y deliciosa madrugada en que para remedio de las tristezas de la vida, dió comienzo á la suya de caballero errante, y no menos indiferentes sus oídos á las discordes armonías con que, al mismo tiempo que al naciente día, le saludaban los regocijados y canoros pajarillos, porque sus pensamientos rodaban por muy distintos rumbos, cuando su intuición poderosa le hizo profetizar que algún día sus portentosas hazañas habían de *entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria de lo futuro*. Ojalá que su profecía no hubiera tenido tan exacto cumplimiento. Nada hubiera perdido con ello su gloria.

Todos los trabajos ejecutados por los más inspirados artífices sólo han logrado acreditar que las manifestaciones del arte son impotentes para reducir á forma concreta y plástica las atrevidas creaciones del genio que alzándose sobre las pequeñeces del mundo sublunar, despliega sin entorpecimientos sus alas cerniéndose por los espacios donde flotan desembarazadamente, como en su propio elemento, las grandes ideas.

Rechazando Alonso Cano, de su lecho de ago-

nía, la imagen del Crucificado que para excitar más su fervor le presentaran: apartad, decía, ese simulacro, que por perfecto que sea, más aproximada idea de los sufrimientos de mi Redentor he de formarme con los destellos de mi imaginación fatigada, que con la vista de la obra de las más hábiles manos.

Lo mismo puede decirse de cuantas figuras el arte traza para encerrar en un bulto cuanto tienen de abstracto y universal las creaciones literarias de los verdaderos genios.

Desde la edición hecha en Madrid en 1765 en la imprenta de D. Manuel Martín, costeada por la Hermandad de San Juan Evangelista de impresores de la Corte, repetida, por desgracia, varias veces y que con sus incorrecciones y errores ha servido de silabario hasta hace medio siglo en muchas escuelas, *ilustrada* con 44 estampas que más que obra de mal aprendiz parecen entretenimiento de párbulo desaplicado y torpe, y cuyo pecado artístico y tipográfico el santo Apóstol y Evangelista habrá perdonado á la piadosa Hermandad, hasta aquellas esmeradas y por extremo lujosas de París y Londres y la que el Marqués de la Ensenada, estimulado por aquel honroso ejemplo, ordenó costear por el Estado, y en las cuales pusieron á tributo todos los adelantos del dibujo y del grabado los más famosos artistas de Europa, ninguno ha logrado satisfacer cumplidamente dando forma real y entera á las figuras que cada lector forja en su mente.

El más reputado artista de nuestros días, el justamente celebrado Gustavo Doré, no consiguió otra cosa con sus esmerados dibujos que hacer la caricatura de Don Quijote.

Menguado entendimiento tendrá el lector que encuentre más apropiadas las figuras que el buril esculpe, que las que su imaginación en el fondo de su cerebro labre.

Por grande que sea la habilidad de la mano que en el mármol ó en el lienzo ejecute las escenas, siempre tendremos que repetir, tratándose de Don Quijote, las palabras del mencionado Cano: «dadme una cruz sola que yo veneraré la imagen del crucificado como yo la imagino». Dadme el libro sólo, dirá el lector, desnudo de todo pretendido embellecimiento, que yo admiraré al Quijote como yo le imagino. Mas no por eso son menos dignos de aplauso cuantos le han dado tan expresivas pruebas de amor procurando perpetuarle en sus obras.

Harto más agravio se le ha hecho con la pluma que con el lápiz. Buena prueba tenemos en la edición de la Hermandad citada, en cuya dedicatoria, nada menos que al mismo Don Quijote dirigida, se le dice en el comienzo y por vía de saludo, para indicar la antigüedad de su ilustre abolengo, como se acostumbraba en las dedicatorias, que el arma que empleó el primer homicida para matar á su hermano la tomó del esqueleto del primer ascendiente de Don Quijote, majadería que debe perdonarse en atención á que el autor

la debió tener por graciosísimo chiste. ¡Ah! y la dedicatoria que tales agudezas contiene va autorizada por la firma de Cide-Hamete-Benengeli. Verdad es que el poco acierto del gremio de impresores que con aquel obsequio quería enaltecer la obra que les había enriquecido, llegó al extremo de meterse á corregir y aumentar el título dándolo en esta forma: «Vida y Hechos del ingenioso Cavallero Don Quxóte de la Mancha». La cual con la firma de Cide-Hamete son dos profanaciones.

A todos hay que perdonarlos y perdonarnos en gracia de la intención que nos mueve.

Y no invoco yo á humo de pajas tu benevolencia, lector clemente, porque alentado con el ejemplo de mis predecesores, quiero dar prueba de mi culto al gran Cervantes presentándole también candidato, y arrojado á tan laudable empresa quiero arrogantemente sobrepujarlos á todos, no limitándome como ellos á enaltecerlo de cocinero á teólogo, sino elevándole adonde por sus eximias virtudes tiene derecho.

¿No le rinden todos culto en tantas bellas obras en que á porfía le cantan fervorosas alabanzas? ¿No tiene asegurada la inmortalidad como la multitud de héroes cristianos á quienes la Iglesia ha puesto en los altares? ¿Por qué no colocarle entre su número? ¿Acaso porque habló de cierta *Tía* que sólo era *fingida?* A un virtuoso arzobispo debemos la conservación de ese relato, el cual se recreaba en su lectura, y lo que un príncipe de la

Iglesia tuvo por bueno, más que timoratas serían hipócritas conciencias las que lo rechazasen por malo. ¿Será porque en los libros que salieron de su pluma se leen ciertos vocablos? En aquel tiempo eran muy corrientes y aceptados, porque como la falsa cultura de ahora no existía, las cosas se llamaban por sus nombres.

¿Será porque no siempre supo reprimir los impulsos de la edad lozana, de lo cual resultaron testimonios vivos? ¿Pero acaso entre los más famosos de los hijos y los padres de la Iglesia no veneramos muchos que se dejaron llevar por largo tiempo donde quisieron sus debilidades?

Paseemos rápidamente la vista por la historia, que debiera estar escrita en letras de oro, del que tan injustamente padeció persecución por la justicia y hallaremos que no es infundada nuestra opinión de que era santo. Todas las virtudes resplandecieron en él en grado heróico: mansedumbre, humildad, paciencia, abnegación, caridad, devoción, todas, todas.

Hijo: fué modelo de respeto y amor á sus padres y hermanos. Estudiante: envidia de sus condiscípulos y orgullo y gloria de sus maestros. Criado: solícito y fiel cual ninguno, estimado de su ilustre y virtuoso amo, cuyo servicio dejó sólo para prestarle mayor y más arriesgado á la religión y á la patria. Soldado: no se limita á ser dócil observante de la disciplina y de la ordenanza, sino que se rebela contra sus duras leyes para exceder á todos en su cumplimienio, sobrepo-

niéndose á la fiebre que le postra y despreciando la muerte que afronta para dar la vida por la Iglesia que arriesga su sosiego y su predominio en Europa en la batalla. Recibe en ella el bautismo de sangre que derrama sobre las ondas del Mediterráneo, sacando como perpetuo recuerdo de tan honrosos hechos las cicatrices de sus mutilados miembros, únicas cruces otorgadas á su esfuerzo, y que él estima, en su humildad altiva, como sobrado premio.

Humildad. Jamás recordó aquéllos sus servicios ni otros de mayor perseverancia y fortaleza, sino cuando se vió obligado para repeler insultos y agravios personales y aun entonces con mesura tanta, que da con ello elocuentes manifestaciones de humildad y templanza.

Su vida fué continua y dolorosa prueba de su paciencia en las adversidades, llevando con resignada mansedumbre su cruz, cargada sobre sus tiernos hombros en la infancia, sin rendirse, á pesar de su pesadez, á la fatiga, antes bien mirándola como suave y ligero yugo y llevándola sonriente y alentado por la satisfacción de su tranquila conciencia, hasta dejarla en la boca de su pobre y olvidada sepultura.

La santa abnegación y la caridad brillaron en él con luz tan luminosa, con resplandor tan vivo, en grado tan eminente, que mientras el mundo exista y en los corazones y en los espíritus no se extinga la sensibilidad y la admiración y el amor por lo grande y por lo bello de las acciones hu-

manas, las playas y ciudades de las costas berberiscas dirán siempre en su lenguaje solemne y mudo: aquí vivió muchos años un hombre ofreciendo siempre su vida por la libertadad y la salvación de sus semejantes.

Si padecer persecución por la justicia es una de las gracias concedidas por el cielo á los predestinados, el perseguido Cervantes la sufrió tantas veces y tan injustamente, que sólo la firmeza de sus creencias pudo sostenerle en tan amargas pruebas, y en venganza de proceder tan inícuo de los hombres concibió y realizó, en el mismo calabozo en que le aherrojaban, el pensamiento de dejarlos un hijo de su entendimiento que fuera legítimo regocijo de los dichosos y perenne manantial de consuelo para las eternas aflicciones de la vida.

Como celoso catequista recogió ópimos frutos arrancando de los errores del islamismo las inocentes almas de jóvenes cristianos, logrando más de sus tiernos corazones la persuasión amorosa de sus sentidas enseñanzas, que los halagos de las pasiones y la molicie con que para perderlos los enemigos de la fe los excitaban.

Con tantas pruebas le favoreció (empleando con respeto el lenguaje de los místicos) la divina justicia, que los sufrimientos de un esclavo á quien iríamente se martiriza para estimular el deseo del rescate, teniéndole por persona de valía, y justificando, en cierto modo, los rigores con él empleados sus empresas en favor de los otros, fueron, tal vez, una tregua para los mayores que

le aguardaban el día de su libertad al arribo de los patrios lares, porque los sufrimientos morales que le esperaban entre los suyos habían de lacerar más su espíritu que los golpes de los bárbaros su extenuado cuerpo.

Sólo la antorcha de la fe cristiana podía alumbrarle en aquellas tenebrosidades y el faro de la esperanza divina alentar su fatigado aunque valeroso ánimo.

En medio de tan acerbas contrariedades elevaba su corazón y su alma á la Madre de los afligidos, sollozando esta plegaria que el más discreto y afortunado escudriñador de los azares de su vida ha recordado en el periódico más leído:

«¡Vuelve, Virgen, Santísima María,
tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
á los tristes que lloran noche y día
regando con sus lágrimas el suelo:
socorrednos, bendita Virgen pía,
antes que este mortal corpóreo velo
quede sin alma en esta tierra dura
y carezca de santa sepultura!»

Eso pedía no más, recibir los auxilios de la Iglesia y que cubriera sus huesos tierra por ella bendecida.

En aquel cautiverio templó Cervantes su alma para nuevos infortunios.

Allí llegó á imitar el ejemplo de el Divino Salvador ofreciendo su vida por la salvación de otros.

Allí tuvo un traidor, no de entre los perseguidores de la religión, sino un compañero de cautiverio y de nacionalidad, cristiano que se decía,

verdadera ó falsamente, no sólo ministro del Señor, sino del tribunal encargado de velar por la pureza de la fe y en todo tan semejante á Judas, que recibió por su delación una paga, aunque todavía mucho más mezquina que la de los treinta dineros.

Por último, llegó á verse amarrado al madero de la nave que había de mover con su esfuerzo hasta que feneciera á los golpes de despiadado cómitre, ó muriera ignorado y solo en lejanos y desconocidos países, y no perdiendo ni aun en tan desesperado instante la confianza en la divina misericordia, el cielo le mandó un ángel con hábito de mercenario que le restituyese la libertad y la vida arrancándolo de las manos de sus verdugos.

Día feliz; pero día único de sus satisfacciones.

Su patria, aquella patria á la que había consagrado su actividad y su inteligencia, por la que había ofrecido su vida y derramado su sangre, ni siquiera reparó en que había vuelto á su seno.

A los elogios, inmerecidos casi siempre, que la bondad de su corazón y el deseo de ser grato á sus semejantes dictaban á su esclarecida pluma, contestaban los favorecidos con la indiferencia y ordinariamente con el rastrero y escondido agravio, cuando no con el procaz y descocado insulto.

El Rey olvidó sus servicios y desatendió sus modestas y justas pretensiones.

La misma compañera de su vida, á quien había amorosamente ofrecido como odorífero ramo de

flores nupciales las primicias de su pluma, ni le conoció ni supo comprender el tesoro que guardaba el pecho de su amante marido, y como si estuviera de acuerdo con el mundo para hacer cada día más amargos los últimos del infortunado mártir, le privó por repetidos documentos de todo derecho á participación alguna de sus bienes. Lujo de desdenes inútil puesto que había de conocerle sucumbir al peso de tanto infortunio.

Careciendo de recursos precisos para satisfacer los alquileres de su pobre vivienda, á pesar de tenerlas propias sus inmediatos deudos, sufría cada mes un desahucio, siendo el ludibrio de ministriles y escribanos que periódicamente le arrojaban de una en otra casa, viéndole las gentes cruzar por las calles en busca de nuevo domicilio con todo su ajuar á cuestas, reducido á sus manuscritos.

¡Cuántas veces echaría de menos la cautividad de Argel!

Pero él fundaba todas sus esperanzas en una vida imperecedera exenta de las groseras impurezas de ésta, y cifrando todas sus aspiraciones en alcanzarla, pasaba sus últimos días alabando y bendiciendo con el más humilde recogimiento á Dios, que á tales pruebas le sometía, en aquel oratorio donde también acudían por vanidad, por hipocresía ó por seguir la moda, aquellos sus émulos que envidiosamente le despreciaban y que aun en el templo evitaban su contacto por no rozar sus lustrosos vestidos con los harapos del lisiado de Lepanto.

Mas once años antes que lograra en el sueño de la fosa común el descanso perdurable su rendido cuerpo, recibió la mayor tortura moral que pudiera sufrir quien tan alta idea tenía del honor y de la dignidad humana. Por prestar generoso socorro á un herido que en las ansias de la muerte le pedía, se vió preso y deshonrado con la pobre y numerosa familia que sustentaba con su trabajo manual.

¡Cuánto padecería su alma!

Sin embargo, el Hacedor se la había concedido de tal temple, que con cristiana resignación decía: «En los casos irremediables es suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho». Y volviéndose á las cuitadas mujeres que constituían su familia, les decía para alentarlas: «No es posible que ni el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca» y añadía: «Ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar al extremo de serlo, mientras no acabe la vida» y con evangélica mansedumbre repetía para fortalecerse á sí propio: «El cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres».

Murió abandonado y solo, siendo enterrado de limosna en prestada sepultura y fué el desprecio del mundo y el oprobio de las gentes.

Mirad si tenemos algún motivo para considerarle santo.

Verdaderamente, meditando en los pormenores que cada día se descubren de su vida, casi nos parece más grande por ella que por sus escritos.

Conservando viva su memoria para sostén y ejemplo en nuestras contrariedades y para imitar sus virtudes, volvamos la vista un momento hacia el hijo predilecto de su privilegiado entendimiento que con los otros sus hermanos fué legítimo orgullo de tan noble padre y única compañía y consuelo en sus soledades y aflicciones.

Con sus libros se recreaba, pues aunque la envidia los combatía por todos los medios procurando producir en su derredor el vacío, mañosamente los circunspectos y sin reflexión y abiertamente los noveles, impulsados por aquéllos para que con su inexperiencia tirasen chinitas al novelista que los eclipsaba á todos, hasta hacer que el siempre dulce é inofensivo Villegas se atreviese á agredirle en esta forma:

Irás del Helicón á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.

la contrariedad que estos ataques naturalmente había de ocasionarle, se desvanecía con la consideración de que siempre el mérito sobresaliente ha tenido detractores y que más sensible sería pasase desapercibido de los envidiosos. Afortunadamente el ensañamiento de algunos de éstos se desfogó después de muerto el ofendido, y el no respetar siquiera el año de luto, sobre la ventaja de no poder molestar ya sus oídos, tenía la de que

el desdoro con que se pretendía agraviar sus cenizas recaía sobre los difamadores, que tal nombre merecían los que, como el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, se atrevían á ofender la memoria de Cervantes de este modo: «No falta quien ha historiado sucesos suyos, dando á su corta calidad maravillosos realces y á su imaginada discreción inauditas alabanzas; que, como estaba el paño en su poder, con facilidad podía aplicar la tixera por donde la guíaba el gusto. Errar es de hombres, y perseverar en los yerros de demonios. No sé qué tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta y liga los sentidos luego que se comienza á ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico tras otro, y sea lo que fuere. *Anda toda la vida el autor en éxtasis, roto, deslucido, y en todo olvidado de sí.* Si es imaginativo y agudo en demasía, pónese á peligro de apurar el seso, *concetuando cómo le perdieron algunos que aún viven.* Si es algo material, bruma á todos, abofeteando y ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, *haciendo prólogos y dedicatorias al punto de espirar.* Dios os libre de tan gran desdicha. Daz paz á vuestros pensamientos. Seguid recreo más terrestre y menos espiritual; que así pasaréis mejor la vida y así poseeréis más dinero».

De veneno de víboras califica con sobrada razón estas palabras un juicioso y grave crítico, y vacilamos si manchar este papel con las otras con

que el mismo Figueroa doctoralmente moteja al autor de las *Novelas* porque las llamó ejemplares y encuentra hinchado y retumbante el título de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* y se burla de sus comedias y de sus desgracias... ¿á qué proseguir recordando ésto? Tenía el Doctor que corresponder á lo que de él dijo el poeta en el *Viaje del Parnaso:*

> Figueroa es estótro, el doctorado,
> Que cantó de *Amariti la constancia*
> En dulce prosa y verso regalado.

y lo hizo del modo que era de esperar de su procaz y maldiciente condición y aún tiene en su abono que no trató de mejor modo á los demás, pues desde Lope, Quevedo y Góngora, hasta Ruiz de Alarcón, no perdonó á ninguna figura, arrogante, zamba ó corcovada.

Pero si ninguno de los que se dedicaban al cultivo de las bellas letras supo disimular su desvío hacia Don Quijote, el pueblo le recibió con inusitado entusiasmo desde el momento de su aparición, hasta el extremo de que Cervantes pudo decir al escribir las primeras líneas de la segunda parte, lleno del más legítimo de los regocijos y de la más santa de las emociones, por boca del bachiller Carrasco, que á la fecha se habían impreso más de doce mil libros de la primera parte; y qué indecible júbilo no innundaría su hermosa alma, sofocando en ella y haciéndola olvidar todos sus dolores, cuando al llegar al capítulo XVI pudo con

inefable alborozo exclamar: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia».

El tiempo ha confirmado de lleno esta predicción de Cervantes, dice un joven é ilustrado sacerdote profesor de retórica. La profecía de Cervantes fué muy deficiente, decimos nosotros, se quedó muy corta. Verdad es que contar las estrellas del cielo ó las arenas del mar sería empresa más fácil que reducir á número exacto no sólo los volúmenes, sino las impresiones que de la obra despreciada y motejada por los doctos de su patria y recibida desde el primer momento con entusiasmo ardoroso por el pueblo, se han hecho, y de las lenguas á que se ha vertido, por eso entramos temblando en ella; mas ya que por nuestros escasos medios no podamos hacer más digna ofrenda en prueba de nuestra admiración y respeto al más grande y más desventurado de los escritores de los últimos siglos, vamos siquiera á intentarlo: ¿Por dónde empezaremos? ¿Por contar las ediciones que se han hecho en España? ¿Por las de la nación que primero la tradujo? ¿Por la mayor antigüedad de las lenguas á que se ha vertido? ¿y qué sabemos nosotros de ésto? Procedamos al acaso, empezando por consignar la sospecha de que no fueron cuatro sino cinco las ediciones hechas el primer año de su publicación, pues además de la segunda hecha en Madrid, cuyo descubrimiento se debe á un extranjero,

hay quien ha encontrado indicios de que la de Valencia también se debió repetir en 1605.

Podría afirmarse que la obra se ha traducido á todos los idiomas conocidos y que en todos se han hecho más ó menos ediciones. Desde el griego al latín y al vascuence, hasta el holandés, el servio, el ruso, el suevo, el polaco, el bohemio y dinamarqués, croatas, rumanos, húngaros y filandeses, sin omitir á los turcos, tienen su *Don Quijote* en su lengua propia para recreo del vulgo, y en la primitiva ó española, por lo menos en las más extendidas de Europa, para las personas ilustradas de tan diversos pueblos. Dos traducciones se conocen en catalán y en portugués, tres en italiano, seis en alemán, aunque es muy probable que haya recientemente alguna otra, ésto en cuanto á traducciones, pues las ediciones de cada una de ellas no es fácil precisarla, pues, como ocurre en Francia, de las nueve traducciones conocidas una sola ha llegado á exceder de sesenta ediciones. Procederemos para contar éstas de menor á mayor: hay una en latín y otra en vascuence, dos en catalán y en rumano, cuatro en griego, ocho en polaco, en sueco trece, sesenta en dinamarqués, en alemán setenta, de seguro aumentadas recientemente, en portugués ochenta y una, en italiano noventa y seis, en francés ciento sesenta y nueve, en inglés doscientas en prosa y una en verso, que los vates de aquel nebuloso país han querido honrar á Cervantes poniendo en metro su obra, y por último había hace treinta y dos años cuatrocien-

tas diez y siete ediciones en castellano, que pudiéramos considerar como oficialmente reconocidas, cuya suma total de las ediciones de todos estos pueblos, adicionando las que recientemente se han hecho en los últimos años, consiste aproximadamente en mil ciento ochenta y cinco á mil ciento noventa ediciones.

Otro trabajo no menos ímprobo sería el detallar las distintas ilustraciones de que el libro ha sido objeto. Que merezcan el nombre de tal hay unas sesenta editadas respectivamente: en París 23, en Madrid 15, en Londres 11, en Barcelona 3 y en Boston, La Haya, Bruselas, Venecia, Leipzig Praga y Tours. Contienen entre todas unos 1873 grabados. Una sola lleva nada menos que 800. La mayor parte están trabajadas por artistas de la fama de Doré. No pocas son verdaderos monumentos de arte tipográfico, como la editada por la Academia española en 1780. La dirigida por Dorregaray en 1873 consta de 1300 páginas en folio, sin contener un solo guión. Con tanto esmero y lujo se hizo en inglés otra, que no pudo venderse á menos de 650 francos. La primer obra del mundo reproducida por la fototipografía ha sido el *Quijote*, bajo la inmediata dirección de su inventor D. Francisco López Fabra, trabajo monumental que premió la exposición universal celebrada en Viena en 1873.

Todavía hay algo más caprichoso. Suponiendo, tal vez equivocadamente, que Cervantes había estado preso en Argamasilla de Alba, se

trasladó allá una imprenta y se hicieron, bajo la dirección del Sr. Hartzenbusch, nada menos que tres ediciones en la supuesta casa-cárcel.

¿Qué más? La taquigrafía, que sirve para recoger la palabra rápidamente hablada, ha hecho también homenaje al Caballero de los Leones, y los herederos de D. Francisco de P. Madrazo deben poseer, como preciada joya, un ejemplar taquigráfico de su vida, que con el mayor esmero y elegancia fué hecho por hábiles taquígrafos, según expresa el popular y fecundo escritor Sr. Nombela, en su breve biografía de aquel publicista.

¿Podrá hallarse manera más elocuente de enaltecer los méritos de un libro? Posible es que la haya y consista en recoger el mayor número de sus ediciones. En ésto, como en tantas otras cosas, Barcelona lleva en España la primacía. Una edición posee en aquella capital el presbítero D. Clemente Castejón de unos 200 ejemplares y otra, la más copiosa tal vez del mundo, el Sr. D. Leopoldo Rius y Llosellas con unos 400.

A medida que el tiempo nos separa de aquella esplendorosa mitad del siglo XVII en que á compás de nuestra decadencia política se elevaba el brillo de nuestras artes y nuestras letras, llegando á ser la castellana la lengua oficial del mundo, y por su acción se va templando el legítimo entusiasmo, aunque nunca la veneración ni el amoroso recuerdo de aquellos incomparables escritores místicos y profanos, historiadores, poetas y prosistas, la figura del que fué modelo y patriarca

de todos ellos va creciendo á los ojos de la humanidad cada vez más con la distancia, y cada siglo que pasa las nuevas generaciones encuentran una belleza más en cada página de sus libros y descubren un secreto nuevo en su prodigiosa vida, encontrando en ella y en su paciencia estóica y su virtud cristiana más que aprender, admirar é imitar, que en la galanura y en la filosofía de sus obras. Con razón un sabio extranjero, indiferente á nuestros intereses y á nuestras glorias, lleno del más firme convencimiento dijo que Cervantes era el orgullo del mundo y la delicia del género humano.

PARTE SEGUNDA

¿Quién fué el autor del falso Quijote?

La antigüedad castigó la criminal insensatez de un rústico que, ofuscado por su falsa idea de la inmortalidad, destruyó con mano aleve la primera de las maravillas arquitectónicas que habían producido en el transcurso de los siglos, la laboriosidad y la inteligencia humanas, proscribiendo su nombre.

Un resentimiento personal, probablemente infundado, puso la pluma en manos de un escritor con el necio empeño de destruir la aureola de gloria y ahogar el aplauso universal legítimamente conquistado por otro con la obra más regocijada y más profunda del siglo de oro de nuestras letras.

El acuerdo que su justa indignación inspiró á los paganos prohibiendo con las más severas penas pronunciar el nombre del individuo que redujo á cenizas el templo de su más adorada divinidad, acaso contribuyó á que á través de miles

de años haya llegado hasta nosotros, porque no en vano descendemos legítimamente de aquel que en el paraíso sintió los estímulos del deseo y de la curiosidad nacidos de una prohibición.

Más responsable resultaría ante su conciencia el que cometió el delito moral de contrahacer al legítimo *Don Quijote de la Mancha*, puesto que empleó todos los medios para ocultar su nombre, que el estúpido pastor que quiso perpetuar el suyo incendiando el templo de Diana.

Sólo la universal celebridad y el sublime mérito de Cervantes, dice Fernández de Navarrete, han podido excitar el interés por averiguar el verdadero autor que se ocultó bajo el nombre de Avellaneda; quien, juntamente con su obra, hubiera desaparecido para siempre, si á proporción que se difundía y propagaba el aprecio de las obras de Cervantes, no creciese también la curiosidad de saber quién fué el pigmeo que osó medirse con el atleta de nuestra gloria literaria.

Por eso la sociedad actual española que se afana solícita por dar al nombre de Cervantes satisfacción cumplida del irritante desvío de sus contemporáneos, procurando bajo todos aspectos enaltecerle, quiere conocer de una manera segura el nombre de su agresor para execrarle.

Los doctos y los indoctos de aquella época le conocían perfectamente, y el respeto, el temor, el desconocimiento del alcance del agravio y principalmente la indiferencia, fueron concausas sobradas para que nadie tomara empeño en consignarlo.

Quien pudiera haberlo hecho era el agredido; pero bien claramente se ve que el temor contenía su pluma y cuando corazón tan esforzado, que tan impávida serenidad había demostrado en los mayores peligros, no se atrevía á romper con los que le ofrecían los respetos presentes y las condiciones personales de su antagonista, muy fundados debían ser aquéllos y muy altas y muy temibles éstas, pues no es presumible que por desprecio dejara de citarle.

Muy alta idea da del temple de alma de Cervantes y de su generosidad la mesura con que responde en el por esto mismo famoso prólogo de su segunda parte de *Don Quijote* á los ataques, con más propiedad diríamos insultos, que el escondido autor del falso Don Quijote le dirige; mas no estaban reñidas aquellas relevantes y evidentes cualidades con el desahogo que pudo haber dado á su pecho contestando con entereza á tan injustificada acometida, pues de su mismo comedimiento podían deducir los espíritus cavilosos y suspicaces que ningún respeto humano puede obligar á guardar silencio á las diatribas de murmurador, colérico y envidioso, sin algún detrimento de la dignidad del que le guarda, y que algún motivo más ó menos fundado y más ó menos leve había de tener, por irascible que sea, el que tales agravios hace. ¡Y cuánta luz arrojan estas mismas palabras de enojo para la inquisición del nombre de quien tan airado las prodiga! Mentira parecería que tan doctísimas personas, como

se han ocupado del asunto, no hayan visto en las páginas del Quijote de Avellaneda clarísimas señales con que desvanecer las nieblas de la duda sobre muchas de las circunstancias de su verdadero autor, si no hubieran procedido en su lectura como el cirujano que vuelve la cara mientras practica la cura de una llaga hedionda.

Mas nosotros tenemos por necesidad que poner el dedo en ella y mirándola con detenimiento sondearla con la tienta para conocer su profundidad y emplear el escalpelo de la crítica, frasecilla ya caída en desuso, pero nunca con más oportunidad que ahora colocada, apurando todos los medios hasta ver si conseguimos la envidiable fortuna de acertar con la última palabra sobre tan ingrato asunto, llenando el laudable deseo de la nobilísima ciudad que cuenta como el más glorioso de sus timbres, á pesar de ostentar tantos, el de haber recogido como amorosa madre el primer vagido de Miguel de Cervantes Saavedra.

Para entrar de lleno y con desembarazo en la materia, comenzaremos por presentar nuestro candidato á tan poco apetecible prebenda, y si no logramos que el docto jurado le dé por unanimidad los votos, será por nuestra falta de acierto en llevar á su ánimo nuestro convencimiento de que el autor del pseudo Don Quijote fué el dominico Fray Luis de Aliaga.

Ninguna novedad traemos á la cuestión presentando como autor de la obra á tal personaje. Desde que los historiadores de nuestra literatura em-

pezaron á ocuparse con algún detenimiento de estas materias, empezó á flotar por la atmósfera de las letras el nombre del histórico padre como autor del libro. Aun los que con mayor empeño han sostenido la opinión opuesta, adjudicando á otras plumas el escrito, han reconocido que más ó menos directamente algún fundamento tenían los que creían autor del falsificado Hidalgo al reverendo Padre.

Quien dijo la primera palabra acerca de la vida de Cervantes, á pesar de la completa oscuridad que por entonces envolvía hasta los actos más culminantes de su vida, que sólo bosquejó por complacer á un diplomático extranjero, en cuyo país se sentía la necesidad de conocerla cuando todavía su patria no había empezado á despertar de su indiferencia hacia él, después de afirmar que éste conocía evidentemente la patria de Avellaneda apoyándose, con sobrada razón, en las mismas afirmaciones de Cervantes, que es el modo más seguro de sustentar tal opinión, y discurriendo en el prólogo de su segunda parte por ver si en él encontraba algún indicio que le pudiera llevar al descubrimiento del incógnito escritor, pues de hacer alguna revelación Cervantes, en el prefacio habría preferentemente que buscarla, se fija en estas frases de Cervantes al lector: «paréceme que me dices que ando muy limitado y que me contengo mucho en los términos de mi modestia sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este SEÑOR sin duda

es GRANDE...» Y añade el comentarista: «Aquellas palabras *Señor* y *Grande* son misteriosas para mí: y sea lo que fuese, yo estoy persuadido de que el enemigo de Cervantes era muy poderoso, cuando un Escritor, Soldado animoso y diestro en el manejo de la pluma y de la espada, no se atrevió á nombrarle».

De aquí debieron arrancar todas las investigaciones postériores para el descubrimiento del incógnito. Esta debió ser la base de las sucesivas disquisiciones; mas sin duda por las deficiencias inherentes á un primer esbozo biográfico como el hecho por el Sr. Mayans y Siscar, no fijó la atención de los escritores que para la historia del nuestro nuevos y más luminosos datos habían á la mano.

El Padre Pedro Murillo Velarde, de la Compañía de Jesús, en su *Geographia Histórica,* publicada en 1752, aunque propagador de supersticiones y mal conocedor de la historia que escribe, dice de un modo en que se trasluce la seguridad de la afirmación, que Avellaneda era sacerdote.

Por razones más para sentidas que para explicadas, se comprende que fué fraile dominico, dice Tinknor, y cuando autoridad tan grande y de tan claro entendimiento renuncia á exponer los fundamentos de su opinión, es porque confía en que la intuición ha de decir al lector ilustrado tanto como los más razonados fundamentos. Nosotros debíamos imitar tan autorizado ejemplo; mas no podemos hacerlo porque tene-

mos que combatir preocupaciones y prejuicios.

Por cualquiera parte que se abra el libro se ve que su autor es un fraile y fraile precisamente dominico, muy conocedor de las sagradas letras, tanto, que ya en el prólogo, para dar fuerza y autoridad á los insultos á Cervantes, cita á Santo Tomás, á San Juan Damasceno, á San Gregorio, con indicación de libros y capítulos de su Exposición moral de la historia de Job y hasta del mismo San Pablo en su epístola primera á los de Corintio. Por ésto, el mayor y más eficaz remedio, muy razonable por cierto, que aplica en el comienzo del primer capítulo para curar la enfermedad mental de Don Quijote, es alimentarle con la constante lectura del *Flos-Santorum,* de los Evangelios y Epístolas de todo el año, la *Guía de Pecadores* y las *Horas de Nuestra Señora,* y claro es que todo ésto sin perder un día la misa, oyéndola precisamente con el rosario en las manos y asistiendo con gran recogimiento á los sermones. Por esto, en el mismo capítulo, al acabar de leer á Sancho la vida de San Bernardo, le excita en sentidas y expresivas frases á la devoción de la Virgen tomando por modelo á éste su fervoroso panegirista. Por ésto el efecto de los sermones era tan inmediato y prodigioso, que los más distraídos y olvidados en las prácticas religiosas, en el acto de oirles, tomaban el hábito de las religiones más austeras, efecto saludable que se lograba oyendo la oración sagrada de un padre precisamente dominico, como repetidamente lo recomienda el au-

tor á todos, en diferentes pasajes de su obra, excepción hecha de Don Quijote en los que oyó en el tiempo de su lucidez, acaso porque en Argamasilla no había monasterio de esta orden y por lo cual tal vez tan brevemente recayó en su locura. Por ésto, todos los sacerdotes del libro son prudentes, discretos, sabios y generosos. Por ésto, en fin, como humanista docto, ya da pruebas, más ó menos oportunas, de su abundante erudición antes de terminar el capítulo segundo y llena su obra de citas y dísticos latinos, hasta poner en boca del mismo Sancho latines más ó menos correctos.

Y si por acaso se hiciera la objeción de que en pluma de un regular no caben ciertas indecorosas licencias, á que hoy se da el nombre de naturalismo, pintadas al desnudo con cierta delectación, podía victoriosamente contestarse que se evoque el recuerdo de la época de los dos últimos Felipes, en la cual la mezcla de piedad y de superstición vivían en amigable tolerancia con el vicio, pintándole con el color más subido, principalmente en sus escritos, los que tenían el cargo de combatirle, sobre todo si eran religiosos y por sus deberes ó por sus aficiones vivían más en el mundo que en el retiro de la celda, los cuales, escudados con su hábito, creían combatir con más eficacia las inclinaciones de la carne hablando de ellas con un lenguaje que la sociedad de ahora, por más culta ó más hipócrita, no toleraría, y de tal manera es esto cierto, que si se tratara en este escrito de persuadir de ello á lectores

no versados en la materia, citaríamos hasta lo que ocurría en nuestro inmortal teatro, en el que siendo los que para él escribían la mayor parte sacerdotes, sólo alguno, que además vestía los hábitos religiosos, se complacía en presentar á sus damas más desenvueltas y varoniles que convenía á su decoro y en detallar escenas algún tanto lúbricas y pecaminosas. Verdad es que la espontaneidad y la gracia derramada á manos llenas en las más escabrosas situaciones quitan el ceño al lector más adusto y, á pesar suyo ,tiene que convertir su enojo en regocijada sonrisa.

En no lejana fecha, precisamente un fraile, aplicó á la aristocracia española un sinapismo para curarla de sus males, y aunque el paciente puso el grito en el cielo al sentir los escozores de la cura, ninguna razón encontró para quejarse de la mala preparación del medicamento. No era de mejores costumbres ni de más santificadas obras la asturiana de Cervantes que la gallega de Avellaneda, y mientras la primera, á pesar de su fealdad, encanta y regocija al que una vez la conoce hasta aprendérsela de memoria, á la segunda la arroja con disgusto de su lado. La habilidad del escritor de obras de imaginación consiste en expresarse de manera que ciertas situaciones peligrosas acierte con el modo de decirlas sin decirlas.

Envidiable privilegio del verdadero genio que está fuera del esfuerzo humano. Por eso el bueno de Avellaneda, que carecía de él, resulta sencillamente grosero cuando intenta parecer gracioso.

Alguna vez, sin embargo, sus descaradas frases debieron tener la intención de despistar al curioso inquisidor del verdadero camino para descubrir al autor, que empleó siempre las mayores precauciones para evitarlo, y á ese objeto, sin duda, tendían las siguientes frases de Sancho: «El bien que viniere, para todos sea, y el mal para la manceba del Abad; frío y calentura para la amiga del cura, dolor de costado para la ama del vicario y gota de coral para el sufo sacristán; hambre y pestilencia para los contrarios de la iglesia»; pero con tan mal acierto, que pregonan su origen claustral de manera tan elocuente que el que al leerlas no sienta el roce de la manga del traje conventual sobre el papel donde se escribían, muy poco versado ha de estar en achaques de literatura, ni del privilegio que gozaban los directores de las conciencias para hablar con entera desenvoltura de las fragilidades humanas, ni del modo que lo hacían algunos de ellos.

Dos leyendas devotas ingiere Avellaneda, y para justificar el calificativo de devotas y aun de teológicas, preciso será dar una idea del argumento. Un joven rico, libertino y descreído, acierta á entrar en una iglesia de dominicos, y apenas oído el sermón de un padre de la orden, toma el hábito de la misma. Dos meses antes de la profesión, reconoce que su vocación no es firme y se retira del convento á pesar de la exhortación sentida, fuerte y terrible del prior, asegurándole que ninguno de los que, haciendo uso legítimo del derecho que

les concede el noviciado, vuelven al mundo antes de hacer sus votos, deja de tener un fin miserable. Se casa con una joven virtuosa, que también había sido educanda de monjas. Viven un año gozando de las mayores dichas conyugales. Los concede el cielo un ángel, primicias de su casta unión, y al día siguiente un huesped deshonra á la mujer, el marido le asesina por la espalda con ensañamiento, la madre despedaza al reciente fruto de sus entrañas y con él se arroja á un pozo y tras ella el desesperado esposo, y todos van al infierno incontinenti.

Un Dios misericordioso, bondad infinita, amor eterno, toma venganza terrible, inexorable, cruel, por el pecado de reconocer á tiempo un novicio de la orden de Santo Domingo su insuficiencia para servirle en la austeridad del claustro, después de haber vivido en él diez meses ejemplarmente, volviendo al mundo para glorificarle con vida ordenada y piadosa.

Moraleja: El que una vez toma hábito como novicio en un convento, por lo menos siendo éste dominicano, y usando del derecho que le conceden la iglesia y los estatutos de la orden, vuelve al mundo, de nada le servirá que sea en él fiel observante de los mandamientos de Dios. Una justicia, aunque divina terrible, vengativa y rencorosa, no se dará por satisfecha con llevarle hasta el más afrentoso suicidio, sino que antes ha de ver y pregonar su deshonor, ser asesino traicionero, ver asesinar por la mano de su esposa el hijo del

amor de entrambos, acabando ella por sus manos con su mísera existencia en la más grande desesperación, y coronando él, en fin, este cuadro de horror con darse la propia muerte.

La segunda novela es más tierna y humana, aunque más prodigiosa.

La priora de un convento, que á pesar de su juventud había alcanzado tan alto puesto por su piedad y sus virtudes, huyó con un seductor, abandonándose con él á una vida de desorden y crápula, y cuando ya agotado el tesoro que en su huída había robado al monasterio, después de apurada hasta las heces la copa del más escandaloso y desenfrenado vicio, sola, enferma, harapienta y despreciada de los más bajos amantes, vuelve á la santa casa, la Virgen, que había en los años de su ausencia desempeñado su cargo, la vuelve á posesionar en él sin que nadie se aperciba, y transcurridos muchos, muere en olor de santidad. ¡Había sido en su primera época de vida monástica muy devota de la Virgen y ni un solo día había dejado de rezar el santo rosario, fuera del tiempo consagrado enteramente á la crápula, en que le faltó para sus devociones!

El raptor, volvió al hogar paterno, donde fué recibido como hijo único, inmediato heredero de grandes riquezas, y cuando alegremente gozaba de ellas, entró, sin saber cómo, en una iglesia y apenas terminado el sermón corrió á impetrar de sus padres el permiso, que concedieron gozosos, para hacerse fraile.

Excusado es decir que la iglesia, el orador y el convento donde tomó el hábito, eran todos del orden de Predicadores, y ocioso también añadir que dió su espíritu colmado de tantas bendiciones celestiales como su compañera la arrepentida monja, que no menos eficacia tiene la palabra divina comunicada por labios dominicanos. Los padres dichosísimos de aquel dichosísimo varón, á quien habían sobrevivido, tuvieron muy buen cuidado, antes de subir á reunirse con su hijo en la gloria, de donar íntegramente sus cuantiosos bienes á los dos conventos de la bienaventurada pareja. Con todo lo cual se evidencia que con la devoción del santo rosario se obtiene el perdón de los pecados, siquiera éstos consistan en olvidar los solemnes votos monásticos, abandonar la vida conventual y entregarse á los más groseros desórdenes incompatibles con aquella devoción. Si el que después de haber gastado su edad florida en escándalos y orgías, hasta raptar vírgenes consagradas á Dios, entra en una iglesia dominicana y oyendo en ella un sermón de los mismos padres y aprovechando su doctrina se mete en el propio convento y lega todos sus bienes á la comunidad, sobre todo si estos son muchos, se le abrirán de par en par las puertas del cielo.

¡Verdaderamente admira que leyendo todo esto haya quien ponga en duda la procedencia del libro!

El señor Quintana, mirándole desde la altura de su talento eminente, dice con maliciosa sonri-

sa: «Son ingeniosas sin duda y propias del genio buscón de Pellicer las conjeturas sobre la calidad y profesión del supuesto Avellaneda. De ellas resulta que era eclesiástico, religioso y por ventura de la Orden de Predicadores». ¡Pues no ha de resultar!

Sus disquisiciones, sus datos, de más autoridad y valor que los nuestros, por ser suyos, vienen á dar á éstos nueva y vigorosa fuerza, por lo mismo que siendo distintos concurren á un mismo fin. Cierto que algunas veces en su afán de acumular antecedentes degenera en sutil y caviloso, como al deducir sin más fundamento que por lo conocedor que se muestra en el cuento de los *felices amantes* de las costumbres monjiles, que Avellaneda debió estar algún tiempo entre monjas; pero aún en esto se ve su feliz intuición, pues con un documento semioficial de comienzo del reinado del cuarto de los Felipes, cuya autenticidad no puede recusarse y que arroja mucha luz sobre el rostro del fingido Avellaneda, se confirma su sospecha de que el que se encubre con ese pseudónimo hubo de hacer, por su carácter de religioso de la orden de Predicadores, una larga visita de inspección á un monasterio de dominicas.

Menos afortunado estuvo al sostener que en uno de los certámenes que por aquel tiempo se celebraron en Zaragoza, en la memoria del mismo, que entonces se llamaba con propiedad vejamen, puesto que consistía en una especie de discurso festivo y epigramático en que se satirizaba á los

concursantes, se escribió con alusión al Avellaneda, autor de Don Quijote, la siguiente quintilla:

«Á Sancho Panza, estudiante,
Oficial ó paseante,
Cosa justa á su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en rocinante».

Sin reparar que en este caso lo del pseudónimo de Avellaneda era un secreto á voces.

Terciando hace algunos años en este asunto un eminente literato á instancias del Sr. Ríus y Llosellas, quien quiso con firma de tal autoridad dársela cumplida á su notable *Bibliografía Crítica de las obras de Miguel de Cervantes,* nos dió á conocer el nombre de aquél á quien supone que la coplita aludía, deduciendo que si le aplicaban ese apodo por ser autor del degenerado Sancho, la investigación debía darse por termidada. Pero reconociendo lo débil del fundamento en que tal opinión sustenta, se extiende en minuciosos detalles y pormenores sin resolverse á afirmar que el tal sea el escritor que se disfrazó con el nombre de Fernández de Avellaneda, limitándose más bien á indicar un camino, á señalar una pista, dando de paso una prueba más, sobre las muchas dadas, de su asombrosa erudición y sacando de la oscuridad un nombre humilde y desconocido en las letras.

¿Y habiendo sido autor de un libro de tales proporciones y en el que, á pesar de todo, se encuentran relativas excelencias, había de ser tan abso-

lutamente desconocido y oscuro, que ni la excepcional erudición del que le patrocina ha podido descubrir de él más que el nombre revuelto en una lista de otros muchos?

La sutileza rebuscada para sostener que el Sancho Panza de los certámenes citados por Pellicer se llamaba Alfonso Lamberto, como propone su padrino, es tan débil que se escapa hasta buscándola para hacerla objeciones serias, y ni el nombre de indicio merece, pues para que lo fuera, sería indispensable que aparecieran y se citasen todos, sin omitir uno, de los nombres de los concursantes; mas, lejos de eso, del primer certamen se citan diez, suspendiendo la lista con un elocuente etc., y del segundo sólo se citan cuatro.

De modo que entre Pellicer, que es el que trae la cita en apoyo de su candidato, y es posible que conociera el nombre de todos los concurrentes, y el escritor que propone al desconocido Lamberto, parece que el voto debe darse por el primero, lo cual sería sencillamente una enormidad.

Pero ni uno ni otro repararon en esta esencial circustancia, los dos certámenes de que repetidas veces nos hablan, no fueron dos, sino uno sólo. Entonces se llamaba certamen á lo que ahora tema, y los que en aquel único certamen se propusieron fué la interpretación ó solución de dos enigmas que habían corrido antes escritos por la Ciudad, cada uno de los cuales tenía un premio diferente. Con lo cual queda desecho por sí solo este castillo de naipes.

Pero hay más. Aun concediendo que el Sancho Panza y el Lamberto fuera uno, ¿qué se adelanta en el asunto con eso? Pues que había un individuo en Zaragoza, ó en otra parte, que llamándose Alfonso se le apodaba Sancho.

Querer llevar más adelante la deducción sería una locura.

Tan ofuscado debió hallarse el Sr. Pellicer que no advirtió que el certamen de referencia tuvo lugar en 1614 y en aquella fecha, el que hacía seis años que era nada menos que confesor del Rey, meditando y preparando ya los medios de sobreponerse á todos los cortesanos y al mismo omnipotente valido, mal podía acudir á Zaragoza á disputar una despreciable baratija, premio ordinario de tales concursos á los aficionados á descifrar acertijos, que era en aquella ocasión el objeto del certamen, y aun concediendo que hubiese concurrido, lo cual ni hipotéticamente puede admitirse, no iba á tratarse á tan alto personaje con tal familiaridad y llaneza citándole con el apodo que tanto le irritaba. Imposible. Pellicer se equivocó de medio á medio.

No era ni podía ser el pobre diablo á quien la quintilla se refiere autor de la pretenciosa obra que lleva por título *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. El verdadero autor le publicaba para vengar agravios y ¿cuáles podía haber inferido Cervantes á un estudiante, como el verso le llama, que ensayaba sus aficiones literarias en una fiesta?

Otros eran los vuelos y las presunciones del autor que al volver por el prestigio, que suponía mancillado, de Lope de Vega, de quien se manifiesta tan grande admirador, dice que vuelve por él y por Lope, anteponiéndose al poeta á quien tanto ensalza. Prueba de que estaba tan poseído de su alta jerarquía que ni aun por urbanidad prescindió de ella.

Las ofensas inferidas á Lope no son otras que la crítica razonada, fundadísima y justa que del teatro de su tiempo hace Cervantes en el capítulo 48 de la primera parte de *Don Quijote,* y aunque, creyendo haber dicho demasiado, añade á renglón seguido: «véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y, finalmente, tan llenas de elocuencia y alteza de estilo, que tiene el mundo lleno de su fama...» Tan hiperbólica ponderación no bastaba á satisfacer la olímpica vanidad de Lope, que no era como su predilecto discípulo nos le pinta en su panegírico ó apoteosis, ni como la bondad de D. Adolfo de Castro le creía al hallar afinidad tan estrecha entre sus versos y su carácter, ni como nosotros le imaginábamos antes de conocer su correspondencia íntima y lo que del primer archivo de España ha publicado un entendido y laborioso funcionario. Cervantes le conocía tal y como era, y por eso le prodigaba tan justos como recargados elogios, sin que consiguiera su

objeto, pues quien habló de sus versos con tanto encomio siendo malos, se limitó á decir, con evidente desdén, desde el pedestal de su gloria, hablando de aquellos modelos preciosos, que se llaman *Novelas ejemplares,* que «no faltó gracia ni estilo á Miguel de Cervantes para escribirlas».

Mayor fundamento tuvo el crítico actual para combatir las opiniones de Benjumea cuando, retractándose de la que sostuvo en el opúsculo *Urganda la desconocida,* se decidió en su último trabajo por Fray Andrés Pérez que, según parece, es el supuesto licenciado Lope de Úbeda autor de la *Pícara Justina,* que teniendo más de inocente que de pícara, ha alarmado con su adjetivo á no pocos que no han pasado de él.

Tan magistralmente destruye el mencionado crítico la última opinión de Benjumea y de los que como él piensan, que no podemos resistir á la tentación de honrar este escrito con sus elocuentes y sólidas razones. Dice así:

«El que escribió la *Pícara Justina,* era hombre de poca inventiva, de perverso gusto y de ningún juicio, y en este concepto mereció la sátira de Cervantes, pero poseía un caudal riquísimo de dicción picaresca, esforzándose por decir las cosas del modo más revesado posible, con lujo de colores chillones, atento á sorprender más que á deleitar.»

«Hizo un libro estrafalario y oscuro, que pasa por muy libre entre los que no le han leído, en el cual las cosas están dichas con los más interminables rodeos; y las descripciones, muy curiosas

por otra parte, que el libro contiene de la vida popular de León y comarcas limítrofes, yacen ahogadas bajo tal profusión de garambainas, paranomasías, retruécanos, idiotismos, proloquios familiares y pedanterías de todo género, que el libro se convierte en un rompecabezas y á ratos parece escrito en otra lengua distinta de la Castellana, no porque el autor la ignorase, sino al revés, porque, conociéndola demasiado, pero careciendo de discreción y gusto para emplearla, derrama á espuertas su diccionario y quiere disimular su indigencia de pensamiento con el tropel y orgía de las palabras.»

«Tal era el estilo que en sus obras de amenidad gastaba el dominico de León. Cotégese una sola palabra suya con otra cualquiera del Quijote de Tordesillas, y el pleito quedará fallado sin apelación.»

«No puede haber dos estilos más opuestos. Los defectos de Avellaneda son precisamente defectos contrarios á los de la *Pícara Justina*. Avellaneda es vulgar muchas veces, flojo y desaliñado otras, pero llano y transparente siempre. Es novelista mediano, pero estimable en su línea. Fray Andrés Pérez nada sabe de ésto; toda su riqueza consiste en palabras; sus cuentos no tienen pizca de gracia, ni siquiera de aquella especie ínfima y chabacana que en Avellaneda abunda tanto. Avellaneda es un escritor contínuamente sucio y algunas veces torpe y libidinoso. Fray Andrés Pérez, si se prescinde de algunas lozanías de expre-

sión toleradas entonces, es un escritor honesto y comedido que habrá fastidiado á mucha gente, pero que de seguro no habrá inducido á mal pensamiento á nadie á pesar del título sospechoso del libro.»

Algo menos acertado anduvo en afirmar que «Lo que no tiene fundamento sólido, es el capricho de Pellicer, Clemencín y otros muchos, empeñados en que el autor del falso Quijote no pudo ser otro que un fraile dominico.»

Pellicer, Clemencín y... otros muchos. Todos, pudo haber dicho el gran crítico, en una palabra, y cuando todos, ó casi todos, Pellicer, Clemencín, Navarrete, los hermanos Fernández-Guerra, Ticknor, Castro, Rosell, Tubino... cuantos han tomado en serio el asunto, han coincidido unánimemente en esa circunstancia, en alguna razón, de gran peso sin duda, debe fundarse y no en un mero capricho. Pero ocurrióles lo que al juez que teniendo que dictar sentencia en asunto á todas luces justificado y claro, la basa en el fundamento de derecho más débil de los muchos en que ha podido hacerlo, sin reparar que aprovechando su descuido la parte contraria, puede apelar con esperanza de éxito. Funda, por ejemplo, Pellicer su opinión de que debió andar entre monjas por lo enterado que se manifiesta de sus costumbres, y el agudo crítico le sale al encuentro y con sobrada razón le dice: «Lo que Avellaneda refiere de los conventos de monjas, nada tiene de misterioso ni de recóndito, nada que no pueda saber el escritor

más lego de aquellos tiempos en que el siglo y el claustro no formaban dos mundos aparte, sino que vivían en una relación íntima y de todos los días.»

Evidente. No sólo en aquellos tiempos, sino en los actuales, cualquier mediano observador que visitase un par de veces un locutorio, podría dar de la vida monjil tantas ó más noticias que Avellaneda; pero así y todo, resulta que Pellicer estaba en lo cierto, pues por su carácter de dominico había inspeccionado los monasterios de las de su orden acompañando al superior.

Con harta razón, decía Ticknor que ésto de que Avellaneda era fraile dominico se sentía más pronto y mejor que se justificaba.

Nosotros, en cambio, insistimos más en ésto con más voluntad y sobra de razones, que acierto para exponerlas.

Tampoco es justo el gran crítico cuando afirma «A mi entender, casi todos los que se han afanado en descubrir el nombre del incógnito Avellaneda, han pecado por exceso de ingeniosidad dejándose llevar por la creencia anticipada de que el encubierto rival de Cervantes hubo de ser forzosamente persona conspícua en la sociedad y en las letras.»

Por exceso de credulidad acaso. Por exceso de ingeniosidad, de ninguna manera. Su opinión la fundan en el testimonio del mismo interesado cuando afirma en el prólogo que Cervantes tenía pesar de sus buenas dichas y envidia y tristeza de su

bien y de su aumento, y claro es que quien con tal satisfacción y aplomo hablaba de su bienestar y de su engrandecimiento, de presumir es que no mentía, lo cual da sobrado fundamento para tomar á Avellaneda por persona visible y sobresaliente, no por su origen y nacimiento, sino por su buena fortuna, á la cual debía sus aumentos, pudiéndose inferir, sin extremar demasiado el raciocinio, que Avellaneda y Aliaga eran una misma entidad, porque estas circunstancias que tan de lleno encajan en éste, no es fácil hallarlas en otros hombres de su época, pues entonces, como ahora, era más fácil descender en la categoría social y en fortuna que elevarse en aquélla é improvisar ésta.

Continúa nuestro crítico diciendo, con sobrada razón, que los indicios gramaticales en que se pretende fundar la opinión de que Avellaneda era aragonés no pueden ser más débiles, y que si la concede y admite es porque tiene por seguro que Cervantes conocía muy bien á su antagonista, y le parece imposible que pudiera ignorar su patria, á pesar de la forma dubitativa en que se expresa al decir que probablemente era aragonés porque *tal vèz escribe sin artículos*.

Efectivamente, no es posible dudar que Cervantes conoció, no ya la patria, sino las circuntancias todas de su colérico enemigo, y si para indicar solamente aquélla empleó una ingeniosa puerilidad gramatical, fué porque la sorpresa y el miedo que acaso sintió por primera vez su corazón

esforzado, de verse frente á frente de contrario tan terrible, no le dejaron expresarse claramente en el primer momento; mas después, repuesto algún tanto el ánimo, dice de una manera rotunda una y otra y otra vez que el autor tordesillesco vino al mundo en Aragón.

Vea nuestro escritor con qué precipitación dijo que Cervantes señalaba la patria de Avellaneda en forma dubitativa.

Por lo demás, repetimos, no puede ser más cierto que buscar con provincialismos el país de Avellaneda es fundamento harto débil. Entre ellos, ponen los peritos el uso de impersonales como *mire, perdone, oiga,* y nosotros, que no conocemos el modismo aragonés, recordamos que esa manera de emplear los verbos era la característica y usual entre los frailes y por lo tanto el autor de Don Quijote lo era.

Refutación categórica y precisa requieren las afirmaciones que el ilustre escritor hace en el siguientes párrafo, por ser ellas también categóricas y precisas:

«Yo no tengo inconveniento en admitir que el autor del Quijote de Avellaneda y el de la *Venganza de la Lengua española* sean uno mismo á pesar de la diferencia de estilo y mérito que hay entre ambos escritos. Pero lo que resueltamente afirmo es que el Padre Aliaga no pudo ser autor de la *Venganza* porque murió en 1627 y el *Cuento de Cuentos* no apareció hasta 1629. Además, en la *Venganza* se citan ya como impresos los *Sueños*

del inmortal satírico, que no corrieron de molde hasta 1627. Hay que descargar, por consiguiente, á Aliaga de este segundo pecado literario que sin razón alguna se le imputa.»

Vamos por partes:

«No tengo inconveniente en admitir que el autor del Quijote de Avellaneda y el de la *Venganza de la Lengua española* sean uno mismo á pesar de la diferencia de estilo y mérito que hay entre ambos escritos.»

Todos los escritores que con particular empeño han estudiado el asunto han encontrado entre las dos obras tan estrechas relaciones de analogía, que entrando en la materia con suspicaz desconfianza, han salido de ella con el íntimo convencimiento de que eran parto de un mismo ingenio. No quisiéramos citar nombres por evitar la repetición frecuente de aquellos concienzudos literatos que, siguiendo línea á línea estos estudios, lograron destruir las objeciones que en contra pudieran formularse y esclarecer las nieblas que las velaban; mas como de ningún modo queremos que se nos crea bajo nuestra palabra, recordaremos á los señores Fernández-Guerra y Rosell, y muy especialmente á D. Francisco de P. Seijas y Patiño, notable filólogo que cotejó el falso Quijote y la *Venganza de la Lengua* en la forma que era posible en obras de tan distinto asunto y proporciones, obteniendo el convencimiento de que todo era obra de la misma pluma, y al *Semanario Erudito,* de Valladares, en que positivamente se

prueba que Aliaga escribió la *Venganza*. Mas si para desvanecer toda duda de que á su paternidad se deben ambas obras se nos exigiera el testimonio de la fe pública, acudiríamos al notario valenciano Francisco Redoso, que reunía además la cualidad de ser intencionado poeta, y con la exhibición de un documento que lleva por título *Los mayores riesgos de la cortesana ociosidad*, impreso en Madrid en 1633, es decir, poco después que estas cosas tuvieron lugar, certificará que el exconfesor regio fué el autor de la repetida *Venganza*.

«Pero lo que resueltamente afirmo, continúa, es que el Padre Aliaga no pudo ser autor de la *Venganza* porque murió en 1627 y el *Cuento de Cuentos* no apareció hasta 1629.»

Sí; pero se escribió casi dos años antes que el Padre pasase á mejor vida, que fué en Diciembre, y muy á principios del año anterior, cuando Su Majestad Felipe IV emprendió su viaje á Aragón, el *Cuento* recibió su última mano, y en el momento, como todo lo que salía de la del gran satírico, corrió de una en otra, con lo cual, hasta su muerte, tuvo tiempo sobrado el diligente fraile de escribir su folleto, esto aparte de que no se imprimiese inmediatamente muy cerca de la residencia que entonces tenía el desterrado exinquisidor, porque hay quien sospecha y casi afirma con no poca autoridad que la obrita en cuestión se imprimió en aquella fecha, es decir, á principios de 1626, en Huesca, en la imprenta de Pedro Blusón, en la

cual estampó también su impugnación el irascible Padre.

«Además, en la *Venganza,* sigue diciendo, se citan ya como impresos los *Sueños* del inmortal satírico, que no corrieron de molde hasta 1627. Hay que descargar, por consiguiente, á Aliaga de este segundo pecado literario que sin razón alguna se le imputa.»

Bien quisiéramos; pero sobre carecer de licencias para ello, no podríamos sin escándalo de las almas timoratas que veneran á las deidades del Parnaso, absolver sin penitencia, de esa grave culpa literaria, al escritor que tenía hechos votos de humildad y mansedumbre.

Sobre la fecha en que se imprimieron los *Sueños,* habría mucho que escribir, porque es una historia la de su publicación, como sabe mejor que nosotros el incomparable erudito á quien vamos contestando, tan larga y tan interesante como los mismos graciosísimos opúsculos. De ella, de las peripecias porque pasaron los *Sueños de Don Francisco de Quevedo* hasta verse en letras de molde, diremos lo indispensable para justificar que el dominico se recreó en su lectura muchos años antes de 1627, viéndolos refundidos, arreglados y modificados de mil diferentes modos, hasta en los títulos, veinte años antes de aquella fecha. Fueron los opúsculos satírico-morales que llevan el título genérico de *Los Sueños de Don Francisco de Quevedo* en los cuales tiene principalmente vinculada su gloria, las pri-

micias de aquel epigramático y precoz ingenio.

En la primera mitad de 1607 ya saboreó el lector el *Sueño del Juicio Final,* que más tarde llevó el título de *El Sueño de las Calaveras.* El mismo año salió *El Alguacil Endemoniado,* que se mejoró en *El Alguacil Alguacilado. Las Zahurdas de Plutón,* cuyo título primitivo había sido *El Sueño del Infierno,* ya voló por el mundo, multiplicado por la mano de los amanuenses en la primavera de 1608, satisfaciendo así la curiosidad creciente de los lectores del joven escritor. Y, en fin, como para el objeto sería impertinente la historia de cada una de aquellas amenas é intencionadas obritas con que reveló sus grandes condiciones de escritor el fecundo Quevedo, indicaremos sólo que en 1610 creyó llegado el momento de que la lectura de sus obras no fuera privilegio de los aristócratas y de los estudiosos, sino que se extendiera al pueblo, el cual había de hallar en ellas deleite y enseñanza, y al efecto solicitó licencia para publicar la primera de las citadas; mas el dominico Fray Antonio Montojo, que examinó la obra por encargo del Consejo Real, opinó que no debía autorizarse la publicación, y conformándose el Consejo con el dictamen del Padre, negó el permiso.

Apenas habían trascurrido dos años, y teniendo el autor, sin duda, algunos valedores en el Consejo, reiteró su petición y por esta vez hízose que recayera el nombramiento de censor en un franciscano, que lo fué Fray Antonio de Santo Domingo, quien halló algún tanto verde la sátira;

pero llena de verdad, de moralidad y de utilísima enseñanza.

El literato que más meditadamente profundizó esta materia no halló datos para asegurar que en los 15 años que mediaron desde 1612, en que se autorizó la publicación de *Los Sueños,* hasta 1627, de cuya fecha no se conoce más que un solo ejemplar, impreso en Zaragoza, existente en el Museo Británico, se publicaran los opúsculos; pero tenía el convencimiento de que todos debieron imprimirse antes de la última fecha muchas veces. Y si se tienen en cuenta las vicisitudes de la azarosa vida del político Quevedo, en cuyos arrestos y prisiones á lo que primero se echaba mano y se destruía, eran sus papeles de cualquier índole, cohonestando con apariencias de conveniencia pública lo que no pocas veces sería satisfacción de más bajas pasiones, y sobre todo, no olvidando que por ruego del mismo autor recogió el Santo Oficio y quemó cuantos ejemplares pudo de estos estudios, anteriores á la expresada fecha, se reconocerá que por muy grande que sèa la autoridad de quien lo afirma, es muy aventurado sostener en absoluto que los *Sueños* no corrieran en molde hasta 1627, siquiera no se conserve de ellos ejemplar alguno. Cuando el autor tuvo tan decidido empeño en lograr el permiso para la publicación, solicitándolo repetidamente en el transcurso de dos años, de presumir es que una vez obtenido, en fuerza de recomendaciones é influencias, no iba á echarlo tan en olvido, que dejase transcurrir nada

menos que quince años sin hacer uso de autorización tan codiciada.

Lo que nadie ha dudado es que fueran del dominio público durante el reinado de Felipe III.

Además, la prueba de que por entonces los libros, especialmente los de ameno entretenimiento, pasaban de mano en mano antes de llegar á la imprenta, nos la da el mismo ilustre escritor en su carta-artículo en la cita de la *Pícara Justina* en aquellos versos cortados:

Soy la reina de Picardi-
Mas que la rud- conoci-
Mas famo- que doña Oli-
Que Don Quijo- y Lazari-
Que Alfarache y Celesti-

El ingénuo *Don Quijote* y la *Pícara Justina* nacieron en un mismo año y, sin embargo, ésta cita á su coetáneo como muy conocido y famoso, cuando aún no había abierto los ojos á la luz de la imprenta: ¿qué más prueba se quiere para justificar que por entonces, para conocer y juzgar un libro, lo de menos era que se hubiera publicado ó no? ¿Cuántas obras de aquella época, de que se ha hablado hace mucho tiempo, no se han publicado hasta el nuestro?

El que escribió la *Venganza* no lo hizo, aunque él lo dijera, por vengar la lengua Castellana, sino por vengar, aunque indirectamente, ofensas personales. El *Cuento de Cuentos* es la obra más inocente de cuantas brotaron de la intencionada plu-

ma del cáustico escritor y no había para qué tomar satisfacción de un agravio fantástico y mucho menos con el encono y aun con la ira de la tal *Venganza*.

Quevedo tenía muchos y muy furiosos enemigos; pero éstos se reunían y colegiaban para juzgarle solemnemente formando tribunal. El que escribió la *Venganza* se ocultó cobardemente con el disfraz del pseudónimo, disculpable por aquella vez en atención á las circunstancias de ministro caído y desterrado; mas no abatido, cuando tuvo sazón para aprovechar aquel inopinado pretexto de desfogar su enojo, no en favor de los modismos del lenguaje que combatía en el *Cuento de Cuentos*, por juzgarlos impropios de la lengua castellana, el humanista Quevedo, sino en contra del político Quevedo, qué en los *Grandes Anales de quince días* había hecho la historia del último reinado, hablando de la incapacidad y venalidad de sus ministros con la filosofía política y la verdad histórica que pocos han llegado á poseer como él, de la manera que sabía hacerlo su carácter íntegro y su corazón entero, que ansiaba y esperaba, siquiera su esperanza fuese pronto frustrada, la reforma de los abusos y el mejoramiento de la vida administrativa con el advenimiento del nuevo reinado.

Vióse en este libro retratado por el gran pintor de costumbres políticas y sociales el Padre Aliaga, y como contestar á lo que de él decía con tanta claridad el historiador hubiera sido en aquellas

circunstancias evidente temeridad y manifiesta imprudencia, se asió del cabello que le ofreció el breve juguete que con el título de *Cuento de Cuentos* escribió la misma pluma, para descargar sobre el gracioso cuento toda la bilis que encerraba su pecho contra el historiador, siquiera la materia y la forma de ambos libros fueran distintas.

Y aquí se evidencia una vez más la debilidad de la objeción de que mal podía tratarse de libros cuando la imprenta no los había dado á conocer. Los *Grandes Anales de quince días* no llegó á verlos impresos su autor y sin embargo alcanzó á ver que otros, sin escrúpulo, dieron por suyos en sus obras las luminosas ideas y maduros juicios que Quevedo había emitido en la suya.

Apenas sonrió en el horizonte político la aurora del nuevo reinado, cuando el gran Quevedo, lleno de alborozo, consignó sus esperanzas de los primeros quince días en la nueva monarquía; mas á medida que el tiempo, perpetuo desvanecedor de ilusiones, fué destruyéndoselas, él fué modificando su obra y reflejando en ella sus desencantos, de tal modo, que cuando Aliaga bajó á descansar de sus afanes al sepulcro había podido ver *distintas ediciones del inédito libro,* conservándose, sin embargo, en él su primitiva silueta, que si del tiempo presente veía el autor dolorosamente trocadas sus impresiones, del pasado las conservaba íntegras.

De los otros frailes dominicos á quienes ha querido atribuirse la paterdidad del falso Don Quijote,

¿á qué tratar, si tal opinión no tiene apenas fundamento discutible? Remitimos al lector á la refutación que de ella hace el gran crítico á quien, por honrarnos, damos tal preferencia en estos renglones, pues si bien ponemos reparos á las manifestaciones que salieron de su pluma volando, queremos, en aquello que estamos conformes, dar á nuestro parecer una autoridad y fuerza que ninguno como él puede prestarnos.

Entre los escritores que mayor homenaje de admiración han rendido en nuestra patria á Cervantes, recreándose en el estudio de sus obras, ocupa un lugar preferente el Sr. Diaz de Benjumea, aunque sus laudables esfuerzos no hayan correspondido al noble ideal que perseguía.

Opina este laborioso escritor que los misteriosos arcanos que según él y otros muchos, desairando la palabra del autor que con tanta formalidad aseveró lo contrario, se ocultan en la figura de *Don Quijote,* están resumidos, iniciados y tupidamente ocultos en los versos de Urganda. Allí, allí, dice él, han de buscarse las reconditeces de la abstrusa filosofía que es la vida y el alma de *Don Quijote,* y el que no posea mi intuición poderosa para saber leer aquellas cortadas décimas, en vano es que se fatigue en descubrir al héroe, porque en ellas está encerrada la quinta esencia de la obra.

Otros, sin llegar á los extremos de este extremado escritor, han creído que, efectivamente, algo ó algos hay escondido en las truncadas frases de la secular doncella.

Muchos se han limitado á reconocer y declarar á Cervantes como genial autor de esa novedad métrica, adoptada inmediatamente, como acabamos de ver, por el autor de la *Pícara Justina,* y los más se han ceñido sin discusión á tomarle como tal, siguiendo el modelo algunos otros, entre los que quiere incluirse nada menos que á Góngora por el conocido soneto contra Lope escrito con los finales cortados.

No fué Cervantes el inventor de esta extraña y nueva forma de hacer versos; pero le cabe mayor gloria en ello que si lo fuera.

Hagamos una sucinta historia del asunto, porque en verdad lo merece.

Allá, por los comienzos del siglo diez y siete, era el ídolo de la gente maleante y burlona de Sevilla un joven decidor, jacarandoso y guapo, llamado Alonso Alvarez de Soria, á quien las musas no desdeñaban, á pesar de que la gente á que se asociaba el favorecido no era la más á propósito para el acceso del Parnaso y que pŏr su parte, más que con las aguas de Helicona, gustaba quitar la carraspera de la garganta con el peleón de los menos limpios figones.

Bien se deja conocer que los asuntos preferentes del extro del jacarandoso y burlón poeta eran las escenas de aquella vida de orgía barata en que dejaba correr su tiempo y atrofiarse su claro entendimiento.

Fundaba su vanidad en los aplausos y el respeto con que le distinguía la chusma, y aunque

su fondo y sus sentimientos fueran nobles y generosos y su apellido el de las mejores familias de la ciudad, pues era su padre jurado en ella, sus acciones y su conducta no respondían, de ordinario, á aquellas estimables cualidades, y por arrancar un aplauso y conservar y aumentar su prestigio en aquella sociedad ínfima, no tenía reparo en comprometer su buen nombre ó en afrontar cualquier riesgo.

Complacíase, el buen Alonso, en derramar las sales de su vena en jácaras, epigramas y letrillas que eran aprendidas al momento por su camarilla y cantadas por sus cortesanos en nutridos coros, cuyo eco era, no pocas veces, recogido por el elemento joven de la sociedad distinguida, y ¿quién sabe si alguna bella y aristocrática dama, al canturrear por lo bajo alguna canción en voga del singular poeta, no lamentaría en el fondo de su pecho que aquel tan buen mozo y aquellas tan buenas disposiciones tuvieran tan mal empleo?

Hallábase un día presidiendo un mitin que con nadie se metía ni arremetía, como no fuese con el Jeréz rebautizado que le servían, cuando acertó á pasar, seguido de una turba de chiquillos, un pobre santero que pedía para él y para San Zoilo, que llevaba colgado del cuello en una tosca vitrina. La chusma infantil silbaba y pedía que bailase el infeliz postulante, repitiendo á gritos un apodo tan sucio como mortificante hasta para el semi-imbécil pedigüeño, el cual, dejando la devota carga en el suelo y volviéndose á la agresora

y menuda gente, protestaba que si conforme se hallaba en Sevilla, se encontraran en Córdoba, donde había nacido, á fe de Joan, que era su nombre y no el mote indecente que le ponían, habían de quedar escarmentados, y como á la protesta unía, con cantos, la amenaza, no lograba otra cosa que excitar las provocaciones de la precoz y procaz infancia.

En escena tan poco digna de ser enaltecida por las musas halló motivo de picante inspiración la mal intencionada que solía apearse del Pegaso para hablar al oído del afortunado Alvarez.

Al día siguiente corrió por todo Sevilla una copla, más graciosa que bien intencionada, llena de epigramática sal, en la que se aplicaba al Asistente de la Ciudad, D. Bernardino de Avellaneda, el apodo que los desvergonzados muchachos daban al santero Joan Ajenjos, agente intermediario de San Zoilo para curar el mal de riñones.

No había por aquel entonces teléfono en Sevilla; pero no se echó de ver, porque la oficiosidad de los buenos amigos del Asistente suplió esta deficiencia notificándole el sobrenombre con que acababa de ennoblecerse su ilustre apellido. Encendióse en disimulada ira y juró en su corazón lavar en sangre la que juzgaba ignominiosa afrenta. El indignado Corregidor encontró pronto un pretexto para humillar al irreflexivo joven, que viéndose vergonzosamente herido en su amor propio dió indicios de desacato, pagando en afrentosa horca el delito de haber dado rienda á su con-

dición maleante y á su deseo de aplauso y de notoriedad de baja índole en un burlesco y desaforado epigrama.

A la ciudad entera conmovió tan cruel é injusta sentencia y no perdonó medio para salvar aquella víctima del excesivo rigorismo autoritario. No hubo influencia ni arbitrio que no se tocase, agotándose inútilmente todos los medios ordinarios para mover á piedad el duro corazón del Corregidor, mientras sinceramente arrepentido y fervorosamente dispuesto á morir el desventurado Alvarez de Soria, deja desbordar su numen en aquellos supremos y últimos instantes de su vida, que dan á sus versos el tinte de la verdadera sublimidad, á los que pone fin esta exclamación de su alma, llena de fe, de confianza y de perdón:

Muera el cuerpo que pecó,
Pues bien la pena merece;
Y parta el alma inmortal
A vivir eternamente.

Se acercaba el fatal momento, porque el proceso había sido sumarísimo, y cuando todos habían perdido la esperanza, el elemento literario, que naturalmente era el que más se había agitado, viendo que las peticiones en prosa habían dado negativo efecto, acordó esgrimir sus naturales armas haciendo el último esfuerzo, y por medio del venerable dramaturgo, el unánimamente querido y respetado Juan de la Cueva, que

acudió á su ya cansada vena, impetró del inexorable D. Bernardino el perdón del joven poeta en un memorial en forma de

SONETO

No des al fébeo Alvarez la muerte,
¡Oh gran don Bernardino! así te veas
Conseguir todo aquello que deseas
En aumento y mejora de tu suerte.
El crüel odio en piedad convierte,
Qu'en usar dél tu calidad afeas:
Cierra el oído, ciérrale, no creas
Al vano adulador que te divierte.
De ese que tienes preso el dios Apolo
Es su jüez, no sufragáneo tuyo;
Ponlo en su libertad, dalo á su foro;
Que de hacello así, de polo á polo
Irá tu insigne nombre, y en el suyo
Híspalis te pondrá una estatua de oro.

¡Cuán cierto es que aun las más terribles ó conmovedoras acciones tienen algo de cómico!

Bien puede dispensarse y hasta aplaudirse al anciano poeta el escaso mérito de la composición, que acaso sería la más débil de las suyas, porque puso en ella todos sus anhelos.

Mas ni la prosa ni el verso lograron interesar al inconmovible Presidente, que quiso seguir el camino de su predecesor, el Marqués de Montesclaros, quien quedó recomendado con su palabra y con su ejemplo que era preciso «refrenar con temida severidad los belicosos ánimos de la inquieta juventud sevillana.»

Era aquél enérgico guerrero de la estirpe y la escuela de los que pusieron tan alta la gloria militar de España, y en su tiempo aún no se había

iniciado su espantosa decadencia, y habiendo conquistado legítimos laureles en los combates de tierra, pidió y obtuvo continuarlos en el Océano, por parecerle éste mucho mejor escenario para aquella clase de funciones, porque en él, decía, no pueden hacer los pies traición huyendo. Pero el que logró vencer entre las olas al terrible aventurero y hábil marino Drake, cuyo nombre infundía terror hasta hace poco, no supo alcanzar la inmarcesible gloria de vencerse á sí mismo.

Ni siquiera debió sentir el menor remordimiento por tan inhumana sentencia, pues teniendo setenta años cuando la decretó, vivió todavía un cuarto de siglo. Acaso impresionó más tan prematura y trágica muerte al sensible Juan de la Cueva, que, teniendo la edad del Asistente, sólo sobrevivió algunos meses al sin ventura Alvarez de Soria.

El tiempo se encargó bien pronto de borrar aquel triste recuerdo, y pasado no mucho sólo vivía en la memoria de los dos más grandes hombres de España, aunque ninguno de los dos había asistido al sangriento espectáculo: D. Francisco de Quevedo Villegas y Miguel de Cervantes Saavedra.

El primero, tan conocedor de la vida maleante y estragada de las gentes de la sociedad del ajusticiado y cuyas costumbres pintó tan magistralmente en la vida del *Gran Tacaño,* dió digno remate á su obra colocando al final de ella el siguiente precioso y animado cuadro: «Sentáronse;

y para preguntar quién era yo, no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorrales, y abriendo la boca y empujando hacia mí el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hacia abajo; y con ésto con mucha alegría se levantaron todos, y me abrazaron y hicieron muchas fiestas, y yo de la propia manera á ellos, que fué lo mesmo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar; vinieron á servir á la mesa unos grandes pícaros, que los bravos llaman *cañones*. Sentámonos todos juntos á la mesa: apareció luego el alcaparrón, y con esto empezaron (por bienvenido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la ví beber, no entendí que tenía tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que quería hacer la razón. Contentóme la pesadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta sin confesión. Recetáronsele al Asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tisnado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. Ya á mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando á la luz: «Por ésta, que es la

cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto». Levantóse entre ellos alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron: «Así como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre á todo acechador.» «¿Quién es este Alonso Alvarez, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte?» «Mancebo, dijo el uno, lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos; que me retientan los demonios.» Con esto salimos de casa á montería de corchetes.»

Cervantes fué más allá.

Había Alonso Alvarez, á pesar de su juventud y de su agitada vida, inventado un nuevo y nunca imaginado género de verso, nacido espontáneamente, sin meditación ni estudio, al calor de sus costumbres y de sus inclinaciones. No le había movido el afán inmoderado de sobresalir y de sobreponerse á los otros, como al Luzbel literario, cuya soberbia, no contenta con la envidiable gloria legítimamente conquistada, echó en el Parnaso por senderos desconocidos é inaccesibles, derrocándose y arrastrándo tras sí á no pocos ilusos, atraídos por la novedad y mal gusto, á un abismo de confusión y de perpetuas nieblas.

Alvarez, por el contrario, de pretensiones más ordenadas y modestas, se limitó á dar una prueba de afecto á sus amigos, haciendo que las musas

tomaran parte en sus *recepciones* y adoptaran su lenguaje, y como éste, principalmente, consistía en adornar de cierto misterio las frases, colocando oportunos suspensivos, y sobre todo dejando incompletas las palabras, él hizo graciosísimos versos de este modo, quedando suspenso el pensamiento y el auditorio, el cual se echaba á descifrar el enigmático sentido de aquellas á un tiempo dobles é incompletas frases.

El autor de este novísimo y extraño modo de hacer versos, causó harto menos daño á las letras que el conspícuo inventor del culteranismo. Al contrario, con su original manera de poesía, enseñó la verdadera forma y el apropiado medio del culto equívoco y del gracioso juguete; por eso no se desdeñaron en adoptarle aún los primeros vates, sin descender á averiguar el abolengo de tan extraña novedad literaria.

Mas no fué ésta la mayor prueba que de su talento y sagacidad dejó el malogrado Alvarez. La primera composición en este metro que brotó de su graciosa pluma, fué ridiculizando al sin rival Lope, que alardeando de modestia había encargado la censura de su obra *El Peregrino* á quien forzosamente había de tributarle embusteros elogios y de ningún modo censuras y advertencias. Y esto lo decía un joven atolondrado que no había visto á Lope; pero que en el aspecto moral demostró conocerle, en una décima que le dedicó, mejor que todos sus amigos, adversarios y aduladores.

Y no es este aislado dato única prueba de sus

excelsas condiciones naturales. Cuando la indignación popular, manifestándose con violentos modos, logró que se castigase la prevaricación de algunos altos funcionarios, dejando impune al más criminal de todos, el generoso Alvarez no pudo contener su noble indignación y remitió á D. Rodrigo Calderón una copla anónima en su metro peculiar, advirtiéndole que no confiara en su omnímodo valimiento, pues la fortuna veleidosa le tenía preparado un cadalso en merecido pago de sus infamias.

¡A cuántos con menor motivo se habrá llamado profetas!

Una de las amarguras mayores que acibararon la vida de Cervantes fué la que experimentó cuando rendido de emplear todos los medios decorosos de recabar de los poetas aquellos encabezamientos laudatorios con que en su tiempo adornaban los autores las portadas de sus obras, se recogió fatigado á devorar en su soledad el dolor de la injustificada y cruel negativa de aquellos á quienes tantos y tan inmerecidos elogios había prodigado en análogas y distintas circunstancias, llevando su generosidad hasta comprometer en su obsequio la reputación de su buen gusto literario.

Desde el canto de Calíope en su primera obra, hasta el *Viaje del Parnaso* ¡cuántos elogios no había derramado á manos llenas, sacando de la oscuridad y ennobleciendo á hombres tan ingratos como indignos de tales alabanzas! ¡Terrible debió ser para él el día en que recibió tan triste

y tan completo desengaño! Así lo comprendió el rencoroso Avellaneda, y entre las ofensas que más vivamente hirieron á Cervantes, fué, sin duda, este infame recuerdo. No le lastimó tanto, de seguro, el oirse llamar encarcelado, como aquella punzante verdad de que no había encontrado nadie que quisiera darle unos versos para su libro.

Nada desfavorable fué, de seguro, ninguna de las causas de sus prisiones para su honra; pues si lo fuese, se hubiera apresurado á vocearlas su enconado detractor, sin miramiento á sus votos, pues quien señaló sus lesiones pretendiendo humillarle cuando tenían tan honrosísimo origen, ¿con qué fruición satánica no hubiera referido las causas de su encarcelamiento si con ello conseguía infamarle?

Pero en trances tales era donde se mostraba de lleno la grandeza de su alma.

Cualquiera otro que no se llamara Miguel de Cervantes hubiérase anonadado, y si por tan gran desaire no desistía de publicar su libro, hubiéralo hecho sin los acostumbrados adornos preliminares, puesto que era de rigor que fuesen de ajena mano.

Pero en los grandes apuros es donde se manifiestan los grande genios, utilizando en beneficio propio las mayores contrariedades, convirtiendo el mal en bien y el abatimiento en triunfo y gloria.

Viéndose Cervantes solo contra tantos enemigos, juzgó preciso el esfuerzo de quien estuviese hecho

á vencerlos sin contar su número y llamó en su auxilio al invicto Amadis de Gaula, quien, para no desmentir su afabilidad, arrimó la lanza y enristró la pluma esgrimiéndola generoso en obsequio de su émulo *Don Quijote,* é imitando tan bizarro ejemplo su nobilísimo linaje, arremetió armado de aquel metro que Apolo había inventado para tormento y vergüenza de los poetas chirles, y para confusión de ellos le manejó con tal facilidad, donaire y chiste, que no logró jamás casi ninguno de los que por oficio tenían el usarlo, venciendo en aquel torneo literario hasta al mismo autor en cuyo apoyo habían acudido, por más que éste tenía la disculpa de haber reconocido, aunque á regañadientes, que siempre se afanó y trabajó en vano por hacer sonoros versos, porque ese don sólo le otorga el cielo y á él se le había negado. Allí era y es de ver, en las pruebas eternas que quedaron, el brío, la gracia y agudeza de los Solidanes, Belianises y Orlandos, tenidos hasta entonces por rudos y sangrientos luchadores, acreditando con sus lindos versos que no en vano habían recorrido selvas, habitado palacios encantados y pernoctado en bosques impenetrables, morada ordinaria de las deidades que inspiran á los verdaderos vates. Allí era y es de admirar la ingenuidad de la Señora Oriana declarando, caso sin ejemplo entre mujeres, la mayor fortaleza y castidad de la afortunada y hermosa Dulcinea, envidiándole la suerte de tener tan rendido y valeroso amante, y, sobre todo,

la atención y delicadeza de rudos escuderos, felicitando á su compañero el tosco Sancho, y lo que es loable sobre todo encarecimiento, saliendo al encuentro de la mal disimulada envidia del que presidía en el español Parnaso, como Júpiter tonante en el Olimpo, censurando su conducta inexplicable en la intencionada y chispeante forma, doblemente notable por salir de labios escuderiles, que acreditan estos tres renglones:

Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro español Ovidio
Con buzcorona te hace reverencia.

Recurso tan agudo y hábil sólo es propio de un genio; pero como el de Cervantes era extraordinario, no le satisfizo burlarse de tan graciosísima manera de sus envidiadores, y recordando la singular invención métrica que algunos llaman de versos cortados, él entreverados y que su inventor bautizó con el adecuado y propio de versos de cabo-roto, echó mano de tan original manera de poesía y escudándose tras la autoridad literaria de aquel golfo de las musas, que en Sevilla había conocido muy de cerca, invocó á la beldad legendaria que supo preservar su secular integridad de los codiciosos galanes de diversos tiempos y se llama Urganda la Desconocida, la cual, mezclando con exagerados elogios á un prócer, por ser esa la flaqueza de su inspirador, verdades y agudezas como suyas, dejó á las gentes con la boca abierta, por terminar sus versos en guiones.

En esta laboriosa relación vería explicados el

señor Díaz de Benjumea, si para ello pudiera levantarse del sepulcro, cuantos enigmas, claves y secretos creía ver encerrados en los misteriosos versos de la sibila Urganda, y el muy diligente Sr. Fernández-Navarrete y con él otros muchos, que no se debe á Cervantes la invención de los versos de cabo-roto, ni necesita de esa gloria para aumentar la suya, antes le alcanza mucho mayor por la original manera de haberlos en aquella ocasión empleado.

Y á propósito de ellos:

Alguien opina que Cervantes no era gran latino, apoyándose en su mismo testimonio, pues por tal tienen aquella manifestación de Urganda:

Pues al cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan lati-
Hablar latines rehu-

Pero si ciertamente no lo era ni aun mediano, á pesar del voto de su maestro que en tan alta opinión le tenía, comparándole con Mariana, Quevedo, Fray Luis de León, el Brocense y tantos otros humanistas contemporáneos suyos, con lo que él alcanzaba de esa y de las demás lenguas sabias, podría pasar cualquiera hoy por muy familiarizado con los clásicos. Mas sea de ello lo que quiera, esa, si lo es deficiencia suya, en beneficio redundó de *Don Quijote,* que se vió retratado en su historia como en el más limpio espejo ó en la corriente del más cristalino arroyuelo, sin el menor entorpecimiento de enojosas citas lati-

nas; una belleza más entre las infinitas que atesora su inimitable libro.

Hemos citado repetidas veces el nombre respetable del Sr. Benjumea, y quien tan asíduas meditaciones dedicó al mejor libro de España, bien merece que se le conceda honroso lugar en estas apreciaciones, siquiera incurriese en fáciles extravíos, entre ellos el de suponer á Cervantes obsesionado por la sombra siniestra de aquel fingido ó verdadero fraile que en Argel tan desdichadas pruebas dió de sus perversos instintos. Posible y presumible es que Cervantes, que en la mayor parte de sus obras sembraba algunas reminiscencias de su propia vida, se acordase á menudo de aquel hombre despreciable y en alguna aventura ó en algún pasaje de su principal obra haya alusiones más ó menos oscuras y recuerdos más ó menos dolorosos de tan aborrecible personaje; pero sostener que su nombre íntegro le disolvió Cervantes en laboriosos anagramas y que con sus letras está formado el de algún personaje, es opinión poco fundada; pero mucho menos lo es el suponerle autor del falso Don Quijote. No debía ser el entendimiento de tan odioso individuo capaz de empresas de tal índole, ni su arma para agraviar la pluma, siquiera se titulase ó fuese Licenciado ó Doctor en las divinas letras. Pero donde el desacierto del Sr. Benjumea llegó al delirio fué al sostener que bajo la figura del Bachiller Sansón Carrasco ocultó Cervantes la del malhadado fraile, fundado en que el Bachiller

venció y rindió á Don Quijote, lo que induce á otro no menor error, pues lógicamente había que admitir que el pseudo religioso-había vencido y rendido á Cervantes. La figura más simpática y más bizarra del libro del Hidalgo de la Mancha, con encerrarlas tan bellas, es, sin duda, la de Sansón Carrasco, que en su generoso empeño de curar á todo trance de su funesta manía á su trastornado convecino, no repara en poner en inminente riesgo su vida. ¿Había de querer encarnar en sujeto tan noble el innoble enemigo que le persiguió en Argel? Disculpemos estas aberraciones de un escritor de tan claro entendimiento, en gracia de su buen deseo, y disculpémosle doblemente si por acaso, en fuerza de tratarle, llegó á contagiarse algo de la dolencia de Don Quijote.

Antes de exponer el último fundamento de nuestro voto en favor de Aliaga, haremos una breve reseña del éxito y de la historia editorial de su Don Quijote, aunque esto sea prescindir del método corriente de tratar el asunto, por más que, de un modo ó de otro, si el paciente lector puede seguir hasta el fin, ha de encontrar desorden y repeticiones en este *mal pergeñado escrito*... ¿por qué hemos de prescindir de la consagrada frase, ahora que están en moda las hechas?

La indiferencia con que el público recibió la falsa salida de Don Quijote, fué la única, pero la mejor satisfacción que pudo recibir Cervantes, porque el pueblo, siempre noble y justo, porque rara vez le arrastran ó instigan malas pasiones

ni interesados prejuicios, se va instintivamente tras de lo bello, y mientras el auténtico *Don Quijote,* lo mismo que en su primera aparición, veía multiplicarse las ediciones de la segunda, el apócrifo cayó desde su aparición en el más absoluto y merecido olvido. ¡Cuánto debió valer esto para endulzar la amargura de Cervantes!

Nadie se acordaba de la obra de Avellaneda en su patria, cuando M. Lesage, tan habilísimo arreglador de obras ajenas como falto de imaginación y sentimiento para escribirlas propias, haciendo uso de sus peculiares actitudes, cogió al fingido Don Quijote, lo pulió, recortó, añadió y aderezó con su diestra tijera y así remozado y favorecido lo echó al mundo hablando en francés, por más que con las postizas galas semejase á la doncella á quien se adorna para suplir su fealdad y su desgarbo.

Tan olvidada estaba en España la memoria del falso Don Quijote y de tal modo se habían consumido sus ejemplares en envolver especias, ó, como han aseverado algunos, arrojados á las llamas por los entusiastas de Cervantes, lo que parece algo problemático, lo cierto es que, corrido un siglo, nadie conocía la obra, ni nadie la echaba de menos, hasta que viniendo á las manos de dos eruditos á cual más estrafalario y más leído, Don Diego de Torres y D. Blas Nasarre, creyeron buenamente, á pesar de su afición á las amenas letras y sus conocimientos, que aquella traducción era fiel y ajustada al original, y como no poseían

éste, acordaron traducir el francés, encabezándolo con desatinados elogios, diciendo D. Diego de Torres, con su autoridad doctoral, que Cervantes había casi copiado á Avellaneda. Algo más cauto D. Blas Nasarre, aunque de no mejor criterio, se guareció tras una especie de *Isidro* literario, que por obediencia prohijó el prólogo laudatorio de Nasarre, y en el que dijo, entre otras peregrinas lindezas, que el «Sancho-Panza de Avellaneda le parecía más *natural* que el de Cervantes...» ¡naturalmente! «que la segunda parte del *Quijote* de Cervantes está tomada de la de Avellaneda y que en punto á mérito intrínseco la obra de Avellaneda era igual á la de Cervantes...» ¡naturalmente!... hay por necesidad que repetir. Si la una era copia de la otra, necesariamente habían de ser iguales, á no ser que Cervantes al copiar á su modelo se hubiera quedado rezagado, que es lo que ordinariamente sucede á los que copian, y la aprobación que también puso, hízola firmar á otro sacerdote beneficiado de la parroquia de Aliaga. ¡Singular coincidencia! Ayudolos en tan desairado trabajo el escritor galo-clásico D. Agustín Montiano y Luyando, quien, en elogio del invertido Quijote, dijo muy grave: «No creo que ningún hombre juicioso sentenciará á favor de Cervantes si forma el cotejo de las dos segundas partes». Cervantes había dicho: «no hay libro malo que no contenga algo bueno», y debió añadir: ni literato de nombre que no escriba alguna... enormidad. Amparado con tales recomendaciones

volvió el expatriado y doblemente adulterino Don Quijote á su patria, después de ciento diez y ocho años que había hecho en ella su aparición primera y única, para caer nuevamente en más pronto y justo olvido luego que dejó de ser raro, único aliciente que le había hecho desear.

Reconociendo, sin duda, sus dislates y procurando buscar un desagravio, publicó diez y siete años después el Sr. Nasarre, en 1749, la segunda edición de las comedias de Cervantes, tratando muy seriamente de probar que las escribió de intento malas para burlarse del teatro de Lope y sus secuaces. Harto mejor criterio demostró el Conde de Ticknor al opinar que si sus comedias fueron malas, fué porque las escribió contra sus propias convicciones sobre la materia, por dar gusto á la corriente, añadiendo esta sentida observación: «por lo tanto, es una razón más para interesarnos por la suerte de un hombre cuya vida fué el blanco perpetuo de la calamidad y de la desgracia». Más aceptable y verosímil y, sobre todo, más discreta que la de Navarrete era la opinión del abate Lampillas, que atribuyó su publicación á malicia de impresores sin conciencia que las mutilaron y arreglaron á su gusto tomando el nombre y el prólogo de Cervantes. Siquiera esta conjetura, aunque no sea cierta, es más verosímil, dadas las libertades que en aquellos tiempos se tomaban frecuentemente los impresores.

Aplauso, más que censuras, merecen casi todos los demás imitadores de Cervantes, pues que el

principal estímulo que les movió á seguir sus huellas fué la admiración hacia el modelo y el deseo, siquiera indiscreto de rendirle homenaje, olvidando su advertencia de que aquella empresa sólo á sus fuerzas era dado emprender, y de todos modos, la incalculable distancia á que del modelo se quedaron, fué una prueba concluyente y práctica de los subidos quilates de la joya que pretendieron imitar, sobre todo escritores que habían alcanzado merecidos triunfos y ocupaban en las letras un puesto eminente, refiriéndonos en esto á los que sacaron á *Don Quijote* á las tablas, pues los que se limitaron á hacerle cabalgar nuevamente sobre Rocinante para cruzar valles y sotos, harta prueba dieron de su incompetencia con sólo meterse en tan insuperable aventura.

A seis hacen ascender el número de los escritores que cayeron, como dice Cervantes, en la tentación de que podían escribir un libro como el suyo. Citaré en primer lugar, y bien merece por distintos conceptos esta preferencia, al Duque de Anjou, que presintiendo acaso que algún día había de ser llamado á fundar una nueva dinastía en España, empezó, con excelente acuerdo, á estudiar su lengua en el mejor libro que en ella se ha escrito. De otros dos franceses que también escribieron cada uno su Don Quijote conforme á su gusto y á medida de sus facultades, ni nombre ni circunstancias hemos podido descubrir. Tan airosos debieron salir en su trabajo y tal ruido debieron hacer con él, y aparte del famoso

Avellaneda, D. Jacinto María Delgado continuó, no la vida de *Don Quijote*, por respeto sin duda á sus cenizas, sino la de Sancho, á quien había dejado con ella quien tan robusta y lozana se la dió. Corrida la mitad del siglo diez y ocho, se le ocurrió á D. Cristobal Anzurena adoptar el pseudónimo de El Bachiller Avellaneda para publicar en Sevilla una imitación de *Don Quijote*.

Mayor importancia y renombre tenían, y tendrán perennemente en la historia de las letras los insignes dramaturgos que hicieron salir á la escena á *Don Quijote*, transportándole de su natural elemento; pero ciertamente que si su gloria hubiera de estar vinculada en este hecho, nadie se acordaría á esta fecha de su nombre. Verdaderamente asombra que quien con tal desagrado recibió y tales ascos hizo del caballero andante, como el fecundísimo Lope, echara mano de él para escribir una comedia más, teniéndolas á millares. En D. Guillén de Castro tiene fácil disculpa dada la especialidad de sus obras escénicas; pero es incomprensible que el gran Calderón de la Barca, con su profundo talento, cayera en la debilidad de contrahacer al héroe de Cervantes sacándole á las tablas; pero aún es más inexplicable todavía que el cultísimo D. Juan Melendez Valdés, á quien principalmente corresponde el honor de haber restaurado el buen gusto en nuestra poesía, se metiera también en tan poco juicioso empeño; pero, qué más, si casi en nuestros días el mismo D. Ventura de la Vega, que tan merecidos lauros

alcanzó en *El Hombre de Mundo* y en tantas otras obras originales ó mejoradas, despreciando la experiencia adquirida á costa de los otros, se lanzó á escribir su Don Quijote para el escenario?

Excusado es decir que todos, formando el grupo escogido de los dramáticos de nuestro incomparable siglo de oro, hasta reciente fecha, quedaron igualmente escarmentados por su atrevimiento, pues ninguno logró compartir la más pequeña parte de gloria con el genial creador del incomparable tipo. ¿Quién duda que lo mismo puede decirse de los extranjeros que han hecho comedias más ó menos desatinadas de Don Quijote? Mas ahora sí que va de veras. El poeta de moda en Francia, á quien hoy reconocen todos como el primero, acaba de escribir un Don Quijote de la Mancha, del que unánimemente se hacen lenguas todos los críticos, aunque estos juicios á priori no suelen ser infalibles, y ya están sacándose los papeles de Don Quijote y Sancho para los dos actores de mayor reputación en cada género en la república. La obra contiene 2.200 versos, repartidos en cinco actos. Se estrenará en el primer teatro de París en Octubre y ya tienen la pluma en la mano para traducirla en verso nuestros más sobresalientes arregladores. Allá veremos.

Mayor acierto y mejor fortuna han tenido los que se han limitado á sacar á las tablas algún paso del andante caballero, como Serra, ó algún ligero episodio ó alguna escena, como la presentada con música en la zarzuela *La Venta de Don Quijote*.

Algunos de los biógrafos de Cervantes, asustado acaso por el escándalo de presentarle en lucha con los más ilustres escritores, mirando el asunto con distinto criterio que ahora, y careciendo de los datos que hoy se deben á muy hábiles biógrafos y bibliógrafos, que cada día con sus diligentes investigaciones ponen de manifiesto que las flaquezas humanas alcanzan también á los que, viviendo en un mundo ideal, suponíamos exentos de debilidades, descubrimiento que no sabemos si agradecer ó censurar, pusieron honroso afán en justificar no sólo que tales rivalidades no existiesen, sino en persuadir que así como las deidades en el Parnaso, vivían aquí en la más íntima fraternidad sus hijos predilectos. Estos escritores del último tercio del siglo XVIII, y á su cabeza el más autorizado de todos, el Sr. Fernández de Navarrete, demostraron particular empeño en presentárnosle en íntima amistad con cuantos cultivaban las amenas letras, diciendo, por ejemplo, de Espinel, que es uno de los literatos que correspondieron á Cervantes, citándole en su obra *Casa de la Memoria*, elogiándole y aludiendo, con discreción y oportunidad, á los trabajos de su cautiverio que no pudieron debilitar el vigor y fecundidad de su ingenio; así correspondió Espinel, dice Navarrete, á la honrosa memoria que de él había hecho en el *Canto de Calíope* y tal vez desde entonces se labraron los fundamentos de aquella amistad sólida y verdadera que los unió siempre y de que hacía

memoria Cervantes en los últimos años de su vida.

Mas á continuación de esto, la sinceridad de Navarrete le obliga á decir que Espinel intentó disminuir el mérito del *Quijote* para levantar sobre él el de su *Marcos de Obregón,* y cualquiera objetaría: Pues si así se portaban con Cervantes los amigos...

El M. Fr. Hortensio F. Paravicino afirma en su aprobación al *Escudero Marcos* «que es el que con más razón debe ser impreso, pues de los de este argumento me parece la mejor cosa que nuestra lengua tendrá.» Lo que acredita el poco afinado gusto de aquel famoso orador sagrado.

De Espinel decía Cervantes que era uno de sus más antiguos y verdaderos amigos. Pero su bondad le llevaba á decir esto de muchos de quienes. con más razón, pudiera haber dicho lo contrario

En cambio no ha faltado quien diera á la tibieza de su amistad con los Argensolas proporciones de enemistad que jamás tuvo, hasta llegar á atribuir, con notoria ligereza, á estos correctísimos y elegantes escritores el falso Don Quijote.

Cuando los Argensolas eligieron á su gusto personal de entre los literatos españoles, por encargo del Conde de Lemos, para formar las oficinas de éste y su academia literaria en el virreinato de Nápoles, llevaron á muchos que, aunque ilustrados y dignos, ninguna necesidad tenían de aquella protección, pues había alguno que gozaba de la dignidad y rentas de Arcediano y hasta un

obispo electo, y aunque, como era inevitable, quedaron muchos quejosos de no ir á gozar del bienestar y la holganza sobre aquel delicioso país, ninguno con más razón que Cervantes, pues á la circunstancia de amigo de los electores, reunía en mayor grado que ninguno la de literato, que era la única que exigía el Mecenas.

Mas su enojo halló desahogo y cumplida satisfacción en el *Viaje del Parnaso* en los versos siguientes:

Mandóme el del alíjero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los LUPERCIOS un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
—Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase
Que más grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.—Dijo Mercurio:—No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo más se pase.
—Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera
Ni diera en un tan hondo desatino.
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Vive Dios que no entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron.
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Y tan desagraviado y satisfecho se consideró con esto y tan al olvido dió el olvido de los Argensolas, que poco más adelante, como si tuviera remordimiento de no haberlos elogiado debidamente, enaltece su mérito de este modo:

Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba,
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su gradeza se esperaba.
Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadrón catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.

Y con estos seis versos no sólo satisfizo su constante anhelo de enaltecer los méritos ajenos, sino que tomó la más cumplida venganza de que él era capaz, de la presunción de D. Juan Ruiz de Alarcón, con aquello de:

Dos criollos mató, hirió un mestizo.

con cuya lectura, allí donde esperaba encontrar exagerados elogios, sufriría no poco la ridícula vanidad del corcovado poeta. Pero sin que este desencanto le llevara ni remotamente á tomar la pluma para escribir el fingido Don Quijote, puesto que ya había salido cuando el *Viaje del Parnaso* vió la luz, ni mucho menos podía hacerlo antes, cuando sólo atenciones y enseñanzas había recibido del que había tenido por amigo y maestro, dejando así desautorizado á D. Adolfo de Castro, que buscando también un autor para el pseudo Quijote, no halló otro más á mano que al bueno de D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.

Mas todavía con ésto ni le pareció haber dicho bastante en elogio de los poetas aragoneses, ni se creyó dispensado de enaltecerlos individualmente, y pocas líneas después busca nueva ocasión para decir:

Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.
Y una sacra canción, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,
Cual si fuera un petrarte Apolo envía
Adonde está el tesón más apretado,
Más dura y más furiosa la porfía.
Cuando me paro á contemplar mi estado
Comienza la canción, que Apolo pone
En el lugar más noble y levantado.

Ni los apuros que sentía cuando escribía aquel poema, debidos principalmente al olvido de las promesas de aquellos ausentes amigos, eran bastante á moderar los impulsos de aquel corazón magnánimo.

Pero en lo que puso especial ahinco Navarrete, como todos los escritores hasta nuestros días, fué en justificar que entre Lope y Cervantes existió siempre la más estrecha cordialidad, con el fin plausible de que dos tan grandes ingenios no aparecieran alimentando envidias y vulgares rivalidades; pero á pesar de su erudicción y diligencia, sólo consigue acumular datos en pro de aquellas hermosas disposiciones de Cervantes; pero ni un solo elogio del endiosado poeta en reciprocidad de los muchos recibidos, á pesar de afirmar de

sí mismo «Realmente (y consta de mis escritos) más se aplica este corto ingenio mío á la alabanza que á la reprensión.» Demasiado sabemos hoy á qué atenernos en punto á la sinceridad de estas expresiones, á pesar de sus sonetos en alabanza de Góngora, quien constantemente le pagó en bien distinta moneda.

Hasta catorce años después de muerto Cervantes, esto es, tres lustros después del día de las alabanzas, no encontró ocasión Lope de hacer el único elogio de quien no la perdió de dirigírselos en vida. Es verdad que quien en carta de 14 de Agosto de 1604 había dicho á su amigo el Duque de Sessa: «De poetas, no digo buen siglo es éste. Muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quijote*» mal podía, sin menoscabo de su buena fe y formalidad, decir de Cervantes elogio alguno; por eso, sin duda, lo hizo, no como prosista, sino como poeta, es decir, en aquello que menos lo merecía.

Sin embargo, al dedicarle aquel recuerdo póstumo, se mostró Lope el poeta fecundísimo y fácil de siempre en estos versos del *Laurel de Apolo*:

En la batalla donde el rayo Austrino,
Hijo inmortal del Aguila famosa,
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña hundosa,
La fortuna envidiosa
Hirió la mano de Miguel Cervantes;
Pero su ingenio en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,

Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria:
Porque se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida.

Fecundísimo hemos dicho por ser ésta entre las muchas cualidades relevantes del poeta Lope la más característica de todas; mas á pesar de ello, alguna vez acudió, con poco escrúpulo, al exiguo caudal dramático de Cervantes para aumentar el suyo tan exuberante. En su comedia *Los Esclavos de Argel,* no sólo tomó el argumento y cuanto quiso de la de Cervantes *El Trato de Argel,* sino hasta tiradas de versos y escenas completas, con la circunstancia agravante de que la comedia del segundo aún no se había impreso, valiéndose, por lo tanto, para el plagio, del manuscrito mismo, viniendo á recoger aplausos como autor original cuando se desechaba del teatro la primitiva obra. ¡Oh preocupación y cuanto puedes!

A este propósito dice el Conde Ticknor: «Lo cierto es que Cervantes ensalza con frecuencia al ídolo literario de su tiempo y que Lope en alguna ocasión se dignó bajar de su altura y cumplimentar á Cervantes; pero siempre con más economía y mesura que la que comunmente empleaba para elogiar á hombres que valían muchísimo menos. Lope en el apogeo de su gloria y fortuna se consideraba muy superior al autor del *Quijote,* y se vé que procuraba siempre con estudio huir las ocasiones de alabarle...»

En cambio el exaltado García de la Huerta, en su *Lección Crítica* publicada en Madrid en 1786, asegura que Cervantes era un rival envidioso de Lope. Por algo mereció de sus contemporáneos el concepto de exagerado, violento y loco, á pesar de sus felices ocurrencias y de sus excelentes obras.

Cuatro veces mienta Lope á Cervantes en sus innumerables escritos públicos, guárdandose de dirigirle alabanza alguna, excepción hecha de la transcrita del *Laurel de Apolo,* la cual debió ser tan espontánea, que ensalza sus versos «*por dulces sonoros y elegantes*», que era precisamente de lo que más carecían. Por eso, no sin razón, aduciendo muchas y muy fundadas, opinan críticos eminentes, á pesar de la repetida afirmación de los códices de la Biblioteca Nacional, no ser de Góngora sino de Cervantes el siguiente

SONETO

Hermano Lope, bórrame el soné-
Con versos de Ariosto y Garcilá-
Y la Biblia no tomes en la má-
Pues nunca de la Biblia dices lé-
También me borrarás la Diagonte-
Y un librillo que llaman del Arcá-
Con todo el comediaje y epita-
Y por ser mora, quemarás á Angé-
Sabe Dios mi intención con san Isí-
Más puesto se me va por lo devó-
Bórrame en su lugar el peregrí-
Y en cuatro lenguas no me escribas có-
Pues supuesto que escribes boberí-
Te vendrán á entender cuatro nació-
Ni acabes de escribir la Jerusá-
Bástale á la cuitada su trabá-

Y tan respetada es esta opinión, que no se han atrevido á incluirle como de Góngora sus más escrupulosos colectores. No se ha pensado así en cuanto á atribuir á Lope la contestación, mucho menos correcta y decorosa, en otro soneto, que suponen obra de alguno de sus muchos apasionados. Hoy tal vez no se pensara del mismo modo.

Mas de esto á que Lope de Vega escribiera el falso Quijote media un abismo. De seguro que el diligente y muy hábil investigador D. Ramón León Mainez, no sostendrá con tanto empeño esta opinión como en lejana fecha. No. El gran Lope de Vega, pudo tener y tuvo como hombre y como literato sus pasiones y sus debilidades; pero sin que le llevaran al exceso de difamar á Cervantes. Para admitir hipotéticamente que Avellaneda fuera Lope, habría que arrancar el prólogo del libro, y esto sería un absurdo, pues el libro se escribió para el prólogo y no el prólogo para el libro.

Tarea ingrata es detenerse en estos desagradables detalles; pero hay que cumplir con ella.

Harto más motivo hay para honrar al displicente Góngora con la paternidad del soneto en que, con tanta verdad y energía, se hace la historia de las fiestas al nacimiento de Felipe IV y que, por lo que á Cervantes se refiere, bien merece lugar en este sitio.

Parió la Reina; el luterano vino
Con seiscientos herejes y herejías,
Gastamos un millón en quince días

En darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelías,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico,
Que nació para serlo en las Españas;
Hicimos un sarao de encantamento;
Quedamos pobres, fué Lutero rico;
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento.

Verdad hemos dicho, y no sabemos hasta qué punto la tendrá el suponer que se dió á Cervantes el honroso encargo de escribir la relación de aquellas fiestas. Sin más datos que lo manifestado en el soneto, se ha admitido como corriente y cierto que el autor del *Coloquio de los Perros* lo fué de aquellas memorias. Desde luego parecerá, á quien de estas nimiedades se preocupe, que siendo en aquellos tiempos más difícil conseguir un encargo de tal índole, que en los actuales alcanzar una cartera, y precisar más intrigas ó influencias, no se alcanza qué patronos tan poderosos pudiera tener en aquella ocasión para lograr tal honra.

En otra análoga, aunque menos solemne, arrearrebató á los otros, D. Juan Ruiz de Alarcón, tan codiciado encargo, y sabido es el alboroto que los literatos levantaron, hasta los mismos que le ayudaron á salir del compromiso, desatándose á porfía en virulentas sátiras contra el pobre corcovado, ¿y había el más olvidado y desatendido de todos, de arrebatarles distinción tan disputada? De ninguna manera. Solo un ligero indicio podría

rebuscarse en su favor. Don Diego Gómez de Sandoval, hijo segundo del valido, que en aquella fecha hacía veintiún meses que había cambiado sus apellidos por los de Hurtado de Mendoza, condición impuesta al concederle la mano de Doña Luisa Mendoza, y no Minchaca, como dice Cabrera en sus *Relaciones*, hija mayor y heredera de D. Rodrigo Mendoza, Conde de Saldaña y adelantado de Cazorla, y de Doña Ana de Mendoza, su mujer y sobrina, Duquesa del Infantado, conocido desde el día de su boda por el título de Conde de Saldaña, que no recibió, como generalmente se cree, en concepto de presunto heredero del Ducado del Infantado, sino por concesión de su suegro, habíase manifestado, en sus últimos tiempos de soltería, comunicativo y rumboso y amigo de las letras y de los que las profesaban y por este concepto Cervantes le había conocido y, como todo necesitado, había concebido esperanza de lograr, por su medio, alguna mejora en su situación precaria. Esta vez, como tantas otras, la esperanza del desafortunado novelista se desvaneció sin llegar á verse realizada, y tendríamos que hacer una larga historia, de referir las distintas fases por que la pasajera atención del flamante Conde, para con Cervantes, había pasado. Mas para tener idea de lo que aquella amistad fué y de lo que por ella pudo alcanzar el necesitado poeta, recordaremos solamente que pasados los últimos meses de mocedad del Conde, que fué cuando conoció en Valladolid á Cervantes, y con

el que debió comunicar algunos de sus versos, porque tenía afición á hacerlos, y casádose el sábado 30 de Agosto de 1603 y dando de mano, por el pronto, á sus aficiones para atender á los deberes de su nuevo estado y del empleo de Gentil Hombre, que el Rey le dió como regalo de boda, ya no volvió á acordarse del escritor ni de su nombre, porque el que se vé nadando en las prosperidades, no encuentra agradable el trato del abatido y menesteroso. Que las incipientes amistades del presunto heredero del Infantado debió helarlas en flor el frío de la indiferencia, se prueba con el silencio de Cervantes en el fausto día de las nupcias de su amigo, á quien no dedicó el indispensable epitalamio. ¿Y en estas circunstancias y después de ellas, el día del bautizo de Felipe IV, había por mediación del magnate de lograr Cervantes que se desairase á tantos escritores como pululaban en la corte, para distinguirle á él con el cargo de escribir la memoria de las fiestas? ¡Imposible! La expresión del sonetista que lo indica, ó fué una burla ó cuando más el anuncio de una probabilidad más ó menos remota.

Así el asunto, recientemente se ha publicado una carta de Luis Vélez de Guevara, en que manifiesta que él fué el relator de las fiestas del real bautizo. Esto parece lo más probable. El ú otro de más viso cortesano que el ex cautivo, debieron escribir aquel trabajo que lleva por título: «Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid desde el punto del felicísimo nacimiento del Prín-

cipe Don Felipe, Dominico, Víctor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron. Dedicado al Conde de Miranda, por Antonio Coello, en Valladolid á 8 de Octubre de 1605. Impreso por Juan Godinez.»

Quien desee depurar la materia, debe consultar el opúsculo, y si con él no logra alcanzar con evidencia el nombre del autor, hallará la iniciación de la decadencia rápida de España en la emulación con que los magnates derrochaban á porfía los escasos recursos de la patria en deslumbradores saraos y opíparos banquetes, donde se repartían las joyas á puñados y se contaban los platos por millares, y en las procesiones donde de una sola orden religiosa asistían más de seiscientos Padres.

Necesitamos todavía decir la última palabra de la amistad del Conde de Saldaña con el comisionado de apremios.

Terminados los funerales por Doña Margarita de Austria el diez y ocho de Noviembre de 1611, que no habían podido ser todo lo suntuosos que pedían el fervor religioso, la condición de la finada y la costumbre, por haberse consumido los recursos del erario en los de la nuera del poderoso ministro y en el traslado de sus cenizas á Valladolid, inauguró al día siguiente, sábado 19, una academia literaria en su palacio el Conde de Saldaña, invitando á la aristocracia de la sangre y de las letras, y no sabemos cómo se halló en ella Cervantes, haciendo con la pobreza de su

vestido desagradable contraste con la exagerada elegancia y riqueza indumentaria de los demás concurrentes. ¿Habría sido invitado? Su condición y su carácter hacen presumir que sí. El éxito de su presencia en la aristocrática morada inclinan el ánimo á pensar que nó. Acaso las intransigentes estrecheces de la vida, le compelieron á concurrir con una oda al dueño de la casa, que éste oyó con mal disimulado desabrimiento. ¿Influiría en ello el ascendiente que ya tenía en la familia del privado el dominicano, que por aquellos días veía crecer como la espuma su influencia en la Corte? Es muy posible: mas no haremos incapié en ello porque no lo necesitamos para nuestra tesis. Tremenda debió ser aquella decepción para Cervantes; mas no fué en aquella noche ni la única ni la más grande. Hallábase muy estirado el jiboso Alarcón entre aquella distinguida concurrencia, y al dirigirse á él el que había sido su amigo y maestro y hasta su consuelo en sus tristes días de Sevilla, desvíase, orgullosa y desatentamente, para que no le aje, sin duda, el atildado traje con que se cubre su ridícula figura. Vengóse Cervantes de aquella necia ofensa, no volviéndose á ocupar del presumido, olvidando su nombre en el *Viaje del Parnaso:* que el silencio es la venganza de las almas grandes. Harto ya su noble corazón de desengaños, huyó desde aquel día de falaces cortesanos, acogiéndose, á solas con sus desdichas, al más escondido rincón de cualquier templo.

Pero olvidábamos contestar á la pregunta que vagamente se deduce de la carta de Vélez de Guevara. Si él escribió la Relación de las fiestas del bautizo, y el soneto que las sintetiza dice que se mandaron escribir á Don Quijote, es decir, á su autor, no siéndolo Velez de Guevara del legítimo ¿lo sería del falso? Quien conozca medianamente las obras de este eximio escritor, su vida, sus antecedentes y carácter, no puede tomar en serio la pregunta y nosotros nos hacemos cargo de ella porque se nos pide que respondamos á todas, y ya que acaso no lo logremos, porque no las conozcamos, procuraremos disipar hasta las ligeras nieblas que puedan empañar el legítimo derecho de nuestro orondo defendido.

Comentando el transcrito soneto del vate cordobés, dice el último historiador de Valladolid: «Tal vez en este último verso diese á entender Góngora que escribió la narración de las fiestas un autor de poco criterio y cortos alcances, pues basta dirigir una rápida ojeada á esta obra para condenarla, por impertinente, pesada y enfadosa» y añade que ha leído las actas de las sesiones del Ayuntamiento de Valladolid de 1605 y sin embargo de los detalles que contienen de las fiestas del suntuoso bautizo, ni una sola vez se halla en ellas el nombre de Cervantes.

¿Cómo era posible que hallándose éste con libertad provisional, habiendo acudido de Sevilla para contestar á los cargos que la justicia le ha-

cía, había de encargársele una relación de los regocijos públicos?

El medio seguro de desvanecer esta duda, como tantas otras, es leer el prólogo de Avellaneda. ¿Qué envidias, rivalidades ni ofensas podía sentir, inspirar ni hacer un anciano de sesenta años á un joven de treinta que acababa de llegar á la Corte á ejercer la abogacía, en la que había de hacer progresos por su ilustración y por la bondad y jovialidad de su carácter? Lo que inspiró el joven al viejo fué simpatía y afecto, como lo demostró en los últimos años de su vida, en el *Viaje del Parnaso,* diciendo:

> Este, que es escogido entre millares,
> De Guevara Luis Vélez es el bravo,
> Que se puede llamar quita-pesares.
> Es poeta gigante, en quien alabo
> El verso numeroso, el peregrino
> Ingenio, si un Guatón nos pinta ó un Dabo.
> . . . . . .
> Topé á Luis Vélez, lustre y alegria
> Y discreción del trato cortesano,
> Y abracele en la calle á mediodía.

y no se contentó con elogiarle en verso y abrazarle á la luz del sol, para que presenciaran todos la sinceridad de su afecto, sino que ratificó en prosa, encareciéndolos nuevamente al publicar sus comedias, aquellos justificados encomios.

Cotéjese el Quijote de Avellaneda con el *Diablo Cojuelo* y resultará el convencimiento de que á quien escribió este último y los dramas *Doña Inés de Castro, El Ollero de Ocaña* y *Mas pesa el Rey*

que la Sangre, y entre cientos de comedias *La Luna de la Sierra* y *La Niña de Gomez Arias* y fué elogiado por Montalván, y no sólo aplaudido con entusiasmo, sino imitado y plagiado, nada menos que por el gran Calderón, no podría, sin grave ofensa, imputársele la paternidad del Don Quijote apócrifo.

¿Hace falta insistir en esto?

En una edición de Madrid de 1887, que contiene además de numerosas notas de diversos comentadores, muchas propias y en su mayor parte muy juiciosas y acertadas, el flamante escoliador, movido de espontánea convicción ó por el deseo de aportar ideas nuevas, sostiene muy formal que lo de la filosofía y el fin moral y el propósito recóndito de Cervantes, están ocultos ¡nadie podía sospecharlo! en los descuidos de la aparición y desaparición injustificadas del Rucio. ¡Cuando decimos que en *Don Quijote* hay materia para todos los gustos, para todas las opiniones juiciosas y para todas las aberraciones!... Es el novísimo y original comentador un novelista muy en boga, cuando lo estaban tanto las novelas por entregas.

Como dejamos apuntado, tres fueron los estímulos que movieron á Avellaneda á escribir su obra, si hemos de creerle bajo su palabra. Fueron éstos, contribuir á la empresa de Cervantes combatiendo los libros de caballería; quitarle la ganancia de la venta de su libro y tomar venganza de las ofensas que á él en primer termino y en segundo á Lope, había hecho en su obra. De que

el primer objeto fuese verdadero, puede caber duda: de los dos segundos de ningún modo; puesto que nada le favorecen y sin embargo los confiesa. Lo de quitar á Cervantes la ganancia resulta un chiste gracioso, por lo mismo que era ingénuo; pero fundado más que en la presunción del literato, en la posición social del que escribía, siquiera fuese bajo un nombre extraño y procurando que corriera furtivamente anunciándole como *Segundo Tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida*. A pesar de lo cual no volvió á imprimirse hasta ciento veinte años después, porque no siempre es fácil dar al público gato por liebre, siendo ésta tan sabrosa como la que le había servido Cervantes. Que el agravio hecho á Lope era meramente literario, no hay para qué decirlo; citado queda y de todos es conocido el lugar donde defensor y ofendido creyeron verle y no hace falta repetir que el humo de la lisonja había desvanecido algún tanto al fecundísimo poeta y la menor sombra y la más moderada corrección le mortificaban. Por eso su oficioso abogado á este aspecto limita su defensa, y reparando que es hábito y no toga lo que viste, dice de él que ha entretenido honestísimamente tantos años el teatro de España, sin olvidarse de recordar que era familiar del Santo Oficio, y añadiendo esta frase verdaderamente feliz, que por lo mismo nos complacemos en consignar, de que escribía sus comedias «con el rigor del arte que exige

el mundo», es decir, el que pedían los espectadores.

De que la ofensa hecha al autor era personal es tan evidente, que casi creemos ocioso detenernos á demostrarlo, pues impaciente por decirlo no aguarda á escribir el prólogo, y encarándose con las capacidades de Argamasilla les dice que reciban bajo su protección el libro que «contra mil detracciones ha trabajado». No fué con la del detractor el arma con que le acometieron, sino con la del ridículo, cuyas heridas, si no tan profundas, son más duraderas y mortificantes.

Conocíase al director de la conciencia regia con el apodo de Sancho Panza, como en otro tiempo habíase llamado Fray Mortero al Obispo de Palencia y Confesor del Rey Católico, Don Fray Alonso de Burgos, personaje de mucho mayor prestigio y respetabilidad que el Confesor del Rey piadoso, y de quien nos quedan admirables monumentos de su amor á las ciencias y á las artes. No interesa á nuestro objeto averiguar el fundamento del mote, ni si respondía á alguna cualidad física ó moral, y aunque hay quien cree, fundado en el testimonio de Quevedo, que era de *buena estatura, color turbio y facciones robustas* que por su presencia no podía merecer tal calificación, bastaría que á este ligero esbozo se añadiese un abdómen pronunciado para que el sobrenombre correspondiese al sujeto. Pero esto nada importa. Bien pudo Cervantes al tomar el gráfico nombre de Sancho Panza, que tan magnífica-

mente cuadra á las cualidades del personaje, dárselas físicas enteramente distintas de las de aquel de quien le había tomado, para que la imitación no resultase un retrato y la alusión fuese menos transparente.

Ello es que antes de publicarse la primera parte de *Don Quijote* se aplicaba el apodo de Sancho Panza al Padre Fray Luis de Aliaga.

El cáustico y mordaz poeta Conde de Villamediana, que empleó preferentemente su musa en fustigar los vicios y defectos de las personas de cuenta, escribió, entre otras dedicadas á la caída de los ministros y privados del Rey Felipe III, la siguiente décima:

Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador,
El cuchillo de dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será, según he oído,
De inquisidor inquirido,
De confesor confesado.

Si como en estos versos, donde se revela más como biógrafo imparcial y sereno que como censor procaz de los defectos ajenos, se hubiese inspirado siempre su vena dentro de los límites de la templanza y del decoro, no hubiera pagado D. Juan de Tassis y Peralta sus atrevimientos con su vida. La exactitud de esta semblaza, incluso lo de haber sangrado el arca de Osuna, puede comprobarse en la Biblioteca Nacional exa-

minando el proceso que se formó al Duque de Uceda. En la misma Biblioteca, en el departamento de manuscritos señalados con los números 201 y 204 letra M, pueden cotejarse la preinserta décima y otras composiciones de la misma pluma, que por su liviandad bien merecen ser condenadas á no ver la luz.

Ante prueba tan irrecusable del apodo con que el Padre Aliaga era conocido ocioso es insistir más en ello ni hacer esfuerzo alguno para deducir que el agravio recibido de Cervantes no era otro que el haber tomado para su escudero el nombre que ya llevaba el buen Padre.

¡Cuán satisfactoriamente se explica de este modo su despecho y aquello de detractor, impaciente, colérico, envidioso, largo de lengua y corto de manos! ¡No necesitaba tanto para desatar su enojo! La obra más sencilla que brotó de la regocijada pluma de Quevedo, *Cuento de Cuentos*, ceñida á combatir ciertos modismos del lenguaje, en la cual ni aludía ni molestaba á nadie, puesto que era una advertencia dirigida á todos, alteró de tal modo la bilis de nuestro buen fraile, que enristrando en el acto la pluma, escribió airado esta palabra: *¡Venganza!* y no hallando á quien vengar, porque nadie se daba por ofendido, añadió «de la lengua española contra el autor del *Cuento de Cuentos*» y constándole de cierto á un respetable escritor, por haberlo visto probado hasta en revistas eruditas, que el vengador era el Padre Aliaga, pues al publicar su *Venganza* se había

escondido tras otro pseudónimo, por aquello de que quien malas costumbres há... se apresuró á cotejar esta obra con la de Avellaneda, y al terminar exclama: «Léase este folleto, léase el *Quijote de Avellaneda* y se hallará el mismo estilo, las mismas locuciones; en una palabra, la misma pluma.»

Pero desconfiado y receloso, dice que esta prueba no basta por ser meramente analógica. ¡Qué error tan grande! Si tiene la misma fisonomía, ¿por qué no han de ser hermanos? Y si á ninguno de los dos se le reconoce otro, ¿por qué no ha de ser el que se supone su padre? Si con tanta razón se dijo que el estilo es el hombre, ¿con cuánta más no podrá decirse que el estilo es el escritor? Para nosotros más decisiva es esta prueba en este género de litigios que la documental, que puede ser falsa, ó la testifical, que puede ser errónea ó mentirosa.

Sin embargo, el distinguido literato á quien aludimos, consignada dejó su creencia de que Avellaneda no fué otro que Aliaga.

¡Cuán sólidas no serían las razones en que la fundaba!

¡Analogía! Es tanta la que existe entre la *Venganza de la lengua*... y el libro de Avellaneda, que haríamos aquí un cotejo, tomando lo menos limpio, especialmente del *Quijote*, pues de hacerlo de la *Venganza* tendría el lector que taparse las narices, y con eso vería el más timorato que no porque en *Don Quijote* se enseñen ciertas cosas y

se retraten ciertas personas, deja de ser hijo de padre religioso.

Y aunque sea insistir demasiado en ello, diré una vez más, que por proceder de tal padre aparecen en él los dos opúsculos de propaganda devota que llevan por título el *Rico desesperado* y los *Felices amantes,* de los cuales, el primero, que enseña una teología moral escrita desde la presidencia del Santo Oficio y cuyo terrible anatema de *vocabi et renuistis*... debió recordar el autor de *Pequeñeces*... al tropezar Jacobo en un confesonario, dándole con su pluma más desconsoladora energía, más interés y mucha más oportunidad, salió en Don Quijote sin más alteración del original que las breves interrupciones de Sancho y su amo, á manera de graciosos de comedia de su época, y la segunda, ya sin tales aditamentos, la aprovechó el venerable Padre Nieremberg para un libro de devoción, espurgándolo del crudo realismo primitivo, tomándolo de éste, á su vez, el poeta más popular de España para su *Margarita la Tornera.*

Y si á pesar de lo dicho, lector desconfiado, todavía no creyeses que los dos cuentos estaban de antemano escritos, lo cual es indiferente para mi tesis, léelos con detenimiento, y á poco práctico que estés en estas cosas, verás que lo están con más fluídez, con mayor facilidad y soltura que el resto del libro, aunque á éste no le falte, y que se ve á quien escribe en su elemento, en su terreno, como se dice ahora, y si tampoco te con-

vences, lograrás que tenga envidia, por mejor catequista, á nuestro insigne autor, el cual consigue con sólo referir un milagro de la Virgen, nada menos que los canónigos, olvidando que por su cargo tienen obligación de cantarla diarias alabanzas, se alisten en una cofradía del Rosario y lleven éste ceñido al cuerpo constantemente, instituyendo así una nueva orden de canónigos regulares.

D. Adolfo de Castro fué, según se asegura por respetables escritores que han estudiado particularmente esta materia, quien por primera vez en 1846 señaló al Padre Aliaga como verdadero autor del *Quijote*, aduciendo para ello citas de autorizados documentos impresos, que había examinado con detenimiento en el curso de sus pesquisas literarias. Después de apuntada esta opinión, se afirmó más y más en ella, oído el parecer de D. José Caraleri y Pazos, ilustrado literato entusiasta de Cervantes de cuyos entremeses hizo una edición ilustrada con corolarios que justifican su buen concepto como literato, viniendo á dar á este parecer categoría de certeza el voto autorizado de D. Cayetano Alberto de la Barrera, concienzudo escritor y gran erudito, con nuevos y originales datos, sin perjuicio de que también atribuyese el Sr. de Castro la obra, como hemos visto, á Ruiz de Alarcón.

Temiendo, respetable lector, que sin dejar de ser benévolo, no te decidas á creer por sólo la garantía de nuestra palabra que el penitenciario

de Su Majestad fué el autor de Don Quijote, hemos llamado en nuestro apoyo tantas y tan respetables opiniones, y para no molestarte más vamos á invocar la última, que ambos consideramos de autoridad excepcional, por ser la de D. A. Fernández Guerra, que jamás hizo una afirmación sin tener la evidencia de lo que afirmaba y era escrupuloso y aun pudiera decirse nimio y su perseverancia tal, que pasaba años con tenacidad infatigable en esclarecer cualquier cuestión dudosa de nuestra bibliografía, á la que era tan inclinado, como lo prueba el que con datos que cualquiera habría tenido por suficientes para decidirse, todavía vacilaba en estos términos:

«Lo importante, lo delicado, lo grave del cargo, la ambición de Fray Luis, la mano que muy luego tomó en los negocios, parecen fuertes razones para desconcertar la opinión de que pueda ser suya la *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,* que borrajeó en 1613 la audaz y embozada pluma del escritor tordesillesco.»

Transcurridos algunos años en el estudio constante de materias muy relacionadas con ésta, dice el mismo crítico con el más seguro convencimiento, hablando del *Cuento de Cuentos:* «Como viniese un ejemplar á manos del desterrado confesor de Felipe III, Fray Luis de Aliaga entregó desde Huete á la estampa en la imprenta de Huesca también (de que era dueño Pedro Blusón) el papel de la *Venganza de la lengua española contra el autor del Cuento de Cuentos.* Mas hízolo con fingido

nombre; que era bien no faltase á Quevedo la gloria de verse herido á traición por la misma pluma que se atrevió á la inmortal obra de Cervantes. Y aquel aseglarado religioso que en 1614, para insultar impune y cobardemente al manco de Lepanto, quiso llamarse *licenciado* Alonso *Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas,* disfrazose desta vez con nombre de *don Juan* Alonso *Laureles, caballero de hábito y peón de costumbre, aragonés liso y castellano revuelto.*»

A decir verdad, en el disfraz de ahora no puso tanto esmero, pues por aquello de *caballero de hábito y peón de costumbres, aragonés liso y castellano revuelto* deja libre una punta del velo que le cubre por donde puede reconocérsele.

Ante esta solemne afirmación deberíamos enmudecer; mas como no estaría bien que tan poco dijéramos por cuenta propia, algo apuntaremos que aunque de escasa importancia, como cosa nuestra, sea al menos original y nuevo en materia tan trabajada; pero antes vamos á recoger algunas omisiones que seguramente hallará en este escrito el lector, como la de no resolver la duda de D. Adolfo de Castro sobre si Avellaneda sería Fray Alonso Fernández, Dominico, amén de escritor catequista del Santo Rosario; pero aparte de que siéndolo desaparecía el pseudónimo cayendo la suposición por tierra, el que la apuntó pensaba, como hemos visto, como nosotros, y no hay razón para detenerse en ello. Mas cargo pudiera hacérsenos por el descuido de decir que los

tres aprobantes de la segunda parte de *Don Quijote* eran regulares; pero el lector discreto nos ha absuelto anticipadamente por no haber distinguido al Licenciado Francisco Marquez de Torres como sacerdote secular, autor de la honrosa aprobación tan conocida, ni que prescindiéramos de hacer la historia literaria del M. Fray José de Valdivielso, miembro del escogido triunvirato de aprobantes; pues ¿quién no conoce al lozanísimo poeta, épico, místico y dramático, que desde la epopeya de la Vida y muerte de San José, hasta en Villancicos y Autos Sacramentales, en todo acreditó la facilidad de su numen? Más difícil disculpa tiene que sólo á D. Jacinto María Delgado hayamos citado entre los españoles como continuador de *Don Quijote* por sus *Adiciones* al mismo, dejando en el tintero las «Empresas literarias del ingenioso *Don Quijote de la Manchuela*», de Cristóbal Anzarena, impresa en 1767; el *Don Quijote de la Cantabria,* por D. Alonso Beru Rivero y Larrea, en 1792; *Historia de Sancho Panza*, en 1793: *El Quijote del siglo XVIII*, por D. Francisco Siñeriz; mas ¿cómo es posible en estas materias no dejar algún cabo suelto por exquisitas precauciones que se tomen?

Habrás notado pacientísimo lector, y quiero que me lo agradezcas, que siguiendo el consejo del maestro, he rehuído toda cita, privándome así de la satisfacción de parecer erudito, desaprovechando la ocasión más propicia que puede presentarse, pues con tomar los nombres de todos

los escritores que de nuestro autor acá han existido, podría á granel citarlos indistintamente como comentadores de Cervantes, bajo unos ú otros aspectos, sin peligro de nombrar á alguno que de él no hubiera dicho nada, y para que la tarea me resultase más metódica y fácil, colocarlos por orden alfabético, y desde Arrieta, Bowle, Carlet y Durfey hasta Ward Wilfort y Zárate, llenar columnas de fáciles nombres españoles mezclados con extranjeros formados con una vocal y una docena de consonantes, tan rebeldes de escribir á la pluma como de pronunciar á la boca. Ya ves si soy modesto.

Perpetuo remordimiento hubiera tenido si terminara este escrito sin consagrar un entusiasta y amoroso recuerdo al ángel con hábito de mercenario que mandó Dios para consuelo de muchos afligidos y al que debemos, tanto como el esclavo por el redimido, el libro que es también un consuelo para muchos libres esclavos de sus penas: el P. Juan Gil, aquél cuyo generoso corazón se consumía en el fuego de la caridad más viva; de aquí podrás inferir, lector amado, que aunque los frailes dieron á Cervantes no pequeños disgustos, no por eso me inspiran odiosidad alguna, pues el beneficio que Fray Juan le hizo borra todo agravio, y yo sólo recuerdo que si dominicanos eran sus contrarios, también lo fué Fray Bartolomé de las Casas, una de las grandes figuras de la humanidad que con más fe y mayor abnegación consagraron entera su vida

en favor de los desgraciados y de los oprimidos.

Apenas vió entre sus manos Cervantes la obra de Avellaneda, fué anhelante y presuroso á ver si había cambiado el nombre del escudero, lo que no era de esperar, precisamente porque este nombre había puesto en sus manos la pluma: «torne á tomar el libro, señor, dijo Sancho, y mire si ando yo por ahí y si me ha mudado el nombre,» y para disculpar, ó mejor dicho, encubrir la intención de esta pregunta, hace antes cargos á su rival por haber mudado el de Teresa. Y distraído ú obcecado, dice Ríos: «No merece perdón por haber culpado á Avellaneda por haber llamado Mari-Gutierrez á la mujer de Sancho. Este fué el nombre que le dió en su primera parte el mismo Cervantes; y así, en él estuvo la falta cuando en la segunda se le mudó en el de Teresa Panza, no en Avellaneda que le conservó el primitivo.»

¿Podía ignorar Cervantes, á pesar de sus distracciones, las que había cometido con el nombre de la mujer de Sancho? Y aunque no las recordase ¿dejaría de haber mirado la primera parte, para afirmarse en lo que decía, sino hubiera sido su propósito llamar la atención á todo trance sobre el nombre del escudero?

El mayor empeño puso Avellaneda en ocultar su nombre y, sin embargo, su indignación se desborda y deja escapar por los puntos de su pluma la causa única de su enojo y de su ira, diciendo que él no quiere seguir el ejemplo de su detractor *de hacer ostentación de sinónimos voluntarios,*

aunque bien sabría hacerlo. ¿Se quiere confesión más franca de la causa de su enojo? Sinónimos voluntarios, esto es, nombres voluntarios, naturales, no oficiales y legítimos, puestos por el sacerdote en el bautismo, sino de aquellos que voluntaria y espontáneamente pone el pueblo á quien le acomoda. ¿Queda todavía alguna duda de que su apodo, sirviendo de nombre al escudero, fué lo que, no sin algún fundamento, llenó de indignación al P. Aliaga? Pues Cervantes responderá por nosotros ingeniosamente al entrar su héroe en Barcelona, diciéndonos con su habilidad ingénita el nombre de su contrario en estas textuales palabras: «el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos dellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto, de manera que dando mil corcovos dieron con sus dueños en tierra.» ¿Pero es posible que todavía te quede alguna duda, rebelde y contumaz lector? Pues escucha un momento, que nuevamente el mismo Cervantes, con su paciencia acostumbrada, va á repetirte su nombre, no el de pila que acaba de citarte, sino el otro, el voluntario. Abre el *Viaje del Parnaso* y lee:

«Se llegó á mí y me dijo:—De un cabello,
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada, á no venir á socorrello.
Traemos, y no es burla, á la bonanza,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los sermones de un cierto SANCHO PANZA.»

Para gloria de Cervantes y regocijo de la humanidad fué una dicha que el espurio Don Quijote fuera ignorado del padre del legítimo hasta el capítulo LIX, y mucha mayor fortuna hubiera sido que hasta terminada la obra no hubiera tenido noticia de él, pues desde el momento que apareció á sus ojos fué su constante preocupación y su eterna pesadilla. Obsesionado Cervantes por la temible figura del Consejero de Estado y director de la conciencia regia, apenas acierta á otra cosa que á ocuparse de ella. Aquella encantadora criatura dechado de agudeza, donaire y gracejo, llamada Altisidora, que arrastra tras sí las voluntades en la primera estancia de *Don Quijote* en la mansión señorial, no sabe hacer en la segunda más que de estatua yacente en la insulsa parodia de unas exequias, y si la cantan algunos versos incompletos es porque ya estaban esbozados antes del capítulo LIX, y si habla, no acierta á decir más que en el infierno ha visto jugar con un libro á la pelota ó dirigir procaces insultos á Don Quijote, ¡Qué despedida tan rápida y tan desairada la última de los Duques! ¡Qué contraste entre la aventura de los rebaños y la cerdosa aventura! ¡Quién diría que estaban imaginadas por el mismo ingenio!

¡Admira por primera vez Don Quijote el espectáculo grandioso de los mares, y sólo se le ocurre decir que contienen más agua que las lagunas de Ruidera! ¡Él, que prorrumpía en himnos inimitables ante cualquier manifestación de la Naturaleza!

¡Cuál sería el estado de ánimo del bizarro soldado de Lepanto, cuando al entrar sus personajes por última vez en su aldea se muestra él, más que ellos, supersticioso! ¡Ah! Todo esto tenía explicación plausible. No sólo era el que se consideraba ofendido personaje de excepcional valimiento en la corte, sino que Cervantes reconocía que no le faltaba motivo para ello; por eso, no satisfecho con motejarse á sí mismo de imprudente, en el momento más conmovedor de la vida de Alonso Quijano el Bueno, y en el documento más solemne en que éste lo podía hacer constar, encarga ahincadamente á sus albaceas «que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que compuso la historia de la *Segunda parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha,* de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que yo sin pensarlo le dí de haberla escrito... porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirla.»

Ante la solemne afirmación de Cervantes, debemos poner fin á nuestras notas guardando respetuoso silencio; mas no sin revelar que antes de conocerlas era nuestra opinión muy arraigada, y juzga, lector paciente, cuál no habrá sido nuestra

alegría al verla de tal modo confirmada, y no lo es menos verte, al fin, convencido de que el padre del sacrílego Don Quijote fué el Consejero de Estado, Inquisidor General y Confesor de S. M. el Rey Don Felipe III, de piadosa memoria, Don Fray Luis de Aliaga, de la Orden de Predicadores.

NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL

Dominicano Fray Luis de Aliaga,

AUTOR DEL FALSO QUIJOTE

Escollo pocas veces esquivado con fortuna por los biógrafos es la parcialidad involuntaria hacia los personajes cuyos hechos relatan, y si su labor consiste en una monografía, entonces la dificultad sube de punto. Acalorada su imaginación con las virtudes ó los talentos de su héroe, inflamado su pecho y entusiasmado su corazón con el recuerdo vivo de sus remembrables acciones, deja correr su pluma enardecida, pintando con colores más subidos que los que requiere la severidad histórica las situaciones de la vida del biografiado é identificándose con él hasta tal punto que, creyéndose ingénuamente historiador, se convierte inconscientemente en panegirista.

De este defecto tildaron algunos críticos al historiador más elegante y más profundo que ha tenido España, y eso que historiaba los hechos de un hombre que con un puñado de ellos luchó

contra los elementos, venció civilizaciones y pueblos y rindió á las plantas de su Rey más naciones que ciudades le habían dejado sus mayores.

En peligro contrario se encuentra quien trata de historiar á un individuo odioso; mucho más si por una acción indigna ha legado su nombre á la posteridad. ¿Cómo vamos á tener nosotros la arrogancia de saber rehuir uno y otro defecto? Limitémonos á afirmar que lo procuraremos.

Comenzando por dar una prueba de ello, confesamos nuestro disentimiento de los ilustres contemporáneos de Aliaga, que apenas le reconocieron menos que mediano talento. Ellos fueron hombres que nos han dejado elocuentes manifestaciones de que le tuvieron muy grande; pero vivieron y lucharon con el personaje, y nosotros les llevamos para juzgarle la incalculable ventaja de los tres siglos que nos separan.

El gran Quevedo, que con una breve frase nos ha dejado el cumplido retrato de algunos personajes de su tiempo, dijo de éste que «fué lo que le mandaron». Sería mientras le conviniese, mientras entrase en sus cálculos el hacerse humilde ó rastrero, para concluir por sobreponerse haciendo escabel de sus ambiciones á quien había servido solícito.

El Marqués de Malvezzi, que le conocía demasiado, aunque no llegó á tratarle tan íntimamente ni apuró en el crisol del interés los quilates del desprendimiento y virtud del religioso dominico, como el gran escritor y gran político, no ha-

lla en él más que ambición y audacia desmedidas, sin más talento que el preciso para reconocer que aún en aquellos tiempos semiteocráticos no convenía á quien estaba ligado con los votos solemnes de obediencia y pobreza alzarse directamente con el gobierno de la nación más vasta del mundo, cuando la responsabilidad estaba todavía muy lejos de ser irrisoria.

Mas esto mismo prueba que su previsión sabía contenerse en ordenados límites y sobreponerse á sus ambiciones, que era tanto como reconocerle el predominio de sí mismo, que es la mayor virtud y el verdadero talento de un hombre de Estado. Y era tanto más estimable esta dote, cuanto que en no remotas fechas le habían precedido otros religiosos en la dirección de los negocios públicos, con no poca gloria de ellos y beneficio de la patria, sin que la emulación le impulsara á imitar tan envidiable ejemplo.

Y no se detuvo aquí su sagacidad, sino que según el testimonio del mismo, aunque profundo, parcial historiador Malvezzi, procuró y logró poner al frente de la dirección única de la administración del Estado á un personaje hueco cuyo interior ocupaba enteramente la personalidad del fraile, dirigiéndole y manejándole á su antojo, reservando para sí la administración, la fuerza y la dirección de tan vasta monarquía, y dejando la apariencia, la responsabilidad y la vanidad del gobierno al aristócrata hijo del anterior ministro. Si desgraciadamente el maquiavelismo era casi

siempre una cualidad necesaria para sostenerse en el poder, aún era más precisa para escalarle y sobre todo para colocar en él á un tercero que recibiera los golpes de la censura, dejándole la responsabilidad y reservándose el beneficio, teniendo para lograrlo que producir la escisión y el cisma en una familia que, hallándose en el goce absoluto del mando, disponía de elevados puestos para los gustos é inclinaciones de cuantos individuos la componían, siendo difícil sembrar la discordia, no disponiendo para ello del poderoso móvil de la ambición, puesto que todos podían fácilmente satisfacerla, y si careciendo de este auxiliar logró el buen fraile la realización de sus propósitos, prueba es de que poseía sobradamente sagacidad é ingenio. Apoderarse de la voluntad del monarca, es empeño de ordinario difícil para el que ha nacido y se ha criado en la antesala del trono; mas para el que naciendo en desconocida aldea de familia, aún más desconocida y humilde, la abandona en la infancia por evitar á sus padres la carga de su mantenimiento, llegar hasta las gradas del solio, es sueño irrealizable si no nace con excepcionales condiciones.

El niño Luis salió de un pueblecillo de la provincia de Teruel llevando en su compañía á su hermano, y muchos ensueños é ilusiones en su mente, para cuya realización, como no tenía otras recomendaciones que la firmeza de sus propósitos, empezó por servir en una tienda, donde, sin dejar de cumplir los encargos de sus amos, no

soltaba el Nebrija de sus manos, y tan adelante fué en sus estudios y tanto aprovechó en ellos, que bien pronto vió satisfecho su anhelo de verse novicio en el monasterio de dominicos de Zaragoza donde residía. Allí, sirviendo de ejemplo á su hermano, que también había tomado el hábito, hizo tales progresos en los estudios de la filosofía y las sagradas letras, y se envaneció tanto con los elogios de la comunidad, que apenas se vió graduado en teología, el deseo de notoriedad le llevó á hacer proposiciones tan atrevidas en esta ciencia, que si sus inmediatos superiores las aceptaron como buenas, alarmaron de tal modo á los doctos que no estaban ligados con él por los votos de una misma orden, y al Arzobispo que dirigía la diócesis, que éste adoptó, como mejor providencia, arrojarle de sus dominios después de amonestarle severamente.

Otro que no fuese del temple de Aliaga se hubiese anonadado; pero las grandes pruebas son para los grandes hombres, y el nuestro, á imitación del héroe romano, exclamó, agarrándose al caer al capisayo del Maestro Xavierre: ¡Oh, fortuna, ya no te suelto! Y sirviendo de confidente, de amanuense y de cuanto fuera preciso, le acompañó en concepto y título de provincial de la Casa Santa, á que su protector le había elevado, á la inspección íntima de algunas comunidades de religiosas de su orden, de que debían estar bastante necesitadas, y allí se inspiró, según opinión de muchos, para escribir su cuento de los *Felices Amantes*.

Navegando viento en popa fué á la Corte, siempre unido á su protector, cuyos gustos había estudiado, cuyas inclinaciones halagaba y cuyas debilidades aprendió bien pronto á explotar.

Era el Reverendo Maestro confesor del valido, y cifrando éste su principal empeño, para sostenerse en su valimiento, en rodear al Rey de personas de su confianza, cedió á S. M. al que hasta allí había sido director de su alma para que en adelante dirigiese la conciencia regia. El puesto que quedó vacante ocupolo el coadjutor del ascendido, y puesto de hinojos el Duque de Lerma ante el confesonario del orondo Aliaga, confesaba á éste el magnate, mientras le relataba sus pecados, para ver hasta qué punto podía servirse de él y confiarse si algún día para sostenerse le necitaba, atendiendo así á su eterna preocupación. ¿Entendería el fraile el juego? Probablemente, si lo hemos de deducir por el resultado, que no se dejó esperar.

Elevado á la púrpura cardenalicia el General de la Orden dominicana, Fray Jerónimo Xavierre, y muerto cuando apenas había cubierto sus sienes con el capelo, quedó vacante el codiciado cargo de Confesor del Rey. Cuantas ambiciones lucharon fieramente disputándoselo, se estrellaron contra la decisión de quien había de proveer el cargo, que ya tenía, á su parecer, bien confesado al confesor que había de desempeñarlo, hallándole adornado de cuantas cualidades creía para el objeto precisas. El confesor del ministro

pasó á serlo del soberano. ¿Qué menos podía hacer Don Francisco de Sandoval y Rojas para corresponder al apasionado afecto de su amo, que darle para médico de su alma el que había curado la suya?

El 30 de Octubre de 1608 fué elegido Fray Luis Confesor del Monarca, creyendo el Duque afianzar con él, sobre lo mucho que lo estaba, su valimento, descansando satisfecho de su obra pensando haber cerrado todas las puertas á imaginarios rivales, cuando lo que acababa de hacer era decretar el comienzo de su ruina y preparar el ariete que había de derribar su fortaleza. «¡Extraña cosa, exclama Quevedo, que en todas sus hechuras fabricó munición contra sí! Dió púlpitos que predicaron contra sus acciones; mitras poco reconocidas; fundó casas á descalzos, que escribieron contra la suya; su confesor, pasando á serlo del Rey, dejó de ser su absolución y fué su penitencia.»

Hase dicho por graves historiadores que Felipe III no descargó absolutamente todo su poder en el Duque de Lerma, pues se reservó el resolver personalmente todo lo que á la iglesia concerniera; pero olvidaron expresar que la política única y constante del Rey piadoso para con la Corte Pontificia fué la de suscribir siempre sin deliberación lo que ésta le proponía. De tal modo es esto evidente, que las condiciones de mando y las dotes de político y diplomático del Rey Felipe III están resumidas en el siguiente terceto,

uno de los veintidós que con otros muchos versos latinos y castellanos ilustraron las musas hispalenses el monumental túmulo á la muerte de Felipe III, no menos soberbio que el levantado para los funerales de su padre:

El dominio de su cetro
Fundó en la obediencia rara
De las Llaves y Tiara.

¡Calcúlese la representación que en el gobierno de la nación señora de dos mundos correspondería al confesor de un penitente tan devotamente dispuesto! Su poder y su influencia crecieron como la espuma.

¡Quién reconocería ahora en el padre espiritual al antiguo hortera de Zaragoza! El alto puesto de Consejero de Estado le recibió bien pronto como añadidura. Solo una molestia sentía, tanto más mortificante cuanto más era su posición elevada. El apodo que había sacado de Zaragoza le seguía con molesta tenacidad á todas partes, poniendo en el lindero de lo ridículo la seriedad de sus más importantes acciones. Para colmo de contrariedades, un escritor oscuro y miserable había publicado un libro, cuya popularidad iba cada día en asombroso aumento, en que un personaje vulgar y semigrotesco era el homónimo de su mote. En cada expresión, en cada gesto de cuantos le rodeaban, creía ver una mal disimulada sonrisa provocada por el recuerdo del escudero de Don Quijote, y ciego, loco y lleno de ira, escribió mil diatribas llamando al autor del libro, desprecia-

ble, envidioso, ruín y presidiario. Y sin reparar en lo desigual de los medios, porque la cólera no repara, acometió la empresa de escribir otro libro que anulara al primero, ó por lo menos, y principalmente, para evitar que el primitivo autor no siguiera publicando nuevos tomos de su obra, y para cohonestar con algo su atrevimiento y su enojo, dijo que lo hacía para defenderse de las ofensas á él inferidas y también á Lope, con quien no le unían otros lazos, digan lo que quieran algunos escritores, que el interés que tenía el uno de ser bien quisto del escritor más aplaudido y más mimado del público, y el otro el tener á su devoción al cortesano que absolvía los pecados del Monarca.

No reparaba el buen padre que la dicha jamás se goza íntegramente, y que si la suya no hubiera ido mezclada con esta leve contrariedad, hubiera sido excepción en regla que no las admite.

La ciudad de Zaragoza, que pocos años antes había visto, indiferente ó satisfecha, arrojar de su recinto al flamante teólogo, se desató ahora en manifestaciones de júbilo, con tanta diligencia, que la aristocrática y numerosa diputación que, en nombre de la ciudad, vino á felicitar por la elección á su hijo adoptivo, pudo, en 7 de Noviembre, saborear la lectura de la epístola de gracias del elegido, que el curioso lector puede ver en la Biblioteca Nacional, Dd. 170, si es que, como tantos otros documentos contemporáneos, no se ha evaporado.

Tan grande mano llegó á tomar en los negocios y tanto confiaban en la eficacia de la suya los negociantes, que le asediaban á todas horas y en todas formas, y tal prestigio llegó á tener, que la musa altanera y mordaz del descontentadizo Góngora, que no pudo aplacar Lope de Vega, á pesar de sus halagadores versos, ni muchos magnates con más eficaces expresiones, no se desdeñó en descender á adular al Reverendo Padre en el siguiente

SONETO

A Fray Hortensio Felix Paravicino, de la Orden de la Santísima Trinidad, Predicador de Su Majestad, diciéndole el sufrimiento y tolerancia con que el Confesor del Rey despachaba los muchos negocios que tenía.

Al que de la conciencia es del Tercero
Felipe digno oráculo prudente,
De una y otra saeta impertinente,
Si mártir no le ví, le ví terrero.
Tanto pues le ceñía ballestero
Cuanta le estaba coronando gente,
Dejándole el concurso el expediente
Hecho pedazos, pero siempre entero.
Hortensio mío, si esta llamo audiencia,
¿Cuál llamaré robusta montería
Donde cien flechas cosen un venado?
Ponderé en nuestro dueño una paciencia,
Que en la atención modesta fué alegría
Y en la resolución sucinto agrado.

Esto decía, con tan buena intención como malos versos, el inventor del culteranismo, á quien más por miedo á sus sátiras que por convicción, lla-

maban Homero español sus contemporáneos. Con razón podía el padre confesor mostrarse satisfecho de este triunfo. ¿Y al ídolo ante el cual tal incienso se quemaba se recordaba en libros su mal olvidado apodo? Era cosa de ahorcar al que tal desafuero cometía.

En cambio, Ruiz de Alarcón, sin duda porque vió correr tan largos años sin lograr la suspirada credencial, le aludió embozada y agresivamente en su comedia *La Crueldad por el honor*.

Necesariamente esta preponderancia despertó los celos de aquel desapoderado valido del valido que tan mal uso hacía del poder. Sin embargo, los dos colaboraron alguna vez para el buen éxito de determinados asuntos; pero sin ligarlos otro lazo que el interés personal y el *beneficio* que cada uno pudiera obtener por sus *buenas* gestiones.

Cuando el Duque de Osuna, mirado con gran suspicacia, ó con abierta hostilidad, por el de Lerma, pretendía la interinidad del virreinato de Nápoles, remesó á Quevedo, su hábil y entusiasta negociador en la Corte, la suma de treinta mil ducados, el poeta acusaba el recibo de cantidad, entonces tan considerable, diciendo, entre otras agudezas, en carta de 16 de Diciembre de 1615:

«Recibí la letra de los treinta mil ducados: Juro á Dios que con sólo amagar con los treinta mil no me ha de quedar hombre en pie y que he de andar como diestro: que he de señalar las heridas, y no las he de dar, porque no me han hecho

por qué. Gran cosa es, aunque no se dé, saber que lo hay.

»Señor, según veo, adelante ha de haber tiempo de untar estos carros para que no rechinen, porque por ahora están más untados que unas brujas.

»Juro á Dios que parece que hay jubileo en mi casa, según la gente entra y sale. Es cosa maravillosa: para los porterillos ha sido un *Attollite portas*, para los oídos un encanto, para los ojos un hechizo...»

Y termina esta instructiva y sabrosísima carta, que pregona á voces su procedencia, con este sustancioso párrafo:

«Pienso que se holgara con algún regalo para su camarín el de Siete Iglesias y ha de ser bueno que al Confesor se le envie alguna niñería para la celda, pues de Vuecelencia lo tomará.»

Por su mismo testimonio se ve cuán equivocado estaba el agente, á pesar de su gran perspicacia; pues á aquellos dos ministros, del Rey el uno, y del Señor el otro, les hacían poco efecto los amagos, era indispensable darles... aunque fueran niñerías como la del fraile, que después, en cuentas ajustadas, se vió que por ella había tenido que dar, aquél que hacía alarde de «dar en no dar nada», la friolera de treinta mil y pico de reales, pellizco algo doloroso para sus treinta mil ducados, de que tanto se ufanaba.

El efecto de aquella fineza fué tan asombroso, que logró el ínterin para el Duque de Osuna, venciendo de frente la oposición del de Lerma.

Por supuesto, que aquellos favores los hacía el confesor con el más puro desinterés, según decía, y en recuerdo de otros que hacía tiempo había recibido del favorecido Virey.

El ministro universal veía con despecho cómo aprovechaba el tiempo su aprovechada hechura, que no le perdió para sentar á su hermano en la sede metropolitana de Valencia. Quiso deshacer su obra, pero era tarde. Entablóse entre los dos lucha de intrigas, tanto más fiera y terrible cuanto más sorda y embozada. El de Lerma tenía de su parte el dominio de aquel Monarca débil é indolente acostumbrado á obedecerle desde la infancia, cuya voluntad había en vano intentado despertar su severo padre, porque no la tenía. El dominicano luchaba briosamente desde el baluarte inespugnable de las cuatro tablas de su confesionario, y como tenía ambición y prudencia, según declara Malvezzi, y era además valentísimo, según escribía Quevedo á su jefe, calcúlese, si es posible, que proporciones tomaría el combate entre tales adalides.

Sabía el fraile que en lucha tan peligrosa era muy posible caer juntamente con el que pretendía derribar, y que de seguro caería él, sino le hacía caer, y atrajo á su partido, con astucia y con ofertas, entre otros, á Fray Juan de Santa María y al Prior del Escorial. Todos ellos lograron despertar en el corazón del Rey la desconfianza y el temor de la conciencia, esgrimiendo las armas propias de su estado. Abríales ancho

campo para vituperar al Gobierno, simulando noble celo por el honor del país, la conducta criminal y escandalosa de D. Rodrigo Calderón.

Tales proporciones llegó á adquirir aquel contínuo combate y tales temores llegó á abrigar el fraile por la debilidad de su penitente, que se lanzó al arriesgado recurso de persuadirle que se intentaba quitarle la vida con veneno y trastornar con hechicerías su entendimiento, de que le había salvado la Providencia, para bien de su Rey y de su patria.

Tan diabólico recurso dió el resultado apetecido.

Por iniciativa regia instruyóse judicial proceso por lo del veneno, y los despiertos centinelas de nuestra fe, como llamó Cervantes á los del Santo Oficio, encarcelaron y atormentaron mujeres por lo de los hechizos. No se halló cuerpo; pero quedó la sombra y al amparo de ella, á pesar de ser tan novelesca que sobrepuja á lo que de nuestro personaje haya podido inventar la imaginación florida de hábiles novelistas contemporáneos, que le han sacado en entregas, y tan arriesgada que asustaría al más audaz aventurero político, logró Fray Luis hacerse dueño de la situación anulando con su preponderancia al poderoso ministro. Creyó el Rey que había corrido inminente peligro la vida de su confesor comprometiéndola en bien de la nación y del cetro, y haciendo el violento esfuerzo que era preciso á su apocado é indeciso ánimo, apartó sus oídos del de Lerma para ponerlos en los consejos del fraile. Asióse éste con presteza al cabello

que le quedaba á la ocasión, y sin dejarla moverse recogió para sí el ambicionado cargo de Inquisidor General, que acababa de dejar vacante la muerte del virtuoso Arzobispo de Toledo, Don Bernardino de Sandoval, cuya moderación y templanza en el ejercicio de tan temible puesto, había suavizado sobre manera los rigorosos procedimientos de aquel tribunal inexorable. De la rapidez, el sigilo y aún pudiera decirse violencia, con que el Rdo. Aliaga arrancó de la Corte pontificia el breve de su elección, puede formarse cabal idea por la siguiente carta del Cardenal de Borja al Duque de Osuna, fechada en Roma á 7 de Enero de 1619.

«El Viernes pasado, que fueron 4 de este mes, llegó aquí un correo de Su Majestad, en que me mandaba alcanzar de Su Beatitud breve para que fuese Inquisidor General el Padre Confesor, por haber vacado aquella plaza con el fallecimiento del Cardenal de Toledo. Su Santidad tuvo por muy acertada provisión la del Padre Confesor, y aunque había dificultades en el breve despacho, porque yo estaba deseoso de la confirmación, me hizo tanto favor Su Beatitud que, sin aguardar á que se hiciese congregación de este Santo Oficio (á quien era de costumbre dalle parte de tales provisiones), me mandó dar el breve en tan poco tiempo, que al día siguiente de la llegada del correo le volví á despachar con él. Trajo orden de pena de la vida, de no venir con otro pliego más del que le entregó de Su Majestad Don Bernabé

de Bivanco; y por ésto no he recibido yo cartas de ningún pariente ni ministro, ni tengo otra cosa de que dar cuenta á Vuecelencia de lo que pasa en Madrid, y deseo dalle muy buena de cuanto fuese de gusto y servicio de Vuecelencia, como señor y primo tan principal.»

Apenas se hizo del dominio público el nombramiento, no se limitó Zaragoza á mandar comisiones que dieran la enhorabuena al elegido, sino que dispuso festejos, organizó justas y convocó un certamen del cual tomamos, para honra del coplero premiado, los siguientes fragmentos de su composición:

Zaragoza es el jardín
Desta Aliaga poderosa,
Tan fuerte y tan provechosa.
Con justicia Zaragoza
Hace á tan supremo hijo
Universal regocijo.
. . . . . ,
La parroquia de San Gil
Gozaba el siglo de oro
Pues nos dió tan gran tesoro.
. . . . . .
Como esta Aliaga nació
Tan vecina de San Pedro
La hizo en su ribera cedro.

Mas no satisfecha con ésto su vanidad, quiso hacer ostentoso alarde de su poder en el ánimo del Rey y resolvió el viaje de la Corte á Lisboa, contra el dictamen del Consejo de Castilla, y allá marchó toda la familia real, el 22 de Abril de 1619 y como cabeza de la expedición el confesor, para celebrar Cortes y jurar en ellas como sucesor de

la corona de Portugal, al Príncipe heredero de la de España.

Tal vez si al fraile se le hubiera ocurrido asentar en Lisboa definitivamente la Corte de la Península, la hasta ahora utópica pretensión de la Unión Ibérica, fuera hoy un hecho. Pero en aquellos tiempos como en otros, no cabían ideas tan luminosas en los cerebros gubernamentales, y el buen Padre se contentó con preparar al Monarca todo género de distracciones á fin de que se hiciera más agradable su breve estancia en aquel bello país, y bien pudo decir que lo consiguió. Conociendo que en las aficiones piadosas á que era tan inclinado el Rey, entraba por mucho la solemnidad y magnificencia del culto, procuró que en las manifestaciones profanas y de puro obsequio y rendimiento á la Majestad real, figurase en primer término la ostentación aparatosa. ¡Qué habilidad y maña desplegó en todo esto! Aquel país, aquella ciudad que consideraban como humillante yugo el dominio de la Monarquía castellana y que ya meditaban cómo sacudirle, erigió nada menos que diez y siete lujosos arcos de triunfo en las calles por donde se dignó pasar Su Majestad en medio de las más entusiastas aclamaciones. Cotejando aquellos tiempos con éstos parece como que se siente involuntario deseo de exclamar: ¿Si serían las gentes de entonces como las de ahora, que en vez de presentar respetuosamente á los reyes las necesidades de los pueblos que visitan, los deslumbran y engañan con falsa

ostentación de riqueza y bienestar, haciéndolos creer que nadan en un mar de abundancia y de riqueza, no quedando otro rastro de sus marchas triunfales, que la cuenta de las deudas adquiridas para el pago de los festejos?

No paró en esto la inventiva de nuestro Fray Luis. Con laudable previsión, antes de salir de Madrid, había formado con las primeras partes de las dos compañías dramáticas que en la Villa actuaban, una muy selecta, puesto que se componía de notabilidades, y con ella asombró á los portugueses al mismo tiempo que á la regia prole. Pero en ésto llevó nuestro Padre una lección y un desencanto. Diéronsela los místicos Padres jesuítas. Ofrecieron éstos una función teatral al Soberano en su Colegio de San Antón, y el lujo que desplegaron en el decorado, y la propiedad y riqueza de la indumentaria, deslumbraron y sedujeron al Rey y á la corte toda.

Aquello, más que espectáculo escénico pareció un cuento representado de las *Mil y una noches*. Imposible dar una reseña de la obra que pudiera dar idea de la realidad. Lo que hace al caso consignar es que el *argumento* tendía á hacer conocer al Soberano, los vastos dominios que presumían pertenecerle en Asia y de los cuales, piadosamente pensado, ni él ni sus ministros tenían completa idea, y por eso fueron apareciendo por el escenario las quince provincias en que por entonces consideraban nominalmente divididas *nuestras* posesiones de Oriente, vestidas con sus

peculiares trajes en la siguiente forma, según relata un afortunado espectador, cuyo testimonio no puede ponerse en duda, pues á la circunstancia de ser religioso reunía la de pertenecer á distinta orden.

Cuando la situación lo reclamaba salió la alegoría de Malabar trayendo por divisa una Palma y el fruto de la pimienta en un precioso coco de Maldivia.

Arabia apareció llevando por enseña el Ave-Fénix y en la mano una naveta de oro primorosamente labrada y llena de Incienso.

Persia apareció cabalgando sobre una bien amaestrada Hacanea y en la mano madreperlas cuajadas de grandes y hermosas perlas.

Mostrando el fruto del Añil en un artístico vaso de cristal de roca y orlada la cabeza con tres hierbas particulares suyas, Anfión, Algodón y Añil, salió al escenario Cambaya.

Decán llevaba en la mano el juego del Ajedrez, de que sus naturales se precian de inventores, labradas en marfil sus esmaltadas figuras y por aditamento otro gran vaso de cristal lleno de gruesos diamantes.

Bengala llevaba por divisa cañas de azúcar y el producto de éstas en un vaso de Habana, siguiéndola un hermoso tigre enjaulado.

Pegú se presentó ostentando sobre su cabeza, á manera de original tocado, un amaestrado perrito que parecía dormido como en blando cojín, sobre la cabellera de su dueña, que simbolizaba la creen-

cia de los naturales que se enorgullecen de su prosopia perruna, y llevando en la diestra mano una repujada Salba de oro, llena de gruesas esmeraldas.

Malaca traía en la suya y por remate de su tocado Duriones.

Traía Samatra un bris, arma propia de sus naturales, y su presente era Mirra en una brillante taza de oro.

Sacó Sián por divisa el Palo del Aguila y en la cabeza una aguila verdadera con el mismo Palo en el pico.

La China llevaba afiligranado y primoroso Abanillo y en la otra mano una Caxa de Charán llena de almizcle.

El Japón salió llevando en las suyas otra semejante Caxa con barras de plata fina y en la cabeza un animal medio pez y medio zorra, que se halla en sola esta provincia.

Apareció Maluco en escena ostentando el Pájaro del Paraíso y en un artístico cofrecito de concha de Carey el fruto del Clavero.

Presentóse en ella la Ethiopía con un vaso de Unicornio lleno de oro molido y en la dalmática, bordado en gran relieve de oro, un león sosteniendo en una mano un globo surmontado de una cruz, todo del mismo metal, que son las armas de aquel imperio.

Exhibióse Ceilán, por último, cabalgando sobre un dócil elefante y cruzó pausadamente la escena, ante los asombrados ojos de toda la real familia y de su séquito.

A todos admiró tanta grandeza y magnificencia tanta, porque sobre la novedad y propiedad de las figuras, estaba el esmero en los detalles y la riqueza en el vestuario que realzaba la natural hermosura y los encantos de las jóvenes actrices, cuyas formas, más ó menos veladas, debieron alguna vez sobresaltar el honesto recogimiento del Monarca, por exigencias del director de escena.

Pero aquello pasó, como pasan las cosas de la vida, sobre todo si son regocijadas, que bueno es aquí un poco de filosofía después de tan plásticas figuras, y volvióse la real grey á Madrid al entrar el invierno.

Acometióle al Rey, ya al término del viaje, gravísima enfermedad en Casa-Rubios. Desahuciado de médicos, acudió al auxilio de un pobre labrador que acababa de ser beatificado. Curóle éste rápida y milagrosamente. Terminó su viaje acompañado de los huesos del Santo, con la ostentación y pompa religiosa que Pinelo y Lope de Vega refieren; pero debió quedar, sin duda, muy quebrantada la salud del Rey, que sólo sobrevivió al pasado peligro poco más de un año, y entre los testigos firmantes de su última voluntad, por la cual legó á su Confesor cuatro mil ducados de renta de por vida, otorgada en 30 de Marzo de 1621, penúltimo de la suya, figura su Confesor, citándole el escribano en esta forma: «El Maestro Fray Luis de Aliaga, Confesor de Su Majestad, Inquisidor General de estos Reinos y Corona». Eso dice el notario; pero la firma sólo: Fray Luis de Aliaga

y es la sexta entra las quince de los testigos.

El testador nombraba entre sus testamentarios «al que fuera su confesor al tiempo que falleciese.»

A pesar de su ascendiente natural sobre el Monarca, no prestó á éste los auxilios de su especial y supremo ministerio en el momento solemne y único en que con mayor eficacia los necesitaba. Por iniciativa del regio enfermo, cuando los médicos se vieron en el caso de sustituir á la promesa halagadora del alivio con la cruda conminación del desahucio, llamóse á la cura del alma al religioso jesuíta Padre Florencia, con cuya elección acreditó el agonizante, dueño de la mitad del mundo, que había nacido con más acierto para conocer á los místicos que á los políticos y con más tacto para elegir misioneros que gobernadores absolutos del Estado.

Recibió, sin embargo, Aliaga, la última confesión del moribundo, privilegio que sin un decreto nadie podía arrancarle; mas á pesar de ello veíase anulado en aquella cámara, donde siete frailes de diferentes órdenes, conjurando, bendiciendo y exorcizando, aumentaban los terrores del atribulado espíritu del agonizante, hasta llegar el Padre Florencia, que con sencilla y sosegada palabra quitó sus escrúpulos de salvación futura, á aquel Rey que murió sin haber cometido pecado venial, aparte de los de su abandono del gobierno, resistiendo hasta el consejo de los médicos que, persuadidos ó aduladores, le aconsejaban, en su estado de viudez, que mirase como no vacío

el lecho conyugal, si había de recobrar la salud.

Con la muerte de Felipe III cambió como por magia la decoración del escenario palaciego.

El 23 de Abril mandóse desterrado á Hortaleza al Confesor del Soberano á quien aún no se habían hecho exequias. Y con la mayor sinceridad dice un escritor contemporáneo que con ello se le hizo una merced señalada, pues tan exacerbada estaba la opinión contra él, que se repartieron libelos en que descaradamente se suponía que él había sido causa de la llorada muerte, y desde el púlpito, que no pocas veces servía de tribuna política más que de cátedra sagrada, se llegó á acusarle desvergonzadamente, por los que sin duda habían acudido sin resultado á pedirle mitras, de haber convertido el confesionario en un centro simoniaco, arrojándole al rostro graves faltas en su cargo de Inquisidor General, hasta indicar que tal vez el alma del piadoso difunto estaría en aquella hora purgando culpas imputables solamente á la malicia ó ignorancia de su confesor. Tan ciegos estaban aquellos intérpretes de las sagradas letras, que no reparaban que hacían indirectamente cargos á la justicia celeste.

¡Qué fácil ha sido en todos tiempos ultrajar al caído!

A esta fecha ya se le había mandado trasladarse á Barajas donde se le notificó la destitución de Presidente del Santo Oficio, que se confirió á Don Andrés Pacheco, Obispo de Cuenca y Patriarca de las Indias.

Sin embargo, por esta vez algún fundamento tendría el enojo popular cuando á 3 de Agosto pusieron en manos del Rey un memorial contra nuestro ayer triunfante y hoy perseguido Padre. Debiera conservarse copia de él entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, S. 104, papel 9; pero Dios sabe si existirá. De allí tomamos el siguiente instructivo párrafo:

«Público es, Señor, el bajo nacimiento de Fray Luis de Aliaga en aldea de la comunidad de Teruel, en el reino de Aragón, la educación dél y de su hermano, que es hoy Arzobispo de Valencia, de mozos de una tienda de lienzos y paños; y hay muchos que se los han visto acarrear, aquesto públicamente: de manera que no fué vocación la entrada en el convento de predicadores, sino necesidad de sustento. Y así todo el tiempo que se criaron allí no fueron tenidos por doctos ni aun por buenos, pues no tuvieron oficio en la religión; y Fray Luis de Aliaga se empleó en uno de unas monjas, y vino por compañero del padre maestro Xavierre, que ordinariamente se buscan más para servir que para otro fin honrado.»

El 13 de Julio de 1623 ordenó el Rey á Fray Luis que de su destierro de Hortaleza pasase á Talavera de la Reina, con orden expresa de no transponer las puertas del Monasterio sin recibir la suya, la que no se hizo esperar, continuando su odisea hasta Huete. Pero ni con esta interminable peregrinación se debilitó su genio altanero é irascible.

Allí tomó satisfacción de las verdades que el historiador D. Francisco de Quevedo había dicho de él en su primer esbozo de los *Grandes anales de quince días,* escribiendo, aparentemente, contra el *Cuento de Cuentos* la *Venganza de la lengua española*.

Todavía desde aquel retiro, sin duda porque no se le consideraba seguro en ninguna parte, se le hizo ir á Zaragoza, su verdadera patria, donde de tan opuestos extremos le había hecho juguete la veleidosa fortuna, y allí donde había sido esclavo y señor, arrojado con escarnio y aclamado con delirio, vino á morir, á muy pocos meses, en primeros de Diciembre de 1626, olvidado y desapercibido, el que hoy resurge merced á la luz con que hieren su oscuro semblante los rayos oblícuos de la gloria de su noble enemigo.

FIN

FE DE ERRATAS

Página	Línea	DICE	DEBE DECIR
12	23	irizadas	irisadas
22	15	pleitador	pleiteador
27	3	Booule	Bowle
30	16	diaria	diaria
61	17	edición	colección
114	22	Navarrete	Nasarre
121	8	gradeza	grandeza
131	16	in	ni
133	19	Guaton	Gnaton
Id.	id.	Dabo	Davo
156	16	nesitaba	necesitaba

Obras de D José Nieto.

Cervantes y el autor del falso Quijote, *con un estudio biográfico del P. Aliaga.*—Precio en la Península: 2 pesetas.

Estudio biográfico de Jorge Manrique é *influencia de sus obras en la literatura española.*—Precio en la Península: 2 pesetas.

La Musa del pueblo, *colección de cantares.*—Precio en la Península: 1 peseta.

Estas obras están de venta en las principales librerías de España y en la Administración de ***La Ultima Moda***, Velázquez, 42. En el extranjero fijarán el precio los libreros.

BINDING LIST MAY 15 1949

LS
C419d
.Ynie

Cervantes Saavedra, Miguel de Don Quixote
Nieto, José
Cervantes y el autor del falso Quijote, «Luis
Aliaga».

489255

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED